

VÍCTOR DORESTE

FAYCÁN

(MEMORIAS DE UN PERRO VAGABUNDO)

SEGUNDA EDICIÓN

1968

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Depósito Legal: G. C., 415-1968

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

Esta segunda edición de FAYCAN, ya en proyecto del autor al final de su vida, se la dedicamos con entrañable devoción sus hermanos Manuel y Teresa, sus sobrinos Manuel, Germán y Lorenzo, así como todos sus amigos y colaboradores de esta obra, en el segundo aniversario de su muerte.

27 de noviembre de 1968.

Ilustran este libro, en homenaje a su autor: Rafaely, Juan Ismael, Peregrín, Felo Monzón, Betancort y Cirilo Suárez.

Este libro no tiene prólogo, pero sí umbral.

El prólogo verdadero sería aquel que se escribiera sin conocer el libro. Si al leer una novela se nos ocurren ciertos juicios, ¿por qué adelantarlos? ¿Constituyen acaso un prólogo o son en realidad un epílogo? No pongamos la veleta en el sótano.

Lo ideal sería que el prólogo lo hiciera nuestro mejor enemigo. Pero el mío escribe muy mal. Por el contrario, mis amigos escriben tan bien que harían desmerecer mi prosa. Y esta es la razón de que este libro nazca desamparado, sin trompetas ni amicales clarinadas, sin padrinzgo bautismal, enteco y ladrado, como la luna.

VÍCTOR DORESTE

Las Palmas de Gran Canaria, agosto de 1944.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

No sé el tiempo que llevo husmeando desperdicios y aguantando pacientemente los puntapiés de los hombres y las pedradas de los niños. Sólo sé que ya presiento la hora en que mis pobres huesos han de relucir en algún sucio estercolero o sumirse en las sombras de alguna íntima botonadura.

Terribles pesadillas me atormentan, en cuanto me tiendo en el duro suelo que el destino me deparó por lecho. Me veo tendido sobre el pedregal de la playa. Un enjambre de moscas zumba sobre mi cuerpo terriblemente quieto. Mi rabo inmóvil no puede trillarlas. Las verdes, liban en mis ojos el cuajo de la muerte. Las pardas, obscurecen el rojo de mi herida, la herida del perro vagabundo, la pedrada. Cuando me despierto, recuerdo aquella sentencia que los hombres aplican a las horas, y que nosotros, los pobres perros, podíamos dedicar con mayores razones a las piedras: *Todas hieren; la última mata.*

Otro síntoma de que mi perra vida está tocando a su fin, aparte de mi desollado rabo, es una fuerza imperiosa que engarza mis recuerdos y me llama a contar mi humilde vida aventurera.

Si no hubiera tenido la dicha de conocer a Ci-

cerón y a nuestra alegre pandilla, no me hubiera decidido, seguramente, a relatar los episodios de mi insignificante existencia. Pero Cicerón sí es digno de pasar a la perruna posteridad. Conocía como ninguno los secretos de nuestro tierno y fiel corazón; nos enseñaba la medida y el límite en que debíamos servir y amar a los hombres y la manera de distinguir las yerbas que curan nuestras enfermedades. Y, sobre todo, nos enseñó la verdadera historia de la Caninidad.

La vida y enseñanzas de este insigne ejemplar de nuestra raza son, más que mis propias aventuras, la razón que me impulsa a contar mis memorias, a veces tristes, a ratos alegres, pero fiel retrato de lo visto y exacto eco de lo oído.

* * *

Empiezo por aclarar que no es empresa fácil para un perro desnutrido y senecto hilvanar sus vagos recuerdos. He de añadir, también, que unas veces contaré lo pasado como sucediendo y otras, desde el ahora, el tiempo contemplando.

Nosotros, criaturas de nuestra raza, —y esto lo ignoran los hombres— somos seres de muy flaca memoria. ¿Cómo, si no, podríamos perdonar y hasta querer a los terribles niños, a los hombres despiadados y al amo despótico? Les perdonamos, porque olvidamos sus agravios. Sólo se es rencoroso cuando se recuerda con clara precisión. Su buena memoria

hace vengativo al hombre. ¿Cómo podríamos perdonar, si no, al vil y eternamente sentado constructor del arma por nosotros más temida? Me refiero a la bota del hombre, nuestro mayor azote después del guijarro canicida.

Recuerdo que, un día, Cicerón nos explicó con aquella claridad por ningún perro igualada, que el cruel zapatero era nuestro mayor enemigo. Antes, todos los perros creíamos que este ogro construía el arma terrible para que el hombre no sufriera el duro contacto de la piedra. Pero Cicerón nos hizo ver las cosas de distinta manera. Pluto, un perro que sabía mucho también, intentó contradecirle. Pero Pluto pertenecía a la vieja escuela; y prevaleció por una mayoría aplastante el criterio de Cicerón: «El día que los hombres caminen descalzos por el asfalto y se calcen en los pedregales de la playa, defenderé el punto de vista de Pluto. El hombre se calza, por el contrario, en los lugares asfaltados; y lo hace así, porque en ellos no encuentra el guijarro oportuno con que herir nuestros débiles lomos. Sin embargo, en los temidos pedregales de la playa, arsenal inagotable y descalabro de nuestra raza, el hombre anda descalzo sin sentir el dolor al hollar la puntiaguda piedra». Y terminaba: «No sabemos quien construye las piedras; las botas, sí. Y yo le acuso como el mayor enemigo de nuestra noble raza».

Cuando Cicerón nos regalaba con alguna de es-

tas peroratas, solía quedarse con sus largas orejas gachas y su venerable y desollado rabo en silencio. Nosotros agitábamos nuestra alegre extremidad en señal de alborozo y asentimiento; mientras, Cicerón tomaba resuello y continuaba enseñándonos cosas siempre nuevas y sorprendentes.

* * *

Pero ya es hora de que cuente algo relacionado más directamente con mi criatura.

Mi madre era de pura raza canaria y estaba muy orgullosa de ello. De mi padre no puedo hablar. Según Pluto, los perros no tenemos padre; y los tíos son muy dudosos. Cicerón llegó a hacernos poner esto en tela de juicio. Más adelante, expondré las razones que aportaba a su argumento.

Para nosotros —esta era la manera de pensar que teníamos entonces— es y creo que será siempre un misterio el que los hombres tengan padre y madre. Habíamos notado, eso sí, que, cuando alguno de nosotros tenía una amistad íntima con alguna compañera y nacían unos cachorrillos, solían éstos tener nuestras propias manchas. Pero muchas veces no ocurría esto. Y aquí se apoyaba Pluto para echar por tierra la argumentación incomprensible de Cicerón. Cuando nació aquel famoso perro de las dos cabezas, la cuestión quedó zanjada por algún tiempo en favor de Pluto. «¿Quién era el padre de este perro?» —le pre-

guntó a Cicerón—. Y éste, por primera vez en su vida, no supo que contestar.

Estuvimos buscando por toda la isla al perro de las dos cabezas, pero todo fue en vano. Cicerón no se dio por vencido. «La madre —decía— tampoco tiene dos cabezas...». «Pero no cabe duda que lo es» —le contestamos—. «Evidente, evidente...». Y se rascaba, contrariado, una oreja.

Más adelante, he de contar la memorable sesión celebrada en su amplia y confortable cueva, en la que nos reveló el tremendo misterio.

Quedamos en que mi madre era de pura raza canaria; y tan parecida a mí que, cuando fui grandecito, me confundían nuestros propios compañeros. Este parecido llegó a darme serios disgustos, pues algunos se permitían ciertas libertades, que se derimían a mordiscos, hasta que quedaba deshecho el error. Que yo sepa, no he tenido hermanos. Sin embargo, abrigo sobre esto algunas dudas. Los primeros recuerdos de mi infancia van unidos a un perrillo que mi madre cuidaba con igual solicitud que a mí. Con él comía; y mi madre nos lavaba a los dos con su larga y aterciopelada lengua. No puedo recordar cuándo le vi por última vez; pero esto debió suceder, seguramente, en una ocasión en que mi madre apenas paraba en la cueva que nos servía de albergue, hasta la llegada de aquel terrible perro de seis dedos que nos desahució con sus afilados colmillos. Mi madre estuvo algún

tiempo sin probar bocado alguno, hasta que, un día, apareció con un hermoso hueso con tuétano que puso fin a su ayuno, y seguramente, a su tribulación.

Un día, en las inmediaciones del mercado, lugar para nosotros predilecto, me creí encontrar de pronto ante un charco de agua.

«Ante un charco, nos vemos a nosotros mismos» —nos había enseñado Cicerón—. Moví mi rabo, pero mi imagen lo mantuvo quieto. Probé con las orejas; y cuando las bajaba, la imagen hacía lo contrario. No estaba delante de un charco. Estaba delante de un perro. Pero de un perro que era yo mismo. Me acerqué a él; y al olerle, le encontré un cierto tufillo de familia. Iba pulcramente lavado, con un hermoso collar rojo y un ridículo cascabel. Su actitud para conmigo, fue de estúpida altanería. Moví mi rabo en señal de amistad, pero él lo mantuvo quieto y disparó sus orejas. Yo sentí desprecio por su collar de esclavo. Era yo entonces, y lo fui durante mucho tiempo, un perro vagabundo e independiente. Cuando me disponía a enseñarle los dientes, un fuerte silbido le hizo cobardemente desaparecer. Era... ¡el amo! Yo me fui contento al barranco (1). Muy contento de mí mismo, de mi pobreza y de mi libertad.

(1) El autor se refiere al Barranco Guiniguada que divide la Ciudad de Las Palmas en dos: la antigua y la moderna.—*N. del E.*

CAPITULO II

Respondo por el nombre de Faycán. Tengo una estatura más que mediana y ostento una hermosa mancha negra en la parte derecha del lomo. Como ya apunté antes, soy el vivo retrato de mi madre. Mi madre hace tiempo que murió.

El color de mi piel, a excepción de la mancha negra de que me ufano, hubiera sido de un blanco perfecto y brillante, si hubiera escogido un amo entre gentes bien educadas; pero los lugares por donde transcurrió mi vida casi por entero, no eran los más adecuados para lucir una piel limpia y lustrosa.

El barranco fue siempre el lugar preferido para mis correrías y las de mis compañeros. Una de nuestras mayores alegrías era cuando llegaba el torrente, barranco abajo, a morir en el mar. Aunque esto nos impedía por algún tiempo retozar por sus márgenes y dar caza a los estúpidos gatos, salíamos compensados con el botín y la diversión.

Y ya que hablé de los gatos, he de decir que nunca he podido comprender por qué estos animalejos nos esperan con el rabo como un plumero y con la espina dorsal imitando al viejo Puente de Piedra. Diré también que corren tanto como cualquiera de

nosotros y, algunos, hasta nos superan. Si huyeran prudentemente al avistarnos, la mayoría de estos insensatos salvarían su pellejo de nuestros afilados colmillos. Los perros no somos crueles ni damos muerte al gato por puro placer. Es que el gato ofende nuestro olfato de una manera que el hombre no puede comprender. Cuando vemos que le acarician el lomo con la misma fruición que si se tratara de uno de nosotros, comprendemos que el hombre no tiene desarrollado este delicado sentido. De todas maneras, tengamos o no razón, seguiremos persiguiéndoles y mordiéndoles el cogote, mientras huelan a gato y persistan en su inútil y suicida actitud.

Nuestras correrías por el barranco nos proporcionaban una fuente inagotable de sorpresas y aventuras. Los días de aguacero, nos íbamos barranco arriba y poníamos centinelas en las partes altas del Risco. Para este menester, se pintaba solo un perro de nombre Catalejo. Catalejo poseía una vista maravillosa; y lo mismo vislumbraba un manterío de sardinas que anunciaba antes que ninguno las primeras y aún man-sas aguas de la barrancada. Estas primeras aguas eran una delicia, pues tenían siempre pollos, gallinas y pequeños conejos tiernos y sabrosos. Era un placer, pero al mismo tiempo un juego peligroso. En alguna ocasión, algún perrillo inexperto pagó con su vida la audaz aventura.

Nuestra pandilla, integrada por Rebenque, Cai-

fás, Catalejo, Marquesa, Linda y Nerón, había estudiado —en evitación del peligro— un plan infalible.

He hablado de la pandilla, y justo es consignar que si bien Pluto y Cicerón no figuraban en nuestras correrías, en cierto modo, quedaban incluidos en nuestra comunidad. Chicharro, un perro valeroso hasta la temeridad, nacido en la isla vecina, la de la montaña blanca que hace castañear los dientes, vino mucho después. ¡Siempre recordaremos tu trágica muerte, valeroso Chicharro!

Nuestro plan consistía en lo siguiente: Cuando dejaba de llover, Catalejo subía hasta la mitad del Risco. Si llovía en las cumbres, se encaramaba a las alturas y, desde allí, con un aullido taladrante, nos anunciaba la proximidad de las aguas y, con otro, si el barranco se acercaba furioso de banda a banda. Cuando este segundo y temido aullido no hendía el aire, el festín estaba asegurado. Por precaución, no obstante, otro compañero se situaba más abajo, cerca de la desembocadura, los días que la alta marea nos hubiera impedido, en caso de peligro y desbandada, escapar por la playa. En la parte del barranco que linda con la gran plaza del mercado, había una subida que los chicos, amontonando grandes piedras, habían construido. Aquello era un magnífico sitio de escape, pero... a veces fallaba, porque los propios chicos o algún hombre malintencionado destruía el montón para gozarse desde arriba, con los codos apoyados so-

bre el muro, el espectáculo de nuestra agonía. El compañero que solíamos indicar para este difícil cometido era Nerón.

Catalejo, en lo alto del Risco, parecía una estatua, horas y horas sin pestañear. Cuando lanzaba su primer aullido, el resto de los de la pandilla nos situábamos en el primer recodo del barranco, esperando la presa. Si Catalejo no nos avisaba del peligro con su segundo aullido ni Nerón lanzaba el suyo, la cosa estaba ya definitivamente asegurada. El botín, a veces cuantioso y siempre exquisito, se repartía por partes iguales; y se respetaba lo que correspondía a Catalejo, que era siempre —por lo distante de su atalaya— el último en llegar. Nerón, que era un goloso tremendo, tardaba en recorrer la corta distancia lo que el diablo en restregarse un ojo.

Nuestra pandilla era la más alegre del mundo. No conocíamos las disputas que eran diarias en otras comunidades de perros y que terminaban casi siempre a dentellazo limpio. En cuanto a juventud, audacia y lealtad, ninguna otra pandilla nos aventajaba.

La llegada de Marquesa puso fin, por algún tiempo, a la paz que siempre habíamos disfrutado. Al principio, no nos dimos cuenta de que poco a poco, con una sutileza que ninguno hubiera sabido emplear, Marquesa se había filtrado en nuestra reunión. Nos seguía en nuestras correrías, procurando en todo momento estar cerca de alguno de nosotros; pero en realidad,

no le dedicábamos ninguna atención, ni le hacíamos gran caso. No le presentamos pelea —como lo hicimos con aquel antipático perro rabón que pretendió imponerse y capitanear la pandilla—, porque nuestra frialdad, rayana en desprecio, creímos que sería lo suficiente para que se decidiera a abandonarnos. No sucedió lo que esperábamos; y terminamos tolerándola y permitiendo que tomara parte en nuestras nocturnas cacerías de gatos.

Marquesa se distinguió en seguida, entre todos, como una insuperable cazadora. Daba gusto observar cómo se acercaba a su víctima. ¡Con qué sigilo y astucia, por ninguno de nosotros igualados! Ella nos enseñó la famosa «media vuelta». Consistía en aproximarse lo más posible al gato, mirarle con terrible fiijeza y, en un momento oportuno, dar media vuelta simulando la intención de abandonar la presa. Este momento lo aprovechaba el gato para emprender la huida a posiciones más ventajosas; y, cuando volvía los lomos, Marquesa se lanzaba sobre él y en menos de un segundo lo tumbaba bajo sus patas. Este método, aparte de su infalibilidad, evitaba el desagradable «panza arriba» del que salíamos casi siempre maltrechos y llenos de arañazos. Marquesa era más cruel que ninguno. Se ensañaba con sus víctimas de una manera que no comprendíamos el resto de la pandilla, pues tomábamos estas cacerías como un juego divertido y a veces, nos conformábamos con dar a los

gatos un buen revolcón y luego les dejábamos escapar.

Como ya hube apuntado antes, la entrada de Marquesa en nuestro círculo alteró, aunque por breve tiempo, la paz y concordia que siempre había reinado en él.

Un día, sucedió una cosa que no pudimos explicarnos. Amaneció una mañana calurosísima; todos estábamos jadeantes y, en cuanto dábamos unos pasos, teníamos que sacar la lengua y menearla como si fuera un rabo. Sentíamos una sensación extraña y nos lanzábamos los unos a los otros miradas muy poco amistosas.

Rebenque me clavó sus ojos con tal insistencia que tuve que contestarle con un enérgico ladrido. Nerón le enseñaba los dientes a Caifás. Catalejo rezongaba en un rincón de la cueva. Pasó un hermoso gato amarillo junto a la guarida, pero ninguno le hicimos caso.

Estaba a punto de estallar la tormenta, cuando se presenta Marquesa. Venía remilgosa, con los ojos muy brillantes y en una actitud de recato que no habíamos visto en ella jamás. Un raro perfume nos aturdí los sentidos, y empezamos a lanzarnos miradas provocativas.

Marquesa parecía estar ajena a todo. De pronto, nos miró uno a uno y echó a correr barranco arriba. La seguimos en pelotón y empezamos a gruñir y a enseñarnos los dientes, dispuestos para la pelea. Esta llegó al fin. ¡Y de qué manera!

El primero que quedó fuera de combate fue Catalajejo. Caifás se avalanzó sobre Nerón y yo sobre Rebenque, al cual vencí sin gran esfuerzo. Aprovechando un descuido mío, Nerón pretendió mordirme una pata, pero pude retirarla a tiempo; y Caifás, entonces, arremetió contra él nuevamente.

En aquel momento me acordé, sin saber por qué, de lo que mi madre me dijera antes de morir: «No hagas caso de Pluto. Los perros tenemos padres. El tuyo fue un perro inglés. Aún eres pequeño para comprender ciertas cosas, pero estoy segura que has de heredar de mí la nobleza de tus antepasados canarios, y de tu padre el tesón, sus modales y su delicada manera de expresarse. Tu padre no sabía nombrar las cosas por sus nombres vulgares. El sol era para él la eterna rueda de fuego. La luna, una hoz de plata que segaba las nubes. A la resina le llamaba el llanto de los árboles. Y hasta a mí misma, ¡pobre de mí!, me decía que, cuando las moscas de esmeralda comieran mis ojos, ya no saldría más el sol y que la luna se caería en el mar y segaría tiburones. Claro, hijo mío, que yo no hice caso nunca de estas chifladuras. Llamar a las cosas por otro nombre del que tienen... me pareció... siempre... ¡Oh, hijo...! Las moscas verdes...». Estas fueron sus últimas palabras. Se tumbó de un lado, estiró las patas y calló. Yo estuve toda la noche espantándole las moscas; pero llegaron a ser tantas que tuve que abandonar el

interior de la cueva. Esperaba lleno de terrible ansiedad la hora en que el sol, como siempre, naciera por la línea del mar. ¿Tendría razón mi padre? Por fin, salió el sol, majestuoso y brillante, como nunca lo habían visto mis ojos. Por la noche, la luna siguió segando nubes. Los tiburones —me dije— pueden continuar persiguiendo al pez chico y segando las piernas de los hombres. En cuanto al padre... Me parece que es Pluto el que tiene la razón.

Mientras devanaba estos pensamientos, Caifás y Nerón seguían luchando encarnizadamente, pero estaban visiblemente fatigados. ¿Qué hacer? Esperé unos momentos; pero... ya no tenía que intervenir. Ni Nerón ni Caifás me hubieran podido aguantar un segundo de pelea. Estaba entero y me sobraban arres-tos. Caifás se tumbó en el suelo. Nerón se atrevió a mirarme, pero jadeaba como un fuelle; y su lengua era casi tan larga como su rabo. Yo eché a correr barranco arriba. Marquesa me llevaba una ventaja considerable. Pero yo corría... corría tras ella... Y lo extraño era que no sabía por qué.



CAPITULO III

Pasaron varias lunas —como siempre, ladradas— y aquella nube que amenazó nuestra cordial alegría desapareció con la misma rapidez con que había venido.

Las cosas se arreglaron así: Marquesa quedaba bajo mi tutela. Era el premio al arrojo y a la astucia. Al mismo tiempo, todos nos comprometimos a reconocer a Linda como propiedad exclusiva de Nerón. (Si bien Catalejo fue el primero que la descubrió a una distancia tal que ni nuestro fino olfato podría percibirla, comprendimos en seguida, por las tiernas miradas que le dedicaba, que era Nerón, de todos, el preferido. Hubo algunos gruñidos, pero la cosa no pasó de ahí. Rebenque imitaba a la perfección las dulces miradas que cambiaban los enamorados; y esto nos divertía grandemente). Nerón se mostraba con ella tan cariñoso que sus transportes nos llegaron a parecer excesivos y hasta un poco fuera de lugar. Ni Rebenque, ni Caifás, ni Catalejo mostraron gran empeño, por entonces, en cultivar amistades serias con el sexo contrario.

Marquesa era una perrilla cariñosa, pero un tanto dada al lío y a lo insustancial. Si el gran Cicerón, par-

co en palabras, nos hubiera hablado la mitad tan sólo de lo que Marquesa charlaba sin ton ni son, hubiéramos llegado a ser, seguramente, unos sabios.

A pesar de mi audacia y de mis bien templados colmillos, confieso que le tenía un poco de miedo. En cuanto a Linda... No hacía otra cosa que mirarse horas y horas en los charcos y poner los ojos en blanco delante de «su» Nerón.

De toda la pandilla, Rebenque era el más alegre, pillo y habilidoso. Su nombre, que más bien era un apodo, se lo debía a su rabo interminable. Era un verdadero fenómeno. Cuando doblaba una esquina, parecía que le seguía una culebra. Nosotros nos acostumbramos a considerar este apéndice como unidad de medida. Decíamos: aquel chico llega la piedra a unos treinta rabos de Rebenque; y todos sabíamos, poco más o menos, donde iba a caer el proyectil. La madre de Rebenque, en su juventud, había trabajado en un circo ambulante. Y esto explicaba las habilidades realmente increíbles de nuestro rabudo compañero. Una de las cosas con que nos maravillaba era cuando se colocaba una piedra o un hueso de aceituna en la punta de la nariz y luego se mantenía con las patas traseras solamente, sin que se le cayese. Había que ver con qué habilidad daba muerte a los molestos moscardones. Usaba para ello una estratagema que raras veces le fallaba. Se tumbaba en el suelo haciéndose el muerto. Los moscardones sienten debilidad

por posarse en nuestras cabezas; y Rebenque esperaba pacientemente este momento precioso. Ningún carretero ha manejado con más precisión su látigo que Rebenque su rabo. Su golpe era siempre certero y mortal. El se divertía mucho con este juego y nos decía que era una lástima que no se le posase en la cabeza algún zapatero, o el perrero de la Catedral.

Otra habilidad con que nos admiraba era su forma de pelear. Cuando algún perro le enseñaba las dientes, bajaba las orejas y hacía como que se iba. Su contrincante, lleno de hélico entusiasmo, le perseguía; pero Rebenque, entonces, hacía con la punta del rabo su famoso nudo corredizo, en el que, salvo raras excepciones, solía caer el desprevenido e incauto enemigo. Rebenque continuaba corriendo; y había que oír los chillidos del asombrado rival. Con nosotros, en las escasas peleas que sostuvimos, esta treta no le valió de nada, porque ya la conocíamos.

Aunque en toda la pandilla nos conducíamos como corresponde a buenos amigos, Rebenque, Catalejo y yo formábamos como un trío aparte, sin que por esto padeciera la armonía del conjunto. Un secreto confidencial, un descubrimiento de alguna importancia, hecho por alguno de nosotros, era siempre comunicado a los otros dos, antes de hacérselo saber al resto de la pandilla. Esto nos ahorró, en momentos difíciles, serios disgustos.

Nerón era, de todos, el de más edad y el me-

por cazador, después de Marquesa. Era un tanto envidiosillo; y tan valiente en la pelea como enamorado.

Caifás era algo reservado y, sin ninguna duda, el menos inteligente. Algunas veces, se quejaba de nuestra vida *vagabunda* y *arrastrada* (era su expresión) y todos sospechábamos que sentía, cada vez con más intensidad, la necesidad de un amo.

En una ocasión, pasó junto a un hermoso perro que un hombre llevaba atado a una primorosa cadena. Era un perro de lujo que vestía un collar rojo muy llamativo. Pasó al lado de Caifás sin dignarse apenas mirarle; y Caifás se dirigió muy contrito al barranco y, allí, ante un charco de agua, se estuvo contemplando hasta que se hizo de noche.

En otra ocasión, en un cafetín de la plaza del mercado, se coló en una habitación excusada de muy reducidas dimensiones, y estuvo observando embobado una cadena oxidada que colgaba de un sucio cacharro, hasta que un hombre con una correa en la mano le hechó a cajas destempladas.

Todos estos síntomas nos hacían comprender que Caifás era un vagabundo circunstancial y que añoraba lo que el resto de la pandilla despreciaba profundamente: un amo. «El día menos pensado...» —decíamos entre dientes—. Y ese día llegó. Caifás, en efecto, nos quería abandonar. Pasó toda la mañana prodigándonos unas muestras de cariño que no venían a cuento; y no sabíamos si la extraña luz que despedían sus

ojos era debido a la tristeza o al contento. Trajo unos trozos de hígado, pillados en una taberna del mercado, y los repartió con una prodigalidad que no era habitual en él. Nos lamía los lomos con humildad desacostumbrada y atisbaba nuestros más insignificantes movimientos.

Fui yo el primero en darse cuenta de lo que iba a suceder. Se lo comuniqué a Catalejo; y éste a Rebenque. Al mismo tiempo, inventando un pretexto y haciendo uso de mi autoridad, logré alejar a Marquesa a unos cincuenta rabos de Rebenque de la cueva.

El plan, que casi adivinábamos mirándonos unos a los otros, consistía en hacernos los dormidos. Fuimos cayendo poco a poco en un falso sopor y observamos con el rabillo del ojo. Caifás se levanta con un sigilo que le hubiera envidiado la propia Marquesa. Nos mira cariñosamente uno a uno. Tiene los ojos húmedos. Por un momento, hemos creído que se arrepentiría. Pero seguramente se ha acordado del hermoso collar rojo y de la esmaltada cadena. Se va alejando, paso a paso. Se para y nos contempla. Esto lo repite una media docena de veces, según va perdiéndose su silueta barranco abajo. Alguno deja escapar un sollozo.

Catalejo, no hay necesidad de consignarlo, es el último que lo pierde de vista.

CAPITULO IV

La desaparición de Caifás coincidió con la inexplicable desaparición de Linda. Pasaron los días, y la compañera de Nerón no daba señales de vida. Nerón andaba de aquí para allá, melancólico y contrariado.

Por entonces, yo le propiné a Marquesa una tunda fenomenal, sin que —valgan verdades— me diera motivos para ello. Marquesa adoptó, en contra de lo que yo esperaba, una actitud de respeto y acatamiento. Me lanzaba miradas llenas de ternura y, al caer la noche, me propuso que diéramos un corto paseo. Hacía una noche espléndida de luna llena. El barranco olía tremendamente a gato. Catalejo y Rebenque se encaminaron a los andurriales del mercado. Nerón se quedó medio adormilado, junto a un agujero por donde entraba y salía un ratoncillo a su antojo, tal era el estado de indiferencia de nuestro buen compañero.

Marquesa y yo, después del paseo, decidimos pasar la noche bajo el Puente de Palo, agazapados tras unos matorrales que olían deliciosamente. Algunas moscas, confundiendo la estridente luz que cernía la luna, zumbaban suavemente en aquella engañosa aurora.

Marquesa se tiende tan junto a mí, que oigo perfectamente los latidos de su corazón. Su piel está ardiente; y su pelo suave y tembloroso. Siento vergüenza de haberla castigado injustamente, pero, al mismo tiempo, ¿no había un placer en todo lo que estaba sucediendo? No lo comprendo.

Algunos gatos se escurren, casi rozándonos. Uno de ellos se enarca y hace con su rabo un plumero. Marquesa no puede reprimirse. Se levanta... pero le pongo, con suavidad, una pata sobre el lomo. Y dulcemente, Marquesa vuelve a tenderse sobre la yerba, mientras el gato da un bufido grotesco y desaparece como alma que lleva el diablo.

Por encima del puente un hombre y una mujer pasan con sus antenas enlazadas. En una piedra, se han posado dos moscas que hace un rato, por el aire, formaban una sola.

CAPITULO V

Amaneció el día con un sol risueño y optimista. Todos saltábamos de aquí para allá, sin orden ni concierto. En la pandilla, reinaba una alegría desconcertante. Nos revolcábamos y corríamos, por el puro placer de sentirnos ágiles y fuertes. Pero había algo más. Linda estaba entre nosotros. Nerón le prodigaba sus más almibaradas caricias. Ella se explicaba...

La ausencia de Linda no había sido voluntaria. Unos chicos la cogieron descuidada, mientras se miraba la moña en un charco. La metieron en un saco y se la llevaron a una de las casas más altas del Risco. Estuvo unos días en la azotea, sin más compañía que una cabra y la sogá que la tenía sujeta a un árbol sin hojas ni ramas. De la punta de este árbol, salían unos hilos gordos y negros. Linda sigue su relato con encantadora sencillez: «Aquella mañana la sogá, a fuerza de mordiscos, se rompió. Y como la casita era *tan pequeña*, me tiré desde la azotea al suelo. Me dolieron las patas; y la cabeza me dio muchas vueltas. En esto, me doy cuenta de que los chicos me persiguen. Hago un esfuerzo y, sin cuidarme del dolor que sentía, eché a correr; y no he parado hasta

aquí». A Nerón se le sale, golosa, la lengua; y Linda le dedica una mirada con el blanco del ojo.

Olvidado ya lo de Caifás, todos nos sentíamos muy alegres. Rebenque estaba, como nunca, ingenioso. Nos comunicó un nuevo descubrimiento. Era como para quedarse con la boca abierta.

—Los perros —nos dijo— también podemos tirar piedras.

—¿Es posible, Rebenque?

—Lo vais a ver ahora mismo. Es cuestión de práctica; y creo que lo llegaréis a hacer tan bien como yo.

Antes de que nos repusiéramos de nuestro asombro, Rebenque se afianzó sobre las patas delanteras y empezó a propinar coces como una caballería. Luego, acercando una de sus patas traseras a una piedra, coceó de nuevo y ésta salió disparada, como si hubiera sido despedida por la mano del hombre. Todos quedamos perplejos.

—Ahora veréis; lo hago también con la izquierda.

Y volvió a repetir la hazaña con la otra extremidad.

Nuestro asombro no tenía límites, y felicitamos calurosamente a nuestro *habilísimo* compañero. Nerón, que unos momentos antes era el más feliz de la pandilla, cambió como por ensalmo su risueña expresión. Se le alargó el hocico y el blanco del ojo se le tornó algo amarillento. Nerón —ya lo he apuntado an-

teriormente— era algo envidiosillo. Se relamió, carraspeó un poco y echó su acostumbrado jarro de agua fría sobre nuestro caldeado entusiasmo.

—Lo importante —sentenció— no es saber lanzar la piedra, Rebenque. Lo importante es la puntería, Rebenque, la puntería.

Volvió a relamerse, ahora muy satisfecho. Y era que en el fondo —y eso lo comprendimos todos— había dicho una gran verdad y puesto en un aprieto a nuestro ingenioso amigo.

Cundió unos momentos el desaliento, pero Rebenque... era mucho Rebenque.

—¿Qué es eso de la puntería, Nerón? ¿No te parece suficiente que un perro sepa lanzar las piedras? ¿Tu observación ha sido dictada por un defectillo que todos conocemos o por un exceso de observación?

—No sé, Rebenque, a que defectillo te refieres. Pero lo importante, por ahora, es que nos demuestres que mi reparo carece de fundamento.

—Ahora verás, Nerón amigo. Y además, voy a convencerte de que esto, comparado con otro experimento que has de ver dentro de unos minutos, es un juego de niños. ¿Crees tú que puedo lanzar una piedra al doble y hasta al triple de distancia que un chico?

—No lo creo, Rebenque. Me conformo por ahora con lo de la puntería.

Por los ojillos de Rebenque pasó una ráfaga de

malicia que ya conocíamos. Era el anuncio de que se disponía a realizar algo extraordinario. En efecto: se apartó de nosotros como buscando algo, mientras todos esperábamos llenos de expectación. Nerón adoptó una actitud de suficiencia y de incredulidad.

Por fin regresa Rebenque con un cacharrillo entre los dientes y lo coloca a bastante distancia sobre una roca puntiaguda.

—Supongo, Nerón, que habrás visto más de una vez a los chiquillos de la playa adiestrarse en este difícil juego.

—Tú lo has dicho, Rebenque: en este difícil juego.

Y antes de que terminara la frase, con una rapidez insospechada, la piedrecilla había sido despedida por Rebenque; pero esta vez, ¡oh asombro!, valiéndose de sus dos patas. Nadie pudo seguirla hasta el final de su trayectoria. Aguantamos la respiración, nos empinamos cuanto nos fue posible y, de pronto se oye un ruido seco y el cacharrillo sale dando tumbo, barranco abajo. Rebenque da un brinco prodigioso. Su alegría no es para descrita. Todos los rabos, menos uno, se agitaron con alborozo.

Todos creíamos que Nerón se habría dado por vencido; pero nuestro estupor fue grande, cuando le oímos:

—Un día —dijo—, un muchacho me tiró una piedra con intención de herirme y mató a un gato

que yo perseguía y que estaba un tanto alejado de mí. Hay casualidades, Rebenque, hay casualidades.

Aquella manera de contestar y de negar la evidencia nos sublevó a todos. Pero Rebenque era criatura de inagotables recursos.

—Observo, querido Nerón, que tienes el rostro un poco amarillo —le replicó en un tonillo zumbón—. ¿Has pasado mala noche, tal vez? Te dije antes que esto era un juego de niños. Ahora voy a demostrártelo.

Hubo una pausa, en que todos nos miramos; y de pronto, pasó algo inesperado. Rebenque hace un nudo con la punta del rabo, introduce en él una piedra redonda y comienza a imprimir con su largo apéndice un movimiento de rotación. El aire está silbando. Suelta el nudo y se queda mirando con diabólica alegría hacia el Puente de Palo.

—¿Sabes —le dice a Nerón— lo que es una honda?

Pero Nerón se ha quedado mudo. Y... ante nuestros ojos atónitos, vemos que a lo lejos, a unos doscientos rabos de Rebenque, encima mismo del Puente, en uno de los quioscos en donde los hombres beben y fuman, vemos... que ha saltado un cristal. Un hombre se asoma por el hueco y mira hacia abajo. Nerón tiene el color de los papeles viejos. Catalejo pone los ojos muy pequeños y dice lacónicamente: «Los cristales han sido tres».

* * *

Transcurrieron varios días desde el regocijante episodio. Nerón se había quedado un tanto corrido del lance, pero continuó, como todos esperábamos, reconociendo las dotes inimitables que adornaban a nuestro rabudísimo compañero.

Era Rebenque, entre todos, el más ocurrente y trapisondista. De más está decir, que la pandilla en pleno no hacíamos otra cosa que ejercitarnos en el difícil arte de despedir pedruscos con nuestras extremidades zagueras; pero ¡ay! aquello era inaccesible a nuestras pobres aptitudes. Ninguno, a excepción de Rebenque, había tenido una madre circense.

Nerón, que fue el primero en decidirse a practicar el ingenioso juego tenía las patas casi en carne viva. Aquello, por lo visto, no se había hecho para nosotros. A pesar del insuperable maestro que nos había caído en suerte, tuvimos que convencernos, a la postre, que nuestros esfuerzos eran infructuosos. La que demostró una cierta habilidad, que contrastaba con la impericia del resto de la pandilla, fue Marquesa. Pero la piedrecilla salía despedida con tan poca fuerza, que Rebenque, derrochando siempre el caudal inagotable de sus trucos, la recogía sin dejarla caer al suelo, con la punta de la nariz.

La desilusión hizo presa en el grupo, pues he de confesar que nuestras pretensiones, en un principio, habían superado toda medida de ponderación.

Nos veíamos dueños absolutos del barranco, en una extensión de miles de rabos cuadrados de Rebenque. Ningún perrejo de los Riscos podría penetrar en él, sin un permiso previo de la pandilla. Esto, en cuanto a los perros; que, ¡en cuanto a los hombres!... Cada vez que lo recuerdo se me erizan los pelos. Por nuestra mente llegó a pasar el estúpido y temerario pensamiento de enfrentarnos, a pedradas, ¡con el hombre! Nuestro fracaso nos hizo mejores, más humildes y, sobre todo... más esencialmente perros.

Nos fuimos olvidando del humano deporte; y hasta Rebenque llegó a aburrirse y dejó de practicarlo. Rebenque no era una criatura constante. Su inventiva le hacía ir de una cosa a otra, con una volubilidad impropia de su sexo. Se aburría de sus hallazgos tan pronto como lograba dominarlos; y rara era la semana que no nos sorprendía con alguna novedad extraordinaria y desconcertante.

Pasó algún tiempo. Nerón estaba ya curado de sus desolladuras. El juego había pasado a ser un grato recuerdo.

* * *

Una mañana, me vino a despertar Catalejo. El sol estaba oculto bajo unas nubes espesas y negras. Mi primera mirada, al despertarme, fue a los negros nubarrones; y mi primer pensamiento, que creí confirmado con la visita de Catalejo, fue este: «Va a venir el barranco».

Catalejo me hizo apeaar del error. Había subido al Risco de madrugada. No llovía en las cumbres.

—Mi visita tiene otro objeto, querido Faycán.

Hubo una larga pausa. Catalejo me observa con gran atención. Parece que quiere decirme algo de gran importancia. Por fin me expone sus pensamientos.

—Escucha, Faycán: ¿has oído hablar alguna vez de Cicerón?

—Nunca, Catalejo.

—¿Puedes comprender que haya otro perro que valga más que Rebenque?

—Tú te burlas de mí, Catalejo.

—No; no me burlo de ti. Tienes que conocer a Cicerón; y a eso he venido.

Hubo un penoso silencio. Iba a contestar, pero un terrible trueno retumbó en mil ecos sobre el barranco. Empezaron a caer unos goterones como ojos de buey.

—Sígueme, Faycán.

Emprendió una veloz carrera, barranco arriba. Yo le seguí. Pasamos como centellas por el primer recodo, dejando atrás la cuevecilla donde pasé mi primera infancia en compañía de mi madre. Corríamos... corríamos... Y la lluvia nos refrescaba el cansancio de la desenfrenada marcha. Habíamos recorrido una distancia que a mí me pareció enorme, ¿Mil, dos mil, tres mil rabos de Rebenque? No lo podría precisar, pero mis músculos empezaban a relajarse. Catalejo no

daba muestras de cansancio alguno y esto no dejaba de extrañarme, porque si alguna cosa estaba fuera de dudas, era que yo le aventajaba en fuerzas. La lluvia arreciaba despiadada. Tuve un presentimiento. Catalejo me llevaba una distancia regular. Hice un esfuerzo para alcanzarlo. Ya junto a él, le pregunto:

—¿No vendrá el barranco inesperadamente? ¿Conoces alguna salida por estos parajes?

—No te preocupes, Faycán. Si la lluvia sigue y se corre a las cumbres, tal vez mañana tengamos una hermosa barrancada. Pero por ahora, aunque llueva sin descanso, no hay cuidado.

Se paró en seco.

—Ya hemos llegado, Faycán. Tomemos un poco de resuello en esta pequeña cueva.

Efectivamente, a nuestro lado, una pequeña cueva socavada en la roca nos ofrecía su tibio cobijo. Nos metimos en ella, no sin cierta dificultad, porque era muy baja de techo; y nos sacudimos la mojadura que nos calaba hasta los huesos. Jadeantes, con la lengua fuera, estuvimos durante algún tiempo, que me pareció interminable, porque quería preguntar algo a Catalejo y no podía articular sonido alguno. Catalejo me ahorró el interrogatorio.

—Vas a conocer —me dijo— al más extraordinario de los perros. Te extrañará que nunca te haya hablado de él. Ya sabes que mi edad es más avanzada que la tuya. Conozco a Cicerón hace bastante

tiempo. «No me traigas a mi guarida —me dijo en cierta ocasión— ningún compañero de raza que no tenga cierta experiencia o que haya sufrido, por lo menos, algún pequeño desengaño. Hace algún tiempo, antes de tu amistad con Marquesa —pongo por caso—, o cuando creías que los perros podíamos vencer a los hombres a pedradas, la amistad y las enseñanzas de Cicerón no hubieran hecho en ti mella alguna. Ahora, es otra cosa. Creo que ha llegado el momento en que, al menos, puedas entenderle y reverenciarle. De la pandilla vas a ser el primer iniciado. No me decide a ello el hecho de que seas para mí, entre todos, el más querido, sino la evidencia de que eres el más inteligente».

—Gracias, queridísimo Catalejo. Pero ya sabes que no soy vanidoso y creo que te ciega la simpatía que me profesas y de la cual me siento orgulloso. Pero... háblame con franqueza. Y que no te pierda el compadrazgo. ¿Soy yo, ni puedo ser nunca, más inteligente que... Rebenque, por nombrar a uno? ¿Podré yo jamás, ni con el triste privilegio de los años, superar sus habilidades? ¿Llegará el día en que pueda enseñar a Rebenque una sola cosa que él desconozca? Querido Catalejo, yo envidio tu vista prodigiosa, pero no para desprestigiarla, como haría Nerón. Yo sé que nunca he de poseer un sentido tan maravillosamente dotado como el tuyo. Pero si Caifás, que era un tanto aduloncillo y servil, me hubiera dicho: «Faycán, tú

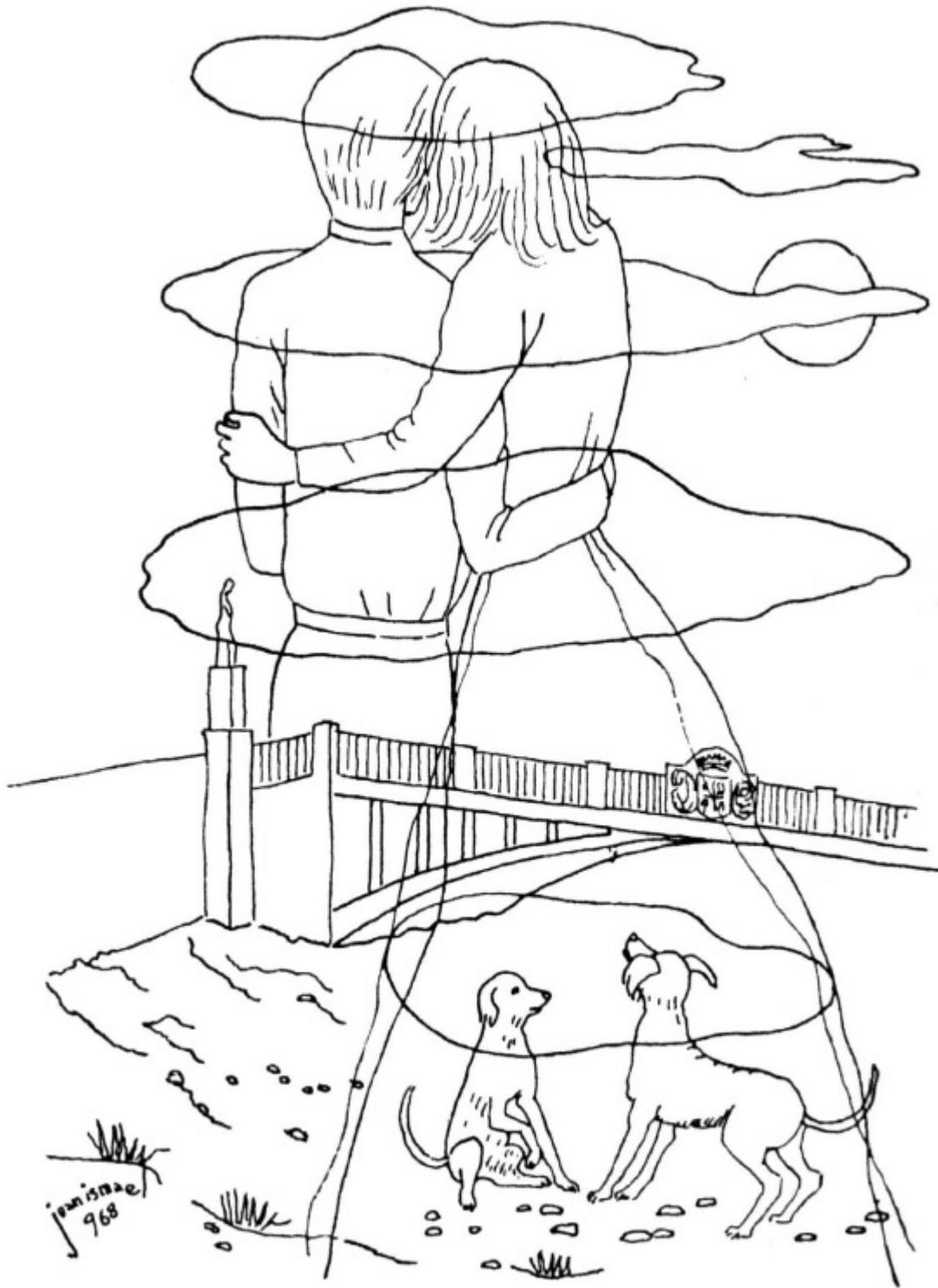
tienes una vista tan maravillosa como la de Catalejo», le hubiera dado —no lo dudes— una buena dentellada. Pero eres tú el que me dices: «Faycán, hay un perro más inteligente que Rebenque». Mucho más inteligente; y claro, esto no lo comprendo, pero... al fin y al cabo, a ese Cicerón de que me hablas y que ardo en deseos de escuchar no le conozco. Pero a mí mismo sí creo conocerme. Y por eso quiero que me expliques...

Pero Catalejo no tiene, por lo visto, ganas de contestarme.

—Ya estamos secos y descansados, Faycán. Dentro de unos momentos, conocerás a Cicerón. Sígueme.

Salimos de la cuevecilla y, a muy corta distancia, pude observar una cueva también excavada en la roca, pero de mayores dimensiones. La entrada la cubría un basto lienzo de arpillera; y el silencio era sepulcral.

Catalejo lanzó un aullido que era completamente nuevo para mí. Mis patas temblaban como las de un pajarillo.



CAPITULO VI

La impresión recibida aquella mañana tormentosa, en que tuve la dicha de conocer a Cicerón, jamás podrá borrarse de mi memoria. Entré en la cueva tembloroso de patas, anhelante de orejas y agudo de hocico. Un perro majestuoso, ya viejo, más bien grande que mediano, de rabo desollado y amarillenta piel, yacía recostado sobre una losa, en la parte izquierda de la cueva. A la derecha, un montón de paja seca ofrecía al visitante un lecho tan mullido y confortable, que no cabía superarle en nuestros áridos andurriales. Cicerón —pues no cabía duda que se trataba de él— se incorporó no sin cierto esfuerzo; y mientras Catalejo se había quedado un tanto rezagado en la entrada, yo no me atreví a dar ni un paso tan siquiera. Fue Cicerón el que vino hacia mí; y nunca olvidaré aquella su primera mirada. Casi lo comprendí todo de un golpe. Aquellos no eran los ojos de ninguno de los perros por mí conocidos. Si no fuera porque estaba viendo su rabo desollado, y sus patas, y sus pezuñas, y su encarnación inconfundible; si mi olfato no hubiera percibido el sutil aroma de la raza, yo hubiera creído que era el hombre quien me miraba. Pero no el hombre que nos lanza la piedra, si-

no el que acaricia nuestros sufridos lomos. Aquella mirada estaba nutrida de ternura y al mismo tiempo de autoridad. No; aquella mirada no tenía la chispilla fugaz de la de Rebenque. Era perenne, fija, penetrante, sugestionadora; y algo más extraño: daba órdenes sin la complicidad del sonido. Por eso me di cuenta en seguida... y le obedecí. Me ordenaba —y lo indicó con un imperceptible movimiento de sus pupilas— que me tendiese sobre el mullido lecho de paja. Me arrellené lo mejor que pude; cesó el temblor de mis patas; y pude ver con el rabillo del ojo —porque era imposible esquivar su mirada— que Catalejo me secundaba y se tendía junto a mí.

Cicerón volvió a sentarse sobre su dura losa, que era su lecho predilecto, y se dirigió a Catalejo:

—Bienvenido seas, amigo. Tú... y tu compañero.

Hizo una pausa.

—¿Y... qué te trae por la cueva de este pobre viejo? Me traes, por lo que veo, un amigo.

Catalejo contestó:

—Un gran amigo. Se llama Faycán. Es inteligente y creo que es digno de que le enseñes.

—¿Te llamas Faycán? Según tu nombre, eres un auténtico perro canario. Pero... te estoy observando... y tus modales no pueden engañarme. Tu noble estirpe canaria va unida a la sangre de otra raza. Escúchame:

—Hace mucho tiempo, tanto que en él han naci-

do y muerto cien generaciones, esta isla en que ahora vivimos era el paraíso nuestro. Se llamaba Canaria: porque en aquella remotísima época nos llamaban canes, que no perros. Aquel nombre, como habrás observado, sonaba mucho mejor. Antes de que el hombre hollara con su inmunda bota esta isla afortunada, la naturaleza nos brindaba íntegros sus tesoros. Abundaba la caza; y las piedras no tenían alas aún. Nos moríamos de puro viejos; y nuestras vidas duraban el doble que las de ahora. Desconocíamos el látigo, la honda, la cadena y el puntapié. Luchábamos entre nosotros, porque así lo exigía nuestra robusta y salvaje naturaleza. Cazábamos y sentíamos placer en rascar nuestras ronchas pulgueras bajo los rayos ardientes del sol. Nuestra casta era feliz; pero no creas que estábamos exentos del mal.

—He dicho antes casta y no raza; y esto merece una explicación. Date cuenta de que todos los gatos se parecen entre sí. Todos son, poco más o menos, del mismo tamaño. Lo mismo puedo decirte de los animales que tú conoces: de la cabra, los ratones y los caballos; y de los que yo conozco: los leones, los tigres, el elefante y muchísimos más. Ya sé que puedes replicarme que hay ratoncitos ridículamente pequeños y ratas descomunales. Pero, a poco que te fijas, te darás cuenta que es una simple cuestión de tamaños. Si pudiéramos soplar en el interior del ratoncillo y hacerlo veinte veces mayor, se converti-

ría en una rata descomunal; y si hiciéramos lo mismo con un gato listado, habríamos conseguido un hermoso tigre. Pero... ¿podríamos convertir, por mucho que lo inflásemos, un pequinés en un terranova? Te digo todo esto, para que empieces a diferenciar lo que es casta y lo que es raza.

—Nuestros antepasados tuvieron que luchar —ya te dije que no todo era felicidad en nuestra isla— con las castas crueles, en beneficio de la raza. ¿Y sabes tú quién fue uno de nuestros mejores paladines? No te llenes de orgullo; y oye su nombre: *Faycán*. El *Gran Faycán*, como todos le llamaban. Yo me enorgullezco de conocerte, descendiente biznietísimo del gran paladín.

Hizo una pausa larga. Mis ojos estaban húmedos por la emoción; y secos por el orgullo.

Cicerón continuó:

—Adivino en tus ojos la ansiedad que te devora por conocer la historia de tu glorioso antepasado; y voy a saciar, si no toda, algo de tu legítima sed.

—Un día, nefasto para nuestra raza, el hombre holló nuestro canino suelo. La piedra, antes inerte, volaba certera. Silbaba la honda y se astillaba el palo contra nuestros huesos. Cundía el hambre y se adiestraba el lazo. El sol hacía relucir, no ya huesos que holgaban, sino cadenas y brillantes machetes. Éramos muchos, pero impotentes. En poco tiempo, las inmensas jaurías quedaron reducidas a unos cuantos

perros que vagaban hambrientos por los secos barrancos. Llegó un día en que los pocos que aún quedaban con vida se dividieron en dos bandos. Unos, los que decidieron seguir luchando hasta la muerte por su libertad; este grupo lo capitaneaba el *Gran Faycán*. Los otros, con el rabo entre piernas y las orejas limpiando el polvo de los caminos, se entregaron al amo. Este grupo lo mandaba un perro mestizo, de nombre *Caiás*. El primer grupo, el heroico, se refugió en esta cueva que ahora veis, arca maravillosa de nuestros antepasados. Cuando el hombre llegó a ella con el palo en alto y la piedra en la diestra, cuando lo mejor y más puro de nuestra raza iba a ser exterminado, un poder desconocido y sobrenatural, algo que está por encima de nuestros conocimientos y que jamás podremos comprender, convirtió en bronce lo que fuera carne palpitante. Los hombres se ensañaron inútilmente. Partióse la piedra en dos; se astillaba el palo; mellábase el machete... Por fin, fueron abandonados en su eterno, verde y duro silencio.

—Pasaron los tiempos; y un hombre bueno y justiciero los colocó en una plaza pública, cercana al barranco, frente a la gran casa de piedra con torres y campanas (1). Allí vivirán en bronce, hasta que el

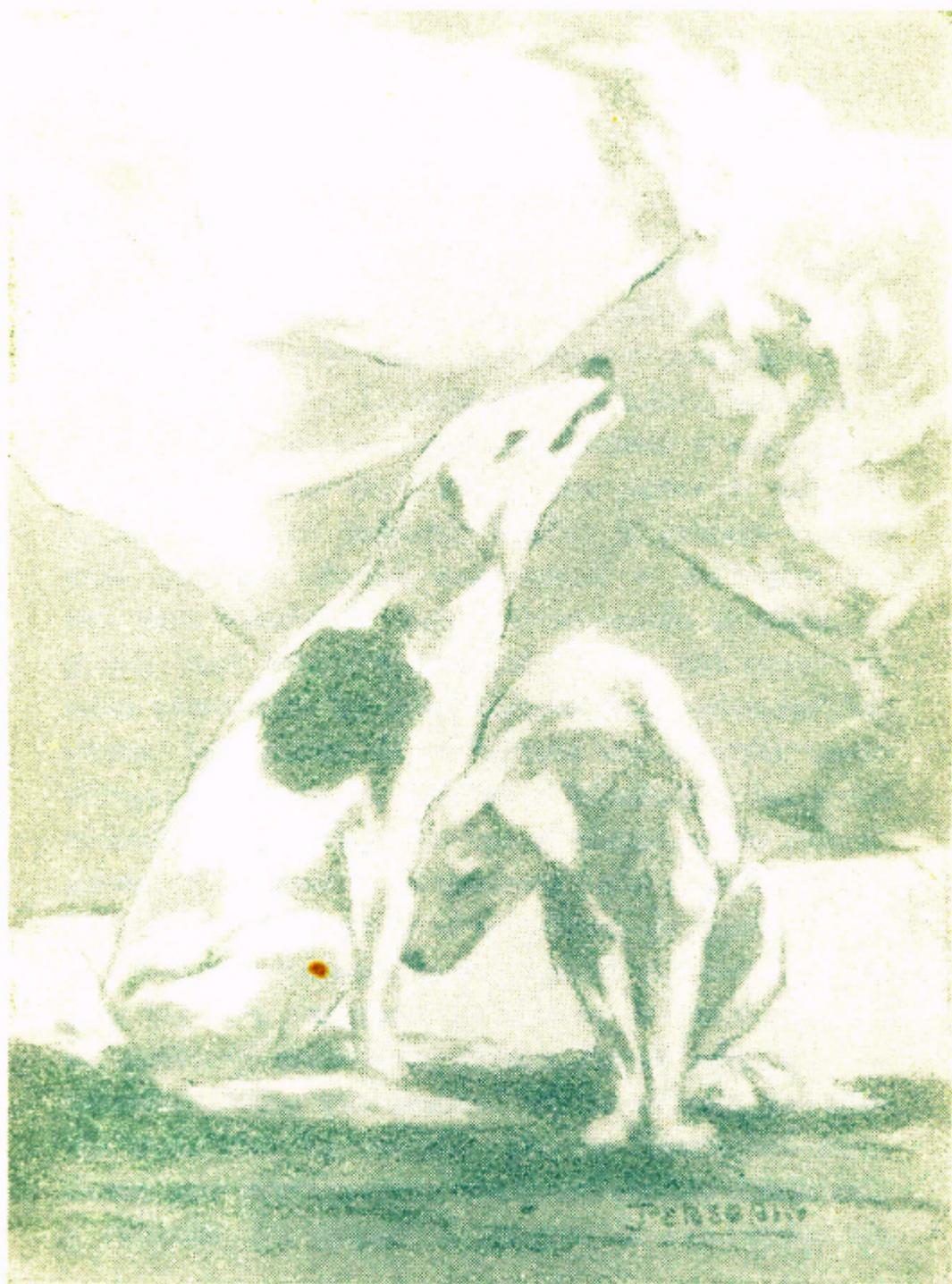
(1) El autor se refiere a la plaza de Santa Ana, donde se alza la catedral de Canarias. En esta plaza, hay ocho perros de color bronceado que flanquean su entrada. *N. del E.*

sol se apague y la luna deje de platear el lomo de los gatos.

Hubo un silencio maravillosamente corto; y profundamente largo. Cicerón posó en el suelo sus largas orejas. Latía en el aire una interrogación.

—¿Sus nombres? —me preguntó.

—No los ovides nunca: *Aterura, Mogano, Doramas, Tindaya, Bentayga, Tenoya, Tirajano, y... Faycán*. A tu antepasado puedes reconocerle en seguida: le falta la mitad de una oreja. La perdió en un combate glorioso; y el bronce respetó lo que era para él un orgullo. Cuando los veas por primera vez —fueron las últimas palabras de Cicerón— no te empeñes en lo imposible. No huelen a nada.



CAPITULO VII

Después de aquella memorable entrevista, mi vida había quedado dividida en dos mitades. La primera de ellas, incoherente, instintiva y saturada de inconsciente alegría. La segunda, caviladora, reflexiva y prometedora de emociones más íntimas y ambiciosas.

El jalón que dividía estas dos partes de mi vida lo marcaba, con indeleble huella, la primera revelación que tuve de mis antepasados y del solar que me viera nacer. Un mundo desconocido se abría, de golpe, ante mis ojos atónitos; y una sed nueva de saber cómo eran las cosas abrasaba mi curiosidad despierta. Las gracias de Rebenque me divertían como siempre, pero no me movían a admiración; los sentimentalismos de Marquesa me confortaban sin embriagarme. Y empezó a interesarme, más que todo esto, la envidia de Nerón y el servilismo de Caifás.

Después de aquella mi primera entrevista con el gran Cicerón, las cosas empezaron a tener para mí un nuevo y maravilloso relieve. Antes, sabía que estábamos; ahora, que eramos. Había en esto un abismo tremendo. La unidad «rabo de Rebenque» parecióme, por primera vez, como una medida insuficiente y ridícula. En cuanto al tiempo, lo veía como un

eterno nacer y morir de soles y lunas, alumbrando el polvo de los huesos de nuestros antepasados.

Cuando abandonamos la cueva de Cicerón, aquella inolvidable y tormentosa mañana, Catalejo me miró interrogante. Yo estaba turbado y no sabía qué contestar a sus mudas preguntas. Caminábamos... caminábamos... No nos pusimos de acuerdo hacia donde; pero sabíamos que nuestros pensamientos coincidían exactamente. Había dejado de llover; y el barranco, perdiendo por momentos su acostumbrado olor a gatos, exhalaba un delicioso perfume a tierra mojada. Unos chicos nos tiraron algunas piedras que no nos alcanzaron. Apretamos el paso; y pronto llegamos al primer recodo. Se había formado en él un charco de regulares dimensiones. El agua estaba transparente. Me acerqué a la orilla y me observé.

—Supongo —me dijo Catalejo— que no lo haces por coquetería.

—Bien sabes, amigo, por qué lo hago.

—Comprendo, Faycán. Quieres mirarte en el agua, que es el presente, antes que en el bronce.

—Dos gotas de agua, querido Catalejo, no son más iguales que nuestros pensamientos. Y ya que tan bien nos entendemos, ¿sabes una cosa? Estoy pensando si él, mi antepasado, es... ella. Quiero explicarme mejor. ¿Tenemos padre y madre o madre solamente? Porque, si es esto último... el *Gran Faycán*, para que sea antepasado, debía haber sido... ¿Comprendes?

—Me planteas un tremendo problema, Faycán. Un tremendo problema, ¿sabes? No sé qué contestarte, pero ya nos queda poco para llegar... Y allí... Claro que el olfato no nos va a servir para nada, pero la vista, Faycán, la vista...

Ya estamos debajo del Puente de Piedra.

El Puente era bastante bajo; y con unas cuantas piruetas y un salto, que ya teníamos calculado, nos encontramos, sanos y salvos, sobre el ardiente asfalto. Catalejo clavó los ojos en la distancia.

—¡Allí están, allí están!

Yo miraba en la misma dirección, lamiendo la distancia con ansiedad. Mis patas comenzaron, de nuevo, a temblar.

—¿Lo ves, Faycán?

Hice un esfuerzo.

—Veo... veo... ¡Sí, ahora! ¡Verdes, Catalejo, verdes!.. Son ocho... Son de yerba... Pero, ¡ese color!

—¡Bronce, Faycán!

—¡La piedra se parte en dos; el palo se astilla; se mella el cuchillo!

—¿Lo ves claramente?

—Espera, ya... ya veo. Es el primero de todos. No cabe duda; tiene rota una oreja. ¡Corramos!

Salimos como flechas; pero, impulsados por una misma idea, nos paramos y comenzamos a acercarnos despacio, casi con sigilo. Queríamos retardar lo más posible el placer; y saborear con refinamiento, paso

a paso, minuto a minuto, la emoción de vernos cara a cara con el tiempo, con la historia, que era carne nuestra, y dolor nuestro, y sangre nuestra. ¡Mil, dos mil, tres mil, millones de soles, cien generaciones! ¡Palos astillados, que ya dejaron de ser lo último que fueron: humo! ¡Piedras partidas en dos, que hoy son polvo en el aire que respiran las estrellas! ¡Todo esto teníamos que verlo de golpe! ¿Para qué corres? Y despacio, terriblemente despacio... Tres rabos de Rebenque... dos... uno... Pero... ¿Qué veo? Ciceron no me había dicho la verdad, toda la trágica verdad. «Se convirtieron en bronce». No había dicho más... Sí; y añadió: «Lo que había sido carne palpitante». ¡Palpitante! No podía comprenderlo. Yo estaba delante de mí. ¡Pero qué verde, quieto y mudo! Recordé que la carne podrida se volvía verde y repugnante. Su olor nos hacía huir; y el probarla nos daba la muerte. Me acerqué cuanto pude. Ante mi hocico, dos oquedades, llenas de polvo, me atisbaban. En una de ellas, había una mosca muerta. Por lo visto, los ojos no pueden convertirse en bronce. ¡No; no pueden estarse quietos, terriblemente, eternamente quietos! ¿Cómo no lo había adivinado antes?

Mi gran atepasado no podía mirarme. Me acerqué aún más. Le rozaba con mi hocico hasta empañarle. Si me hubieran pintado de verde, hubiera creído que estaba delante de un charco. Sólo un detalle nos diferenciaba.

—Catalejo— pude por fin decir, temblorosamente—, si eres mi gran amigo, mi mejor amigo, mi entrañable amigo, yo te pido que me muerdas una oreja; que la desgarras, que la partas en dos. Yo quiero parecerme en todo a mi gran antepasado. Me sobra la media oreja que él no tiene; me falta su valor, del que yo carezco. Yo te prometo que no he de preferir queja alguna, que no he de lloriquear como un miserable gato.

Catalejo no me hacía caso. Se había echado en el suelo y observaba algo detenidamente. Yo, olvidado de la advertencia de Cicerón, comencé a oler el frío y duro cuerpo. Efectivamente: no olía a nada. Catalejo seguía tumbado y en expectación.

—¿Qué observas, Catalejo? Me tienes intrigado.

—Observo, Faycán, observo... y te digo que no vuelvas a plantearme tremendos problemas...

—¿Qué observas?

—Pues... que los perros... también tenemos padre.

CAPITULO VIII

Aquella noche, apenas pude pegar un ojo. Las últimas palabras de mi madre sonaban ahora en mis oídos con una nueva significación. «No hagas caso de Pluto; los perros también tenemos padre. El tuyo fue un perro inglés». ¿Cómo podía entenderse esto, si yo era el vivo retrato de mi glorioso antepasado?...

Me levanté de un salto. ¡Era una terrible sospecha! Entonces... ¡mi mancha, mi hermosa mancha negra en el lomo! Pero... ¿y el *Gran Faycán*, verde, todo verde? Mis pensamientos eran un caos. Carne palpitante; oquedades con moscas muertas; manchas negras; y todos los seres y todas las cosas quietas, terriblemente quietas; y el olfato, un sentido inútil: Y todo oliendo a bronce, es decir, ¡a nada! Y el sol parado; y las moscas verdes convertidas en bronce y colgadas del aire por una telaraña invisible. Y solamente ojos, miles de ojos, moviéndose en todas direcciones, porque sólo ellos no pueden convertirse en nada fijo, sino a la hora de la muerte. Porque sólo ellos aprendieron de la nube el llanto y la movilidad. Yo mismo me sentía quieto; era una piedra más de las que hacían mi lecho.

De pronto, ¡oh alegría!, todo empieza a dar vuel-

tas. Se oye un grito terrible que retumba por todo el barranco. ¡El bronce ha resucitado! Las casas caminan. Los gatos se ríen como si fueran hombres. Las piedras vuelan, pero ellas solas, sin la complicidad del brazo. Las campanas juegan en sus trapeacios. Sus badajos, bajo el pináculo, semejan rabos de perros endiablados. Y todos los colores se van esfumando en el verde. Los gatos, los ratones, las flores, las piedras, el agua, todo verde, ¡verde!! Y huele a verde; y sueña a verde. ¡El bronce se está quejando de su catalepsia! Sólo el puente está quieto. Y es que, ahora, todo sucede al revés. Es que el puente tiene ojos; y eran ellos, de toda aquella sinfonía los únicos que conservaban su propio color.

Siento frío en el espinazo. ¡Oh, asombro mío! ¿Qué ven mis ojos? Hacia mí, se encaminan en fila mis ocho antepasados. *Faycán*, el *Gran Faycán*, a la cabeza del cortejo. De sus vacías cuencas ha desaparecido la mosca muerta. Su cuerpo es carne palpitante; y bajo su verde piel, vibra, elástico, el músculo. Siento frío.

Catalejo duerme junto a mí.

—Catalejo, explícame todo esto. Tú sabes más que yo. ¿No notas cómo se acercan? ¿No los ves?

Pero Catalejo me contesta con una voz que no es la suya. Con una voz de millones de años.

—No los veo, *Faycán*; he perdido la vista.

El cortejo va acercándose con terrible lentitud.

El *Gran Faycán* pasa junto a mí, sin mirarme. Estoy a punto de volverme loco: en el lomo ostenta una hermosa mancha negra, ¡mi mancha negra! Una fuerza irresistible me hace incorporar; corro... corro... ¿Hacia dónde? No importa, no importa. He llegado al Puente. Tres saltos mortales. ¡Qué extraño! Mi cuerpo no pesa nada. ¡Sí; con un pequeño esfuerzo, saltaría por encima de la gran casa de piedra con torres y campanas! Ya piso el asfalto; todo sigue moviéndose diabólicamente; todo sigue verde, menos el ojo del Puente. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Si el ojo del Puente no puede tener color alguno! ¡Si realmente no existe! Sigo corriendo, corriendo... Ahora no quiero, como la primera vez, retardar la emoción. Ahora, lo quiero todo de un golpe. Como un gato sorprendido detrás de una roca. ¡Ya estoy!

Pero... ¿Qué sucede? Creí estar en pic, corriendo, ¿y tengo que incorporarme? Estaba seguro de tener los ojos muy abiertos, ¿y he tenido que abrirlos? El *Gran Faycán* me mira con sus cuencas vacías: la misma postura; la mancha negra ha desaparecido; la mosca sigue pudriéndose en su verde ataúd. ¡Todo igual, igual, igual! ¿Todo? No; yo soy lo único cambiado; y me voy alejando despacio... despacio... Doy un largo rodeo. Ahora siento el peso de mi cuerpo. Miro para la gran casa de piedra con torres y campanas. ¡Insensato! —me digo.

Llego a la plaza del mercado. En el mar, empiezan a reflejarse los primeros rayos de sol. Los hombres tienen los ojos rojos y estiran sus brazos. La marea está baja; y el aire fresco huele a tiburones. Me voy despejando. Comienzo a subir el barranco, hacia mi guarida. Un perro se me acerca. Aún no puedo reconocerlo. ¡Ya! Es Catalejo. Le cuento lo ocurrido; pero me sorprende su aire de ironía.

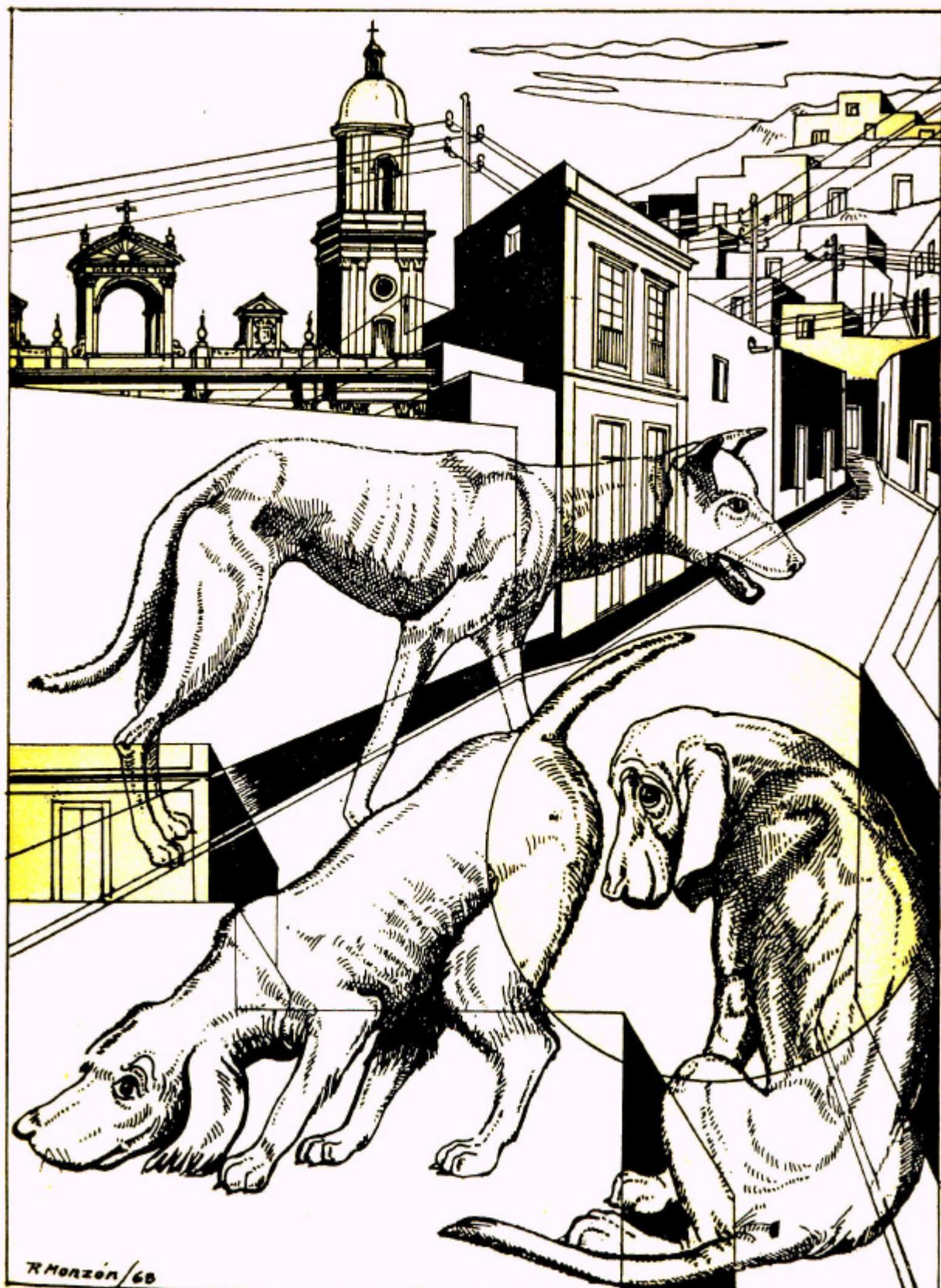
—Escucha, Faycán: esta noche no has estado en nuestra cueva. No pude convencerte de que me siguieras... y te has dormido junto a tu verde antepasado.

—Pero —protesto,— si todo lo que te he contado ha sucedido, ¡si lo he visto!

—Tú has tenido un sueño, Faycán, un sueño.

—¿Y qué es eso? ¿Qué es un sueño?

—Pues un sueño es... una cosa que debería ser verdad.



CAPITULO IX

No se había equivocado Catalejo, cuando anunció la barrancada. Las nubes eran negras y amenazadoras. Las alturas se veían taponadas por celajes siniestros; y, a caballo del viento, llegaban los primeros estampidos del trueno. El rayo se insolentaba ante la timidez del sol; y la lluvia colgaba cortinas en la distancia.

A las primeras claridades, ya estábamos todos en planta y correteábamos por el barranco, felices y expectantes. El aguacero, en las cumbres, debía de ser imponente.

La organización de la fiesta me fue encomendada a mí; y, después de ordenar a Catalejo que se preparase para ascender a los Riscos, designé a Nerón para que vigilase la salida de escape de la desembocadura. Nos quedamos Rebenque, Linda, Marquesa y yo; y nos acordamos del pobre Caifás, que tanto se divertía con estas algazaras que la naturaleza nos brindaba con tan poca prodigalidad.

Indiqué a Linda, que era novata en estas lides, lo discreto que sería que nos abandonase y se retirara en sitio seguro, arriba, fuera del cauce. Nuestro fino instinto nos anunciaba que la tormenta iba a ser

de las que hacen época; y no se nos ocultaba el peligro que se cernía sobre Linda, corredora mediocre, distraída y desobediente. Linda —ya lo tenía por descontado— no solamente hizo caso omiso de mis razones, sino que empezó a corretear sin ton ni son, gastando sus débiles fuerzas, en aquellos momentos en que todos procurábamos tener los músculos tensos y elásticos.

Como mis consejos no hacían en la testadura perra mella alguna, desistí de mis sanos propósitos y di a Catalejo la señal de partida. Este salió disparado como una flecha, barranco arriba, desapareciendo a poco por el primer recodo. Al cabo de unos minutos, le vimos cómo escalaba las primeras estribaciones del Risco; y por último, desapareció por detrás de una casa pintada escandalosamente de rojo y verde.

El objetivo de Nerón estaba más cercano; y echó a caminar, sin grandes prisas, pero sin imprudentes retrasos. Aguzamos los sentidos cuanto nos fue posible. Cualquier ruido insignificante nos hacía disparar las orejas al cielo. Se hizo un silencio impresionante, que interrumpían solamente unos pajarracos que ya conocíamos y que, a veces, nos disputaban nuestro botín.

Rebenque se subió a una peña y dejó caer su hermoso rabo hasta el suelo. Todos observábamos con curiosidad.

Sin embargo, le advertí:

—No vayas, Rebenque, a distraernos...

—No tengas cuidado. En cuanto oiga la señal, yo y mi rabo —si es que quiere seguirme todo— estaremos en el sitio que nos corresponde.

Estaba de un magnífico humor.

—Ahora veréis.

Hizo su famoso nudo corredizo, muy cerca de la punta, y me rogó que introdujera en él una piedrecilla. Lo hice lo mejor que pude.

—No sirve, Faycán. O el nudo es muy grande o la piedra muy pequeña. El caso es que una de mayores dimensiones no me va a servir... Toma —pero no me vayas a hacerme daño—, toma la punta del rabo con los dientes y dáme un buen estirón. Así... ¡Au!.. Bueno, ya está.

Los siniestros pajarracos volaban cada vez más cerca. El rabo de Rebenque parecía un molinillo. El aire silbaba. La piedrecilla salió, por fin, disparada. Los animalejos, sorprendidos, se apartaron graznando desagradablemente. Una hermosa pluma blanquinegra empezó a descender sin grandes prisas. Linda la apresó por el aire; se la colocó en su moña y fue a contemplarse en un charco cercano.

De pronto, se nos heló la sangre. Un aullido tadrante rasgó la distancia, al mismo tiempo que un horrísono estampido, seguido de aguacero.

—¡Todos preparados! —les grito.

Rebenque ha dado un salto prodigioso desde la peña; y ya está junto a mí. Es cuestión de unos se-

gundos el que nos quedemos o tengamos que desbandarnos a todo correr, barranco abajo.

¡Decepción! Un segundo aullido, lastimero, alarmante, nos anuncia que el barranco viene furioso y de banda a banda.

—¡Hacia la desembocadura! —grito imperiosamente—. ¡Barranco abajo, Marquesa, Linda, Rebenque..!

Echamos a correr con todas nuestras fuerzas. Linda seguía mirándose estúpidamente en su enlodado espejo. El pelotón dejó atrás el primer recodo; traspuso el Puente de piedra; luego, el de Palo. Y... ¡oh tragedia!, la salida estaba derrumbada. Unos chicos habían quitado las grandes piedras. Nerón no daba señales de vida. ¿Qué hacer? Era cuestión de un minuto, de dos... Unos hombres, sobre el muro, nos miraban impasibles. Algunos se reían. Se nos erizaron los pelos del rabo y se nos arqueaba por momentos la espina dorsal. Nunca estuvimos más cerca de parecernos a los miserables gatos.

Más abajo, el mar batía furiosamente. De un lado, la muerte, en el remolino y el lodo; de otro, la muerte salada. Sin que apenas nos diéramos cuenta y sin poder evitarlo, Rebenque ha echado a correr en dirección al mar. «¡Rebenque, Rebenque!» Pero no ha querido oírnos; y lo vemos desaparecer entre unas peñas que emergen unos segundos de debajo de una

ola gigantesca. Pasan unos momentos angustiosos. Voy a dar una orden... Es la última esperanza...

Pero, ¿qué ha pasado? Encima mismo de nosotros, asomado al muro, está el propio Rebenque, destilando agua por todo su cuerpo.

—¡Pronto, pronto! —nos grita—. Primero las hembras.

Ha dado una vuelta completa sobre sí mismo; y su maravilloso rabo, más largo que nunca, nos brinda la única posibilidad de salvarnos. Ya se oye el fragor terrible de las aguas que se acercan. No hay tiempo que perder. Marquesa fue la primera que apresó el rabo salvador. Rebenque tiraba de él desesperadamente. No sin grandes esfuerzos, pudo al fin encaramarse, ayudada por sus pezuñas que hundía con ansiedad entre las oquedades del muro. ¡Ya está a salvo! Quedo yo, pero soy mucho más pesado. Rebenque me tiende nuevamente su rabo. Está sangrando. ¡Oh *Gran Faycán!* ¡Dame tu valor! Hinqué mis dientes en el rabo heroico. Mis pezuñas se hundieron en las grietas y en las pequeñas barrigas del muro. Rebenque tira de mí; y logro empinarme un poco. El rabo de Rebenque comienza a desollarse. Me ciegan momentáneamente unas gotas de sangre. Voy a caer. El torrente ha doblado ya el primer recodo. Es su última vuelta, antes de lanzar sobre el mar su furia y sus víctimas. Aún estoy colgado. Dentro de un segundo... ¡Oh, *Gran Faycán!* Por el rabo de Rebenque desciende

una mano fuerte y velluda. Detrás de la mano, un brazo; detrás, un hombre. Ya llega; ya roza mi fría nariz; ya avanza despacio, pero segura, sobre mis ojos atemorizados. Entre sus dedos hay sangre; pero es sangre de perro. Un esfuerzo más. Un leve crujido de huesos. Los dedos se encrispan. Yo adivino y dejo mi cuello flácido, todo lo que me permite mi violenta posición de colgado. La mano se aferra; y me siento subir. ¡Ya estoy arriba! ¡Salvado por el hombre!

Mi salvador se aleja indiferente, después de darme una amistosa palmada. Yo le sigo, lleno de gratitud. Quiero lamer aquella mano fuerte y velluda. Quiero que aquel hombre me pegue con dureza, para no proferir ni un sólo gruñido; y mirar humildemente al suelo, y morder el polvo, y lamerle las botas, y lanzarme rabiosamente sobre el que ose ponerle una mano sobre el hombro, y... Pero no. La mano velluda tiene entre los dedos, manchados con sangre de rabo de perro, una cadena brillante; la cadena termina en un collar rojo del que parten las correas de un bozal; y dentro del bozal... hay una cabeza de perro. Un perro limpio y lustroso. Un perro de lujo bien alimentado. Un perro que despide un olor casi humano. ¡Apenas puedo creerlo! Mi salvador es el amo del que fue nuestro Caifás. Ya desaparecen tras una esquina. Caifás se ha parado un momento para mirarnos como aquella mañana; pero un tirón de cadena le ha hecho desaparecer.

Me asomo jadeante a la muralla de contención. Ya llegan, tumultuosas las primeras aguas. Mis ojos no se fijan en los tiernos pollos ni en los pavos ni en los conejos. Mis ojos no ven otra cosa que una pluma blanquinegra que lleva la corriente. Rebenque ha dejado de lamerse su sangrante y desollado rabo; y se asoma también lleno de ansiedad. Sus ojos se apartan, como los míos, del sabroso botín, para contemplar una perrilla enfangada que flota sobre las sucias aguas, con las patas tiesas.

* * *

Echamos a caminar despacio y tristemente, siguiendo la muralla con atención. El fragor de las aguas aumentaba por momentos. Rebenque iba goteando agua salada y con el rabo hecho un verdadero cilicio.

—Me duelen todos los huesos —me dijo—, absolutamente todos. Obsérvame, Faycán, ¿no ves en mí algo anormal?

—Noto que estás grandemente fatigado y que tu rabo sangra. Pero nada anormal veo en ello, sino el natural estado después de tu tremendo esfuerzo. Nunca podré agradecerlo como se merece.

—No es eso, Faycán. No me refería a lo maltrato de mi cuerpo —que bien empleado lo doy por el beneficio prestado—, sino que, a fuerza de

tantos estirones, me estoy figurando que he crecido; y si tú no lo ves, yo lo siento.

—Si te digo la verdad, Rebenque, y si mis ojos no me mienten, me parece, por el contrario, que eres más pequeño que antes. No te olvides que estás mojado de arriba abajo y que las criaturas de pelo y pluma encogemos con las mojaduras. Quédese, pues, la cuestión, entre lo que tú añades y lo que yo quito, en su justo término medio.

O mis razones fueron convincentes o fue el cansancio el que hizo enmudecer a mi heroico compañero.

Hubo una pausa prolongada. El Puente de Piedra ya no podía estar lejos. En él, debía estarnos esperando Catalejo, pues era cosa consabida que, cuando fracasaba la gran aventura, era allí donde todos habríamos de reunirnos.

El paradero de Nerón nos traía intrigados. Algo grave debía de haberle sucedido, cuando no pudo avisarnos que la salida de escape estaba interceptada. Pensar en un descuido, en una distracción o en una frívola y fugaz aventura amorosa era idea que desechamos antes de pensarla. Pero quedaba algo... algo... ¡Oh! Una sospecha cruzó por mi mente.

—¿Percibes un cierto olorcillo a chamusquina?

—pregunto a Rebenque.

—¡Fíjate, Faycán!

Nos paramos. Habíamos llegado a una esquina.

Al final de una calle estrecha, unos hombres con mangueras estaban apagando un incendio. ¡Ya estaba todo explicado! Era la debilidad de Nerón. Por ver un incendio era capaz de abandonar hasta a los seres más queridos. Se pasaba horas enteras contemplando las llamas y relamiéndose el hocico de puro placer. Por lo demás, y a pesar de su gran defectillo, —la envidia—, era un buen compañero y poseía un alto concepto de la responsabilidad.

Frente al incendio, se había aglomerado una multitud curiosa. Buscamos a Nerón para tirarle de las orejas, pero de pronto nos acordamos de la tragedia de Linda.

—Debemos —dije a Rebenque— darle la noticia poco a poco; con precaución. Nerón es muy vehemente; y está realmente enamorado de la desgraciada...

—Párate, Faycán. ¡Allí, allí!

—¡Corramos!

Efectivamente: Nerón estaba a corta distancia de nosotros, rodeado de un enjambre de sucios chiquillos. En la punta del rabo, lleva amarrado un cacharro que le persigue como la sombra al cuerpo.

—¡Ah, muchachos! —masculla Rebenque—. ¡Ya me lo habríais de amarrar a mí! ¡Veríais cuantos os quedabais sin cabeza!

—¿Qué hacemos, Rebenque?

—¿Qué hacemos...? Espera. Si no me equivoco... Mira hacia el Puente.

—No te equivocas, Rebenque. Es Catalejo, que viene a nuestro encuentro como una centella. ●

Apenas había acabado de decirlo, y ya estaba Catalejo junto al desharrapado grupo. Marquesa, que se había perdido entre los curiosos que contemplaban la barrancada, apareció en el crítico momento. No tuvimos necesidad de ponernos de acuerdo. ¡Sus, sus! Todos a una nos lanzamos sobre la despiadada chiquillería. Hasta Nerón, impedido de sus mejores movimientos, arremetió con inusitado ardor a dentellazo limpio. Algunos chiquillos, sorprendidos del inesperado ataque, corrieron a refugiarse en los portales. Otros comenzaron a buscar piedras. Afortunadamente, los terribles proyectiles no abundaban por aquellos lugares. Si la batalla hubiera tenido lugar unos rabos de Rebenque más allá, en el cauce, cualquiera sabe como hubiera terminado aquel esforzado rescate. Las pocas piedras que había empezaron a agotarse; y algunos chicos iniciaron la huída por las callejuelas inmediatas. El mayor de ellos, que capitaneaba el grupo, recibió un latigazo de Rebenque, en pleno rostro, y quedó señalado con una marca roja. El muchachote, sorprendido, se echa las manos al sitio dolorido, se las mira con terror y, tomando por suya la sangre del rabo de Rebenque, profiere una exclamación y emprende la huída a todo correr. El resto de la

turba creyó oportuno imitarle y abandonó el campo definitivamente.

Algunos hombres habían formado corro y seguían con visible interés la desigual batalla. Nosotros nos dedicamos a librar a Nerón de su ignominioso cacharro; y una vez que lo hubimos conseguido, nos abrimos paso por entre las piernas de los curiosos, con la cabeza muy alta y muy seguros de nosotros mismos. Nos tiraron algunas golosinas, pero las rechazamos y seguimos nuestro camino hacia arriba. En verdad sea dicho, las emociones y la fatiga habían matado nuestro inseparable apetito.

Penosamente, paso a paso, nos íbamos acercando a lo que nosotros llamábamos nuestro escondrijo seco. Durante el tiempo que duraba la tormentada, nos solíamos cobijar en un bananal situado a unos cinco rabos de Rebenque sobre el barranco. Al principio había sido un sitio peligroso para la pandilla, pues el guardián de la finca era un tremendo mastín que infundía miedo al perro mejor plantado. Casi todos teníamos una huella indeleble de aquel monstruo, que hubiera acabado con la pandilla en pleno, de habersele propuesto. La relativa amistad —si así puede llamarse— que nos dispensó más tarde se la debíamos a una antigua amiga de Nerón, ya olvidada, y de la cual no he creído necesario hablar en estas memorias. Fue ella la que detrás de una platanera corpulenta logró convencer al feroz mastín, con razones tales, que

el temible guardián terminó permitiéndonos que durmiéramos a pierna suelta, bajo los sabrosos frutos.

Todo esto iba devanando mi recuerdo; y empecé a abrigar serios temores sobre Marquesa. Mis reflexiones fueron interrumpidas por una pregunta por todos temida y esperada: era de Nerón.

—¿No estaba Linda con vosotros, en el cauce?
Hubo un penoso silencio.

—Verás, Nerón... Estaba; pero, luego se marchó.

—¿A dónde marchó? No comprendo.

—Escucha, Nerón. Tú sabes que... Linda, si encuentra un bello charco donde mirarse... y se tropieza con una bella pluma, pongo por caso... Una pluma... bella, sí; y blanquinegra, que son su debilidad.. Pues... se la coloca en la moña con aquella habilidad que tenía... que tiene, quería decir; y... naturalmente, si uno se está delante de un charco... y en la cumbre está lloviendo, y...

—¿Qué tiene que ver eso de la pluma con que Linda no esté aquí con nosotros? ¿Quieres explicarte mejor, Faycán?

—Es para que comprendas, mi ahora más que nunca querido Nerón, que cuando una pluma ha estado adornando la moña de tu amada Linda y luego flota hacia el mar...

Pero Rebenque me hace una seña inteligente. Yo callo; y Nerón, algo duro de mollera, parece que no ha comprendido.

Marquesa salva el momento angustioso.

—Me parece —ha dicho— que la ví entre las piernas de los curiosos, allá abajo, cerca de la desembocadura.

Catalejo me ha mirado de una manera harto expresiva. ¡El sí que lo ha comprendido todo! Nerón se queda mirando para el suelo, abstraído y receloso. Hemos llegado al escondrijo. Marquesa se tiende, muy temerosa, junto a mí.

Nerón y Catalejo, con sus largas y sedosas lenguas alivian las heridas del rabo de Rebenque. Este empieza a quejarse lastimero.

—Es extraño —nos dice—. Estamos en pleno día; el cielo está totalmente cubierto; pero yo veo, como las noches claras, todas las estrellas.

El mastín no ha hecho aún su odiosa aparición. Otros se han sacrificado —pienso— y no debo ser una excepción.

Rebenque se ha tendido ahora junto a mí.

—Escucha, Rebenque: me flaquea la memoria y mañana tengo que hacer una cosa importante. Quisiera estar despierto antes de que salga el sol. Eres un gran madrugador. ¿Te acordarás de despertarme?

—Me acordaré, Faycán.

—¿Estás seguro, absolutamente seguro de que me despertarás?

—Si no lo crees, si abrigas alguna duda sobre ello, si necesitas una prueba de que no he de olvidarme...

Y Rebenque me señala, con un guiño malicioso, la punta de su rabo, en la que hace precavido... un nudo.

* * *

Un ladrido espeluznante nos deja como petrificados. El mastín ha hecho su aparición. Marquesa se aprieta contra mí, temblorosa. Mis ocho antepasados desfilan, rápidos, por mi mente. *Bentayga*, el fuerte; *Aterura*, la humilde; *Tenoyo*, el noble; *Tindaya*, la fidelísima; *Mogano*, el bondadoso; *Doramas*, el longevo; *Tirajano*, el justo; *Faycán*, el esforzado..

Pero es *Tindaya* la que ahora ocupa todos mis pensamientos.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Ha pasado un tiempo que no puedo precisar con exactitud. Más largo que el de mi primera infancia —cuyos más salientes sucesos he pretendido relatar—, pero menos pródigo en acontecimientos pintorescos y aventuras merecedoras de pasar a nuestra perruna posteridad. Durante esta época, para mí interminable, ¿cuántas veces salió el sol a iluminar nuestra querida isla? ¿Cuántas veces se ocultó la luna tras las altas cumbres donde nacen las aguas?

La pandilla, a excepción de Nerón, sigue completa. Nuestro envidiosillo, incendiario y enamorado compañero se afectó, más de lo que habíamos pensado en un principio, con la trágica muerte de Linda. Estuvo algún tiempo sin beber agua; y ladraba furiosamente, cuando se veía delante de un charco. Se pasaba horas enteras con los belfos inflados, enseñando los dientes, frente al mar; y cuando hociqueaba una pluma, dejaba escapar un aullido lastimero y se le humedecían los ojos.

Consultamos el caso a Cicerón.

—¡Gravel! —nos dijo—. No hay más que dos soluciones. O le hacéis beber agua o tenéis que matarle.

Nos quedamos aterrados; y por un momento, llegamos a dudar de que el ya viejecito Cicerón estuviera en sus cabales.

—¿Cómo es posible, admirado Cicerón, que podamos dar muerte a nuestro entrañable compañero?

—Si no lo hacéis así, si no obligáis a Nerón a que beba el agua salvadora, vuestro... entrañable compañero hará posible, sin poderlo evitar, que vuestras vidas duren lo que tarda el sol en asomarse al mar y desaparecer por las altas montañas, donde las aguas del barranco tienen su infancia. Nerón está a punto de padecer la más terrible de las enfermedades que azotan a nuestra raza, de la cual ni el mismo hombre ha podido librarse. Dentro de poco, tal vez ya sea tarde. Una espuma venenosa destilarán sus bellos. Sus dilatados ojos, tomarán del ocaso sus más violentas tintas; y sus colmillos, untados por la baba fatídica, harán buenos a los afilados cuchillos y a las puntiagudas piedras. No reconocerá a su mejor amigo ni a su propia madre, si viviera, ni a su amo, de haberlo tenido. ¡Hacedle beber agua... o matadle! Y ahora, escuchad la terrible palabra: ¡¡Rabial! Lo que a unos mata a otros puede darles vida. El agua que segó la de Linda puede ser ahora la salvación de vuestro amigo. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Cicerón se quedó en aquella actitud que ya conocíamos; y que significaba que ya estaba todo dicho.

Salimos, sin replicar, de la cueva y nos lanza-

mos barranco abajo, a todo correr, hacia el sitio donde suponíamos que estaría nuestro melancólico y a la vez furioso compañero. Antes de llegar al Puente de Piedra, oímos un aullido angustioso que ponía los pelos de punta. Reconocimos, por él, al pobre Nerón. Nos fuimos acercando con mucha cautela; y cuando estábamos ya cerca de él, pudimos observar que no nos había conocido. Empezó a ladrarnos como a unos extraños; y sus colmillos relucían de una manera siniestra. Nos paramos a una distancia prudencial.

—Tenemos que salvarle —propuso Catalejo— ¿No lo adivináis? Fijaos bien en Nerón.

Aguzamos nuestra vista cuanto nos fue posible.

—¿Habéis comprendido? —insistió Catalejo—.

—Ya veo —repuso Rebenque—. Está ladrando delante de un charco.

—Delante de un charco —añadió Catalejo— bastante grande para aprender a nadar; y ya sabéis que todos hemos aprendido a hacerlo, cuando nos han tirado al agua para gastarnos una broma.

—Bastante pesada, por cierto —comentó Rebenque—.

—Pues bien; creo que me habréis comprendido. ¿No es eso, Rebenque? ¿No es eso Faycán?

—Te hemos comprendido perfectamente —le contestamos—.

—¿Entendido?

—Entendido.

—Entonces... acerquémonos con precaución. Hay que ponerse en guardia. Sus dientes destilan veneno. Su baba es mortal. Rebenque... es necesario que seas tú...

—Pero, ¿piensas, acaso, que no tengo ya elaborado un plan magnífico? Seguidme.

Nerón continuaba ladrando, furioso. A Marquesa le ordené que se quedara un tanto rezagada; y con mucha cautela, nos fuimos acercando al charco. Ya hemos llegado a la zona de peligro. Nerón se revuelve contra nosotros.

—¡Nerón, Nerón!

Pero no nos hace caso; y se lanza baboso contra Catalejo. Cuando iba a morderle, Catalejo esquivaba su cuerpo con una agilidad digna de su primera juventud. Ahora me toca a mí azuzarle por el otro lado y atraerle con mañas al lugar donde Rebenque ha tendido su infalible lazo. Unas cuantas veces, las patas de Nerón han estado muy cerca de hacer el punto concéntrico de la peluda circunferencia. ¡Por fin, Nerón ha caído en la trampa. Intenta morder el rabo opresor, pero Rebenque tira de él con maña sin igual. Nerón rueda sobre las piedras. Sus ojos despiden fuego. Su cuerpo es una pura convulsión.

—¡Cuidado, Rebenque, cuidado! —le gritamos—.

Pero... ya el peligro ha desaparecido. Nerón chapea en el agua. Nos lanza terribles miradas y deja oír un aullido lastimero, que hemos creído era el

anuncio de su propia muerte. Intenta ganar la orilla, pero cuantas veces se lo ha propuesto, le hemos hecho fracasar. Sus fuerzas empiezan a debilitarse. Aprieta con rabia sus dientes; y una nueva tentativa por salirse del charco, rechazada por todos, le hunde en sus aguas. De esta vez, no le ha valido de nada su hermetismo. Nerón ha comenzado, contra su voluntad, a trasegar el líquido salvador. Ya no intenta ganar la orilla. Se produce una nueva inmersión. Sus aullidos van apagándose, a la par que se infla su vientre. Sigue tragando agua. Ya no necesita nadar para mantenerse a flote. Ha dejado de ladrar y ha cerrado los ojos. La superficie del charco está llena de babas. Lo sacamos y lo dejamos sobre la tierra seca. Un ligero temblor, que recorre su cuerpo, es lo único que le queda parecido a la vida. Nos hemos echado sobre él; y el calor de nuestros cuerpos le va devolviendo el sentido. Abre los ojos. Ya no le tenemos miedo. Su baba ha desaparecido; y su hocico ha recobrado su habitual expresión. Intenta incorporarse; y lo consigue, no sin grandes esfuerzos. Su panza le llega hasta el suelo. Se la mira extrañado.

—¿Qué es lo que me sucede, amigos?

Ninguno supimos contestar; pero Rebenque, que se perdía por dar una broma, le respondió en un tono de fingida seriedad:

—La extrañeza es la nuestra, Nerón. Y Nerón a secas te llamaremos hasta que disipes nuestras legí-

timas dudas. ¿Cómo has podido llegar a este estado vergonzoso? Todos te hemos creído, hasta aquí, un perro con toda la barba.

* * *

Pero Nerón no entendía estas bromas y, mucho menos, ciertas sutilezas. Se tendió cuan largo era, sobre una manta de pequeñas piedras; y mientras su vientre disminuía, junto a su hocico, un nuevo charco había empezado a nacer. Su respiración, poco a poco, adquiría su ritmo normal. Sus ojos ya miraban y conocían; y el incipiente charco, suficientemente grande para ahogar a un ratón, subía de nivel, mientras el hinchado vientre perdía por momentos su aburguesada curva.

Nos habíamos sentado en un semicírculo; y esperábamos que Nerón, ya curado de su terrible enfermedad, exteriorizase sus sentimientos. Hubo un momento que creímos que esto iba a suceder. Nerón se ha incorporado. Clava sus ojos, ya serenos, en los nuestros curiosos. Se va acercando despacio; su rabo, a la funerala; sus orejas, acariciando las piedras. De pronto, se para. Su hocico ha tropezado con una pluma blanquinegra; ha vuelto hacia el grupo sus grandes y tristes ojos; y le vemos que se aleja lentamente, sin mirar para atrás, como lo hiciera un día, ya remoto, nuestro Caifás.

* * *

Mis propósitos son trazar a grandes rasgos los más importantes sucesos de la pandilla durante aquel largo tiempo. Sabida ya la congoja, enfermedad y desaparición de nuestro inolvidable Nerón, paso a contar una peripecia cómica dramática acontecida al ingenioso Rebenque.

Una mañana nos vino a despertar el rabudo amigo y nos dió una noticia que todos esperábamos, desde hacía algún tiempo, con curiosidad.

Pero, antes, es necesario que relate los antecedentes que precedieron a aquella mañana inolvidable.

Sucedió que, Rebenque, un buen día, apareció por nuestra cueva en compañía y solaz de una perrilla que había descubierto en un cafetín del mercado. Hago hincapié —y repito— que la descubrió en un cafetín del mercado, porque la desmedida afición por aquellos lugares, que le tuvo dominado por algún tiempo, influyó notablemente en su robusta naturaleza y en su ingeniosa capacidad. Más adelante, he de relatar aquella vergonzosa caída que estuvo a punto de minar para siempre su gran inventiva y sus nada comunes facultades. Decía, pues, que un buen día apareció con una perrilla un tanto deleznable y monda de femeniles atractivos. Una nube adornaba su ojo derecho; y el izquierdo estaba siempre en desacuer-

do con su encapotado compañero. Rala de pelambre, mal estibada de andares, pezuñilarga y cargada de lomos, nos produjo un efecto desagradable, que todos pusimos empeño en disimular.

Pero Rebenque parecía muy contento de su hallazgo; y... —¡espectación en la pandilla!— se nos había escapado un detalle de suma importancia... ¿Cómo un detalle? Era más que todo eso.

—Date la vuelta, querida —ordenó Rebenque, con una voz ridículamente tierna—.

Y, ¡oh, asombro!, la perrejilla poseía un rabo que ahí se iba con el de Rebenque.

—¿Qué os parece?— nos dijo con aire de triunfo—. Hay que cuidar las esencias de la raza. Quiero perpetuarme en lo que constituye mi más legítimo orgullo.

(He de advertir que, cuando esto sucedía, ya Cicerón, en aquella memorable discusión con Pluto, nos había demostrado con pruebas irrefutables la cuestión de la paternidad).

Rebenque continuó:

—¿Qué importa...

Pero se interrumpió; y dirigiéndose a la perrilla, le dijo melosamente:

—Vete un momento, querida; y cuando te llame, regresa.

La perrilla obedeció con gran humildad.

—¿Qué importa —prosiguió— una nube más o

menos? Con un ojo desentoldado, basta y sobra para lo que hay que ver. Aparte de que las hembras no deben ver ciertas cosas, ni oirlas... No vengas todavía, preciosa; ya te avisaré... Pues bien, ¿qué importan unas pezuñas más o menos largas o más o menos cortas? Pero un rabo largo... largo, como el látigo de un mayoral de carro de ocho mulas, eso... eso sí que importa. ¡Ya puedes venir!

—¡¡Rebenquillal! —gritamos todos a una.

—Bien —sentenció Rebenque—. Queda el nombre... y el respeto, ¿eh?

—¡Vivan Rebenque y Rebenquilla! —gritamos—.

Y aquella tarde, se festejó el acontecimiento con unas albóndigas y unos succulentos huesos, que pillamos en un tabernucho del mercado.

Pasó algún tiempo, y hete aquí la noticia que aquella mañana había despertado en la pandilla tanta curiosidad.

Rebenquilla había tenido unos días de antojos. Uno de ellos, la pretensión de que Rebenque robase para ella un cable de los que están colocados encima del Puente.

—Entonces —le dijimos—, ¿crees tú que es cuestión de...

—¿Cómo que es cuestión? No es cuestión de nada; sino de que todos corramos a mi cueva. Seguramente he de necesitaros para desenredar... Bueno, ya me entendéis.

—Comprendido, Rebenque.

Y todos nos lanzamos barranco arriba, imaginándose, cada cual a su manera, la escena que íbamos a presenciar.

Llegamos por fin a la guarida. El corazón a todos nos brincaba. Nos colamos de rondón; y... nuestros ojos contemplaron un espectáculo que jamás podrá borrarse de nuestra memoria.

Tres perrillos inmundos, con las cabezas monstruosas, más grandes aún que su cuerpo, yacían en el suelo, revolcándose, gimoteando. Pero no era esto lo que nos dejó consternados. A Rebenque le dió un síncope. No era para menos. Los tres engendros eran... ¡rabones!

Salimos de la cueva llenos de horror. Rebenque era, de todos, el que más corría. Un galgo le hubiera envidiado. ¡Se ha vuelto loco! —pensamos—. Y lo vimos desaparecer dando saltos inverosímiles, por el primer recodo, barranco abajo, con la intención, tal vez, de tirarse de cabeza al mar.

* * *

Catalejo seguía —así lo creíamos todos— poseyendo su vista extraordinaria. Su papel de vigía, que conservaba a perpetuidad, rendía siempre la máxima eficacia. Pero en cierta ocasión, que le vimos escudriñar la distancia con una insistencia desacostumbrada, le preguntamos:

—¿Qué observas, Catalejo?

--Observo... Observo... Sí; dos hombres montados en un burro se acercan.

Miramos en la misma dirección y no alcanzamos a ver sino un bulto lejano, que al parecer se aproximaba. Pasaron unos minutos; y empezamos a divisar la silueta del animal. Un rebuzno lejano, más que la figura aún borrosa, nos indicaba que, en lo del animal, Catalejo no se había equivocado. En cuanto a los dos hombres...

Catalejo ha fruncido el ceño y deja escapar un gruñido de contrariedad. Poco después, buscando un pretexto baladí, nos ha abandonado. Aquello nos causó cierta extrañeza, pero cuando el animal pasó cerca de nosotros, nos explicamos la actitud de aquel gran oteador de distancias que era Catalejo. Encima del burro cabalgaba un hombre solamente. Fue aquel el primer fallo, precursor de otros tantos, de aquella vista prodigiosa, disipadora de sombras y taladro de nubes.

* * *

El fracaso de la paternidad de Rebenque produjo en toda la pandilla, a excepción mía, un regocijante efecto. No era que ninguno se alegrase de lo que había sucedido al pobre Rebenque; pero las circunstancias en que el hecho se había desarrollado y las quiméricas pretensiones del rabudo compañero,

en contraste con aquel inesperado alumbramiento, movían más a la chanza que al duelo. Mis sentimientos se acercaban más a la tristeza que al regocijo; y era que yo, en cierto modo y en cierto anhelo, sentía también, un fracasado intento, lo estéril e infecundo de mi paternidad.

He tenido con Marquesa serios disgustos. Cicerón me dijo una vez: «Los perros somos fieles al hombre, pero infieles entre nosotros». Y tuve, sobre esto, ciertas reservas. Dejando aparte lo que nunca fue un frívolo desliz, sino un sacrificio impuesto por las circunstancias (me refiero al funesto día en que Linda nos abandonó para siempre y en el que el odioso mastín exigió el tributo a su hospitalidad), Marquesa no volvió nunca a renegar, creo que ni con el pensamiento, de *Tindaya*, la fidelísima. Quede sentado, pues, de una vez para siempre, que los disgustos que de vez en vez obscurecían nuestro doméstico hastío más se debían a lo que la naturaleza negaba que a sospechas sin fundamento. Y váyase lo dado por lo no otorgado.

El fracaso de Rebenque lo comprendía yo, más que ninguno, porque, si él había soñado en perpetuarse en su rabo, yo hubiera querido hacerlo en mi hermosa mancha blanca.

* * *

En los tiempos a que hago referencia, la cues-

ción tan llevada y traída de la paternidad había sido zanjada definitivamente.

Pluto vivía en la campiña y bajaba de vez en cuando a visitarnos y a cambiar impresiones con nuestro viejo Cicerón. Pluto tenía la antigua creencia de la maternidad. Cicerón, por el contrario, —y tuvo, al principio, sobre el escabroso asunto algunas reservas— pretendía demostrar lo que él llamaba «la colaboración».

—Una vasija —nos decía— la dejamos en descampado, en una noche de lluvia. La vasija amanece llena de agua, porque «ha llovido el padre». La vasija no puede producir agua, sino contenerla. Pero esto, amigos, reconozco, que no está aún claro del todo; y quisiera explicarlo mejor.

Todos hemos observado al hombre, cuando hace los árboles. Introduce en la tierra una semilla pequeñísima; y, al cabo de cierto tiempo, empieza a nacer un botoncillo verde que se parece a un árbol como una mosca a uno de nosotros. Pero en aquel botoncillo —no lo dudéis— existe un árbol. La semilla es la madre; y el padre, el agua, que brota de la tierra o la que cae del cielo.

La del mar es infecunda. Pero cuando el sol la convierte en nube y el viento la desgarras y la empuja contra los picachos, entonces, sus hijos pueden ser tan numerosos como las piedras de las playas.

Esto sucedía en la cueva de Cicerón; y estaba-

mos todos tan atentos, que si una docena de gatos se hubiera tendido a nuestro lado, a buen seguro que ninguno hubiéramos movido la cabeza.

Pluto se rascó una oreja, con visible contrariedad. Y formuló esta pregunta.

—¿Has visto tú, admirado Cicerón, por ventura, el interior de una semilla? Y si la has partido en dos y la has observado a la luz del sol, ¿has podido comprobar en su seno algo parecido a un árbol?

—Mil semillas han partido en dos, en cuatro y en ocho mis colmillos. Los más claros rayos del sol pusieron en huída la más insignificante sombra; pero nunca pude ver allí un árbol, ni del tamaño siquiera de una pestaña de mosca. Sin embargo, Pluto querido, yo quisiera contestarte con una pregunta, ya que tú —sin proponértelo— casi me has preguntado con una respuesta. ¿Has visto tú, en una gota, algo parecido a un gato, a una oveja o a un perro?

La ansiedad de todos está en su punto culminante. Pluto callaba. Por fin, balbuceó:

—¿Una gota de qué?

—¡Oh, Pluto!; no será de miel, ni de agua.

—Te entiendo, Cicerón; pero mis pensamientos vacilan y se enredan. Me vas a permitir que me retire. Quiero pensar y medir el alcance de tus palabras. Comprenderlas. Si algo veo en ellas que me enseñe y convenza, ya sabes que no soy envidioso.

Vendré dentro de algún tiempo a darte las gracias y a seguir aprendiendo.

Dichas estas palabras, que nos dejaron maravillados y en suspenso, Pluto se incorporó. Cicerón hizo lo propio; y despidió de esta manera al noble compañero:

—Que nuestros antepasados te iluminen. Que *Faycán* te regale con su arrojo y *Tenoyo* con su prudencia. *Mogano* ahonde tu reflexión y *Arguineguín* te preste su sapiencia.

—Y a tí, generoso Cicerón, esta pobre criatura te desea que, sobre tí, derramen sus gracias *Aterura*, la humilde; *Bentayga*, el fuerte; y, sobre todo, que *Doramas* te ofrende su longevidad. De *Tindaya*, la fidelísima, nada tiene que esperar ni tu sexo ni tu senectud.

—Cierto, Pluto. De todo lo que me deseas, algo poseo. Pero de longevidad es, por ahora, de lo ando más necesitado. *Doramas* vió nacer y morir un árbol corpulento. Yo ya me conformo con que mis cansados ojos puedan contemplar, por vez postrera, la próxima barrancada.

Salió Pluto de la cueva; después de un largo silencio, Cicerón nos explicó el misterio. Todo el misterio.

Dicho sea en verdad, ninguno lo habíamos, hasta aquel momento, comprendido.

* * *

A grande rasgos he contado lo más saliente de aquel período, un tanto largo, y durante el cual los acontecimientos, salvo los que acabo de narrar, se repitieron con cronológica exactitud. Cacerías de gatos; pillaje en las tabernas del mercado; las diabluras de Rebenque; amores frívolos y fugaces; y la siempre esperada venida del barranco.

El que todos, y particularmente yo, sintamos ahora como una nueva savia en las venas y el que nuevos sucesos prometedores de fecundas aventuras hayan hecho aparición en la que fuera la más alegre en las pandillas me ha movido a proseguir el fiel relato de nuestras vidas, si no ya tan alegres, esperanzadas de volverlo a ser. Y si antes contaba la aventura porque ella sucedía y me tentaba, seré yo ahora quien la tiene a suceder, para darme el gusto de contarla.

* * *

Junto a mi cueva, esta mañana, un hombre ha plantado un árbol.

El débil botoncillo desflorará la tierra con su gozo verde, esperanzado del paternal rocío. Las pequeñas piedras que rodean su cuna ingentes cumbres han de parecerle; hasta que un día, cuando el pájaro le

tome por nido, cuando el viento le silbe su impotencia y el gato le arañe sin herirle, cuando el hombre al sol burle bajo sus ramas, y sólo por temida al hacha tenga. Entonces, ¡oh, *Doramas!*, ¿dónde estará el polvo de mis pobres huesos?

Pero si *Faycán* me oye, si *Faycán* me enseña la verde manera de quedarse quieto sin pudrirse, y el palo se rompiera, y la piedra se partiera en dos, y en mis órbitas vacías se murieran las moscas, entonces, ¡árbol!, ¡vencedor del tiempo y de las tempestades!, ¡yo he de verte algún día con las raíces al sol!, ¡desenterrado!, porque a los árboles, al revés que a las criaturas, los desentierran cuando se mueren.

.....

Perdóname, árbol, árbol nonato. Perdóname. Que *Aterura*, la humilde, no permita otra vez que el orgullo me ciegue. Yo me recostaré, cuando no pueda hacerte daño —si *Doramas* me protege—, humildemente, bajo tu fresca sombra.



CAPITULO II

Con aquel mi último desafío al destino, en un momento en que el orgullo hizo presa en mi exaltada naturaleza; puede decirse que el largo y monótono período de mi vida había tocado a su fin.

Ahora, el pasado, con su marchito perfume, aroma mis nostalgias; y el futuro se dibuja con perfiles inciertos, pero cuajado de esperanzas. ¿Qué será de mí y de mis compañeros con el andar del tiempo?

Y luego, medito.

—¿Por qué preguntarse nada? ¿Por qué son las preguntas tantas como las estrellas y las respuestas tan pocas?

Hago un esfuerzo para distraerme en cosas más risueñas.

—¡Bah! —me digo—. Tal vez no exista sino una sólo respuesta. Todo lo que es cierto y grandioso es uno: el sol, la luna, Cicerón.

—El amo es siempre uno —me sopla Caifás desde la distancia—.

—El amor verdadero es siempre uno —me grita Nerón desde su voluntario destierro—.

—No hay en la isla sino un sólo rabo verdadero. Ahora es Rebenque quien habla; pero no desde

la distancia, sino muy junto a mí. Viene contento. Casi pudiera decirse que demasiado contento.

—Estás perdiendo un tiempo precioso —me dice—. Cicerón te está volviendo loco. El dar muchas vueltas a las cosas es pasatiempo de viejos.

—¡Calla, Rebenque!

—No; no callo. Te quiero; te amo. ¿Quieres que te lo diga al revés? Te amo, te quiero, ¿sabes?

Las últimas palabras de Rebenque me llenan de estupor. Le observo atentamente.

Rebenque prosigue:

—Los perros hemos nacido para adular; y para morder al enemigo del amo. ¿Quieres que te lo diga al revés?

La lengua se le trababa lamentablemente.

—Pero; ¿qué te pasa, Rebenque? ¿Será posible? Sí; no cabe duda. Ese tufillo, esos ojos rojizos y ese vacilar del cuerpo... ¡Increíble!

Rebenque tira al suelo una sabrosa longaniza que traía apresada en el rabo.

—Puedes tomar una —me dice—. Las he pillado en un cafetín. Una parara...ra tí; ótara, pa...rara mí. Puedes escoger la que más te guste. Son iguales.

—¿Qué hablas, Rebenque? No veo sino una sola longaniza.

—Son dos, ¿te enteras? ¡Dos!

De un dentellazo la parto por la mitad.

—Ahora —le digo—, sí que son dos. Nos la repartiremos como buenos amigos.

Pero mi estupor sube al máximo, cuando le oigo decir:

—Ahora son cuatro. Dos, para tí; y dos, dos, parara mí. Y noto, Faycán, y te felicito por ello, que al fin has encontrado a tu perdido hermano. Está bien. Está pero que muy bien. Te advierto que os parecéis —¿cómo—? como... dos gotas de agua. ¿Se llama...?

Ya no abrigo ninguna duda. Rebenque está completamente borracho.

Catalejo ha hecho su aparición. No parece sorprendido de la escena.

—Ya te explicaré —me dice al oído—. He estado espíandole.

—Que *Ateruru...rara* os dé su sabiduría, amigos —masculla Rebenque, echando a andar, vacilante, barranco abajo—. Que *Mogano* te ofrende sus ricas morcillas; y que *Tindaya*, la fide...sísima, proteja tu frente...

Estoy a punto de estallar. Catalejo me ataja:

—¡Déjalo, Faycán!

Mis belfos tiemblan. ¡Como se atreva a nombrar a... Pero ya el nombre ha sido pronunciado.

—Que *Faycán* te...

Me lanzo contra Rebenque, hecho una furia. En pocas zancadas, estoy junto a él.

—¿Qué ibas a decir, Rebenque?

Mis colmillos relucen siniestros.

—¡Te parto el rabo en dos!, ¿sabes?

—¡Bah! Me queda otro.

—Sí; ya noto que todo lo ves doble. No vuelvas a acercarte a nosotros, en ese estado.

Rebenque se va alejando, dando tumbos. Aún le podemos oír:

—¡Orgullosos! Todos acabaréis con el amo; y cuando os pegue, le lameréis la mano y pasaréis la lengua por el látigo. Y si el amo es malo, morderéis al bueno. Y si el amo es fu...fuerte, morderéis al débil. Y si el amo es negro, morderéis al blanco. Y si el amo es rico y bebe en casa, morderéis al pobre que bebe en la taberna. ¿Quieres que te lo diga al revés?, miope Catalejo que no ves sino una cosa en donde yo veo dos. Y tú, orgulloso Faycán, que sólo sueñas con un pe...pedestal de bronce para que te admiren. Y tú, Cicerón, que no eres perro, sino un hombre vestido con la piel de un hermano nuestro. Y tú... Y tú... Y tú...

Rebenque ha desaparecido detrás de unos matorrales. Nuestra indignación ha cesado.

Hubo una larga pausa.

—¿Tiene gracia esto? —pregunto a Catalejo—.

—Sí, Faycán. Tiene gracia. Tiene algo más que gracia.

—En cierto modo me quedo preocupado. Estoy

pensando algo extraño, pero cierto. Rebenque —ya lo sabes— no dice nunca nada que pueda ser considerado como original. Su habilidad, de todos conocida, es algo que no puede discutirse. Pero, dado a pensar, no hace otra cosa que repetir lo oído.

—Cierto. Yo también —y esto aplacó mi ira— ando algo caviloso. Te decía que Rebenque, fuera de su rabo y de sus piruetas... En fin, ya me entiendes. Pero, ahora, convengamos en que algo ha dicho. Y si por poco se desmanda, supo atajarse a tiempo. Y te añado, pues las piedras a los dos nos tocaron, que las verdades duelen; y las dichas a medias duelen más. Y que si toda la pandilla se embriagase, nos veríamos los unos a los otros los defectos dobles y las virtudes reducidas a su triste mitad. Y terminaríamos resignándonos a oír lo temido que alecciona o a dentellazo limpio. Y entre el desoir mordiendo y el escuchar aprendiendo, ¿qué prefieres?

—¿Yo? Me tapo los oídos.

—Es inútil. Los sordos nacen con ellos tapados y se enteran por señas de las verdades. ¿Sabes una cosa, Catalejo? Yo quisiera, una vez... sólo una vez...

—Comprendido, Faycán. No es cosa fácil, pero... ¿Deseas que lo hagamos esta misma noche?

—No; de ninguna manera. Quiero que sea una noche que Rebenque esté... normal. Tengo gran curiosidad en saber cómo me portaría con él, cuando... esto suceda.

—Pues... ¿quieres que te lo diga, mi buen Faycán? ¿Qué opinas del rabo de Rebenque?

—¡Oh!, lo que todos, Catalejo, lo que todos.

—Tus palabras te acusan. No estás diciendo toda la verdad. Cuando nos...

—Dílo claro. Cuando nos embriaguemos...

—Pues bien, Faycán. Ese día dirás a Rebenque, con una sinceridad que tú mismo no podrás evitar, lo que verdaderamente opinas sobre su rabo. Y a todos, a todos los de la pandilla, dirás la verdad. Tu verdad.

—¿De veras? ¡Es curioso!

Nos tendimos silenciosos sobre el seco y duro suelo. La noche estaba ya cerrada. No se veía ni una sola nube. Se hizo un silencio interminable. Había huelga de luna. Los grillos afinaban sus duros instrumentos. Pasaban gatos silenciosos. Detrás de una roca, un ratoncillo presumido se atusaba el bigote. Una rana saltó como una monstruosa pulga verde.

—¿Verdad, Catalejo, que todo lo que la naturaleza prodiga es vulgar? ¡El número uno es el más hermoso!

Desde la cueva de Cicerón, un hálito llega.

—(El número más hermoso es el cero).

—¿No me contestas, Catalejo?

Pero Catalejo está completamente abstraído.

—Es curioso —me dice, sin oír mis preguntas y mirando embobado hacia el misterio insondable—: ya no luce su hermoso anillo.

—¿A qué anillo te refieres?

—Al más bello de todos. Hecho de la misma materia que las nubes; y que giraba siempre como un perro que quisiera morderse su cola.

Y Catalejo sigue obstinado, con la vista fija en una estrella remota, que yo no puedo distinguir.

CAPITULO III

Pasaron varias lunas; muy pocas. Una mañana, Catalejo me despierta y me dice:

—Espérame en el primer recodo, cuando el sol trasponga las cumbres. El olfato me da que Rebenque, antes de que caigan las sombras, hará alguna de las suyas. Conozco todos los lugares que frecuenta; y no se nos escapará. Quiero que observes con tus propios ojos. Además, he podido comprobar una cosa. ¡Asómbrate! Rebenque se ha echado un amo. Pero, ¡qué amo! Te vas a sorprender.

—¿Un amo? ¿Es posible?

—Sí; un amo que da un paso adelante y dos atrás. Su nariz parece un pimiento; y despide un olor que hace grato al de la sucia rata y al del gato amarillo.

—¿Y dices que es... su amo?

—Estoy segurísimo. Le ha pegado y, de seguido, le ha obligado, con voz autoritaria, a tenderse en el suelo. Luego, cuando los ojos se le hicieron humildes... ¿y por qué no... serviles, Catalejo? Bueno... Quédese en acatamiento. Pues, como te decía, entonces, unas manos grasientas acariciaron sus lomos; y Rebenque sacó la lengua...

—No sigas. ¡Qué asco!

—En fin; no te olvides y espérame.

—Te espero; y supongo que, si tardas, hemos de ver las manos del amo tan pulcras y relamidas como las de las mujeres que lavan en nuestros charcos.

Se alejó Catalejo; y yo me quedé largo rato a solas con mis pensamientos. Pasé la mañana dando vueltas por el barranco; subí varias veces hasta el primer recodo; y otras tantas pasé por delante de la cueva de Cicerón. Una cosa me extrañaba. ¿Dónde estaría metida Marquesa?

Por la tarde, después de pillar un hermoso hueso, me dediqué a dar caza a un ratoncillo. Llegué a enfurecerme. El ratoncillo se burlaba despiadadamente de mí. No cabe dudar que voy perdiendo facultades, aunque bien es verdad que mi cansancio está justificado por los largos paseos de la mañana.

Abandono la empresa, avergonzado, y me tiendo muy cerca del gran Puente de Piedra. Los hombres lo atraviesan rápidos. ¿A dónde se dirigen? ¿A dónde van tan de prisa? ¿Por qué no se tienden horas y horas bajo el sol? ¡Es tan hermoso! Alguna vez, como las hormigas, dos hombres tropiezan; se paran frente a frente y se frotan con sus largas antenas. Lanzan unos cuantos aullidos —que seguramente son sus palabras— y luego se separan, después de frotarse nuevamente. Cuando esto sucede, caminan más de prisa. ¿Será para ganar el tiempo perdido? Otros se quitan y vuelven a ponerse un cacharro al revés,

que llevan encima de la cabeza. Pero de estos quedan ya muy pocos.

¡El hombre, el hombre! —pienso—. De pequeño, camina con sus cuatro patas. Pero ¡qué torpemente! Más tarde, cuando aprende a lanzar la piedra, hace su aparición en el barranco. Nos persigue; nos ata al rabo una lata escandalosa y, de pronto, un día, se calza unas botas. Aún lleva al aire sus piernas. Pasa algún tiempo y, de cintura abajo, se pone unas fundas que le llegan al suelo. Entonces, rara vez aparece por el cauce. Su vida transcurre más arriba, en el asfalto; y de vez en vez se asoma con nostalgia por encima de los muros; y contempla los lugares donde, seguramente, fue en un tiempo feliz.

Pasan mil soles, y le vemos pasear con la hembra de su especie. Al principio, algo separados; más tarde juntos; y al cabo de cierto tiempo, enlazan sus antenas y abren sus bocas como aburridos. Pasa más tiempo. La hembra engorda tanto que no parece la misma; y más adelante, en un cochecito, les acompaña un hombre pequeñito que se alimenta con un trozo de goma, que nunca acaba de comerse. Cuando esto ha sucedido varias veces, el hombre camina más de prisa que nunca, como un loco, llevando entre sus antenas una pesada cartera.

Cada momento que pasa, caminan menos hombres sobre el Puente. Las sombras les auyentan, al revés que a los gatos. ¿Qué relación tendrá la prisa,

las enormes carteras y el ir y venir como hormigas con los rayos del sol?

—¡Oh, los hombres, los hombres! ¿Quién puede entenderlos?

Y me quedo absorto, mientras las sombras van borrando la silueta del Puente.

Siento un crujir de hojas secas. Me pongo en guardia. ¿Tal vez un gato traicionero? No; es Catalejo. Canozco el brillo amarillento de sus ojos talarantes.

—Sígueme —me dice—.

Le obedezco; y echamos a caminar, sin prisas, como dos hombres que han dejado ya, en sus guaridas, sus pesadas carteras.

—Escúrrrete por aquí —me susurra Catalejo al oído—. Ocultémonos detrás de esta peña.

—¿Qué sucede?

—Es Marquesa que se acerca. No quiero compañías. Esta aventura es solamente para los dos.

Nos agazapamos detrás de la roca; y la oí pasar porque no la veía.

—¡Qué extraño! Me aseguró que no se movería de la cueva. La invité a que diéramos un paseo... y me dijo que estaba cansada.

Me asaltan terribles dudas. Pienso en una vejez prematura; y me hubiera gustado, en aquellos momentos, tener un charco alumbrado por los rayos de la mañana.

—Catalejo amigo, ¿me encuentras viejo?

—¿Por qué esa pregunta; ahora? Te encuentro un poco maduro, nada más. ¡Vamos! Ya no hay peligro.

—Escúchame, Catalejo: ¿iba sólo Marquesa?

—Como un hongo, Faycán. Y no me hagas más preguntas.

Echamos nuevamente a andar, barranco abajo. Subimos por la desembocadura; y cruzamos la plaza del mercado. Había una multitud enorme que se agitaba de un lado para otro, dando gritos estridentes; y el aire olía a todas las cosas. Atravesamos por entre los puestos y por entre las piernas. Sufrimos —ya lo esperábamos— algunas patadas.

—Estos hombres del mercado —me dice Catalejo, lamiéndose un lomo dolorido— no se conforman con pegarnos con la suela y la llenan de clavos.

Por fin, hemos llegado a la puerta de un cafetín. Catalejo se escurre con cautela, y logra pillar dos hermosos huesos, que devoramos con ansiedad.

Rebenque no estaba allí, como suponía mi amigo.

—No debe estar muy lejos—me dice—.

—De esta vez, perro de larga vista, te he echado la pata encima.

—¿Qué quieres decir?

—Que es esta la primera vez, y seguramente la última, que diviso algo antes que tú. Fíjate. ¿No es aquel nuestro Rebenque?

—Cierto, Faycán. Pero reconoce que yo veo las cosas con los ojos y no con el rabo. En este momento, estaba mirando en dirección opuesta.

—La razón es la razón—le contesté—; y si lo que te dije puede molestarte, dispuesto estoy a reconocer que ves más con el rabo que yo con los ojos.

—¡No tanto, no tanto! Si no fuera porque oigo tu voz, creería que era Caifás quien hablaba. Pero ya sé que es la amistad y no la adulación la que dicta tus palabras. ¡Chitón! ¡Rebenque ha entrado en el cafetín!

Nos fuimos acercando con un sigilo digno de una cacería. Ya estamos parados cerca de la puerta, sin ser vistos por Rebenque. Lo observamos a nuestro antojo. Tiene los ojos hinchados y las patas vacilantes.

—¡Perro!, ¿qué ha sucedido? Restriégame un ojo—me suplica Catalejo—. ¿Cómo es posible esto?

—Restriégame tú los dos—le digo yo ahora a Catalejo—. Si tú crees estar soñando, yo debo de tener en cada ojo una nube, como la que arrasan los puentes cuando se deshacen en lluvia. Y te añado una cosa. ¿Quién* está borracho, él o nosotros?

La cosa no era para menos. Rebenque estaba muy animado, conversando con una perrilla insignificante. La perrilla le miraba con expresión entre asombrada y estúpida.

Pero nada de esto podía justificar nuestra sorpresa. Era algo más. Algo inconcebible. ¡Rebenque había perdido su rabo!

Nos acercamos aún más y pudimos contemplar a placer, ¡oh, dolor!, a nuestro desrabonado compañero. Pero, cosa extraña, Rebenque no parecía afectado por lo que era, indudablemente, su mayor desgracia. Por el contrario, daba muestras de un contento y de una locuacidad que trasponían los linderos de una normal satisfacción.

La perrilla estaba visiblemente sorprendida; y, aguzando el oído, pudimos recoger algo de la amena conversación.

—¿No conoces a *Bentayga*, perrita?

—No; no le conozco.

—¿Ni tampoco a *Doramas*, ni a *Tenoyo*, ni a *Tindaya*? Pues escucha, preciosa, de todos ellos, tengo yo algo; y de alguno, muchos algos. Son ocho, en total. ¡A lo mejor, no sabes lo que es un ocho! Pues es muy sencillito; y te lo voy a explicar. Si te dan ocho huesos y te comes uno, te quedan siete ¿A que ahora sí lo has comprendido?

—¡Cómo puedo comprenderlo, si no me han dado los ocho huesos! Si me lo das, me como uno; y entonces, sí creo que lo entenderé.

—Eres lista, perrita. Pero yo lo soy aún más.

Tomó Rebenque un huesecillo de aceituna; lo lanzó al aire y lo recogió con la nariz, sin dejarlo caer al suelo. En esta actitud, guiñó primeramente un ojo y luego el otro. La perrilla se quedó atónita y abrió la boca cuanto pudo.

—Cierra la boca, monina. Esto no es nada. Me

estoy enamorando de tí; y si me sigues, y *Tindaya* protege mi... ¡Bueno! Esto te lo explicaré más adelante. Si me sigues, como te decía, te enseñaré muchas cosas que no has visto ni verás en tu vida, aunque *Doramas* te... te... Se me ha olvidado. ¡Ah, sí! *Doramas* es el que protege nuestros rabos y los hace crecer... crecer...

La perrilla dió una vuelta completa alrededor del charlatán.

—Si ese *Doramas*, como dices, protege y hace crecer los rabos, no se debe ser muy amigo tuyo, ¿verdad?

—¡Oh!, te equivocas. Es... mi mejor amigo.

—Pues no lo comprendo.

—Ya lo comprenderás. Y dime, ¿aceptas lo que te propongo o es que me desprecias?

—Despreciarte, no. Eres muy simpático y alegre. Pero jamás me uniré con un perro rabón. Es mi debilidad.

—¿Cual, preciosa? Repítelo.

—Pues... esa. Un rabo... muy largo... Tú me das pena.

La tragedia se avecinaba.

—Rebenque —comentamos en voz baja— no se ha dado cuenta de su desgracia. Se ve que ha bebido demasiado. Cuando despierte a la realidad...

Y entonces, sucedió algo que superó a todo lo que hubiéramos imaginado. Rebenque había enrollado,

bajo su vientre, de tal forma, el rabo, que ni la vista sagaz de Catalejo pudo descubrir el truco. De pronto, empezó a surgir, como una culebra en el tronco de un árbol; y a enrollarse en el delgado cuerpo de Rebenque. La perrilla se puso en dos patas. Se quedó un momento suspensa, como hipnotizada. Lanzó un aullido de terror; y, haciendo un esfuerzo para no caer redonda al suelo, dió un salto y se lanzó huyendo a todo correr. Rebenque intentó perseguirla, pero un silbido penetrante le dejó como petrificado.

CAPITULO IV

Una voz autoritaria se dejó oír, desde el interior del cafetín. Miramos en aquella dirección y distinguimos, a través de una espesa capa de humo, a un hombre medio tumbado en una mesa. Sus manos relucen de grasa; y nuestro fino olfato, a pesar de que estamos al aire libre, se siente tremendamente ofendido. Rebenque ha bajado las orejas; y mete, entre las patas, lo que puede de su rabo. Luego, se encamina, haciendo una ese perfecta, hacia el sitio de donde ha partido el estridente silbido. El hombre le ha gritado algo, dándole un fuerte manotazo. Rebenque se tiende cuan largo es; levanta la vista con expresión de súplica y, como el hombre le mira altanero y dominador, la vuelve a hajar, tímido y miedoso. El amo—pues no cabe duda de que de él se trata—se ablanda un tanto, le da unos golpecitos cariñosos y... ¡Ya estaba todo explicado! Toma un vaso de encima de la mesa, apura el contenido hasta la mitad y arroja al suelo el resto. Los ojillos de Rebenque se animan; y, de un par de lengüetazos, ha dejado el minúsculo charco de manera tal, que no hubiera podido mirarse en él ni siquiera una mosca. Luego, la lengua de Rebenque ha pasado, desde el suelo, a las mugrien-

tas manos. El amo ha hecho una seña. Viene otro hombre; y se cambian unos papeles. Momentos después, amo y perro abandonan el sucio cafetín.

Nos agazapamos detrás de una esquina; y los vemos entrar en otro, de mayores proporciones, de cuyas paredes cuelgan—¡oh, apetito nuestro!—sabrosas salchichas de todas clases, tamaños y colores. El amo saca un papel, habla algo misterioso con un hombre que lleva un largo delantal blanco y que comienza a llenar de ricas salchichas un plato redondo y amarillo. El plato sube y baja; y el hombre en otro plato exactamente igual, coloca unos pedazos de hierro negros y redondos. Entonces, observamos llenos de sorpresa, que, a una seña del amo, Rebenque, agazapado detrás del muro que separa a los dos hombres, levanta con sigilo su rabo; y haciendo presión con la punta, hace bajar el plato de los pesados hierros. El hombre del delantal blanco sigue echando salchichas—¡pero cuántas!—y observa, extrañado, ya a un plato ya a otro. Por fin a una nueva indicación del amo, Rebenque afloja poco a poco la presión de su rabo, mientras el hombre, dando un fuerte resoplido, envuelve las salchichas en un papel y se las entrega al amo. Después de esta escena, que nos daba la explicación de parte del misterio, el amo y Rebenque—el primero con el sabroso paquete bajo el brazo y el segundo relamiéndose el hocico—salen del succulento cafetín.

Volvimos a escondernos; y, cuando la distancia nos permitió seguirles si ser observados, continuamos nuestro espionaje. Los vemos que, de pronto, se paran detrás de una esquina. Nos acercamos cuanto nos fué posible; y, aunque yo apenas distinguía dos bultos, Catalejo me hizo saber que estaba viendo algo extraordinario y que no se le escapaba ni el más insignificante detalle.

—No comprendo nada de lo que traman. Suponte que el amo le está untando algo, que no puedo distinguir, en la mismísima punta del mismísimo rabo. ¿Qué puede ser? y ¿para qué?

—Ya lo averiguaremos.

Una vez terminada la incomprensible operación echaron a andar nuevamente. Les seguimos.

—Te habrás dado cuenta, Faycán, que se trata de un caso perdido. Y el olfato me está diciendo que lo que hemos visto se va a quedar corto con lo que, si no me equivoco vamos a ver dentro de unos momentos.

—¿Crees tú, Catalejo, que se puede llegar más bajo?

—No sé que contestarte, Faycán; pues, como dice nuestro admirado Cicerón, las escaleras sirven para dos cosas: para subir y para bajar. Y el que sube un peldaño llega a lo más alto, de proponérselo; o se queda. Pero el que lo baja, aún sin quererlo, no para hasta el abismo. Sin embargo, Faycán, una cosa

te digo. Tú no conoces, como yo, la vida íntima de Cicerón. Aquella su benevolencia ante nuestros defectos se debe—y a sus propias palabras me atengo— más a lo vivido cuesta abajo que a lo pasado cuesta arriba. Porque el ver la meta y alcanzarla, subiendo nos mueve a desearla. Pero el retorno, que es añoranza y redención, nos enseña a amarla, que es mejor.

—¡Cuidado, Catalejo!—le interrumpo—. ¡Que se nos escapen!

—Pierde cuidado. Mis ojos miran, mientras mi lengua habla; y ni ella se traba ni ellos se distraen.

—Confieso, Catalejo, que, o esta noche estoy muy torpe, o veo, en lo de la escalera y lo de la cuesta abajo, una contradicción.

—A primera vista, la hay; pero a segunda...

—¿Quieres decir, entonces, que Rebenque hace bien?

—Escucha, Faycán. Si enjuiciáramos al hombre porque en una mala época de su vida nos tira piedras y nos martiriza, ¿no crees que cometeríamos un grave error?

—Explícate.

—La mayoría de ellos, pasado este furor, nos acarician, nos alimentan, nos curan, nos lloran a la hora de la muerte; y, salvo raras excepciones, justo es reconocerlo, sin tener necesidad de nuestros pobres servicios. Pero... dejemos esto, por ahora. ¡Corramos, que se nos pierden!

Nos lanzamos en desenfrenada carrera y...

—¡Detente! —me ordena Catalejo—. Me he llevado un susto. Creí que lo había perdido de vista. No me hables ahora de la escalera ni de la cuesta abajo. Lo importante es ver lo que hace ese par de pillos.

Pronto íbamos a saberlo.

Amo y perro se metieron en otro cafetín, aún más espacioso e iluminado. Convenientemente agazapados, pudimos observar que el hombre de las manos mugrientas se apoya en el muro que tienen todos los cafetines; y se muestra muy cariñoso con Rebenque, a quien regala con una hermosa longaniza, mientras acaricia con suavidad sus lomos.

De pronto, a una seña misteriosa del amo, Rebenque, con pasmosa agilidad, lanza su rabo más allá del muro; y lo retira con increíble rapidez. En la punta del rabo, tiene pegado, como las moscas en su pegajosa trampa, un pequeño papel de variados colores. El amo, con sigilo, toma rápidamente el papel y lo deja encima del muro; y llama a otro hombre que lo coge, lo mira breves momentos y lo introduce en un cajón. Acto seguido, trae una botella, llena un vaso que el amo de Rebenque lo apura hasta la mitad y, el resto, lo derrama en el suelo. Rebenque lo sorbe de un lengüetazo; y salen ambos, al parecer muy satisfechos.

Les seguimos; y al llegar a la primera esquina,

oímos al amo que profiere unas palabras fuertes. Rebenque da unas vueltas en rededor, muy sumiso; pero el amo da una enérgica patada en el suelo; y Rebenque, muy a pesar, silencioso y con las orejas gachas, se va apartando poco a poco, hasta que le vemos desaparecer.

Nos quedamos de una pieza, sin saber qué decir. Por fin, Catalejo ha roto el silencio.

—¿Qué opinas de todo esto, Faycán?

—¿Me preguntas para que te diga la verdad... la verdad?

—¡Claro!

—Pues... la verdad... es que... como tú decías antes, que... la meta, cuando se ve y se persigue subiendo... ¿No es así?

—Así es.

—Bueno; pues cuando se ve y se persigue, se desea solamente; y cuando se está bajando, bajando... y se retorna... y aquello de la redención... y de que es mejor... Total, Catalejo, ya ves, me he hecho un verdadero lío; y te voy a contestar que... la verdad... es que Rebenque, a pesar de lo borracho y ladronzuelo, me es un perro muy... simpático.

* * *

Echamos a andar, sin prisa, camino de nuestra guarida. Callábamos, pero nuestros pensamientos gritaban como los hombres del mercado. Llegamos a la

playa. El mar estaba profundamente quieto. Dimos un corto rodeo y enfilamos el barranco. La luna empezaba a nacer.

—¿Te has fijado, Catalejo? La luna engorda y enflaquece, exactamente como las hembras. ¿No será la... Pero no. Cierto, que alguna vez la hemos visto con el sol; pero... tan de tiempo en tiempo. Casi siempre evita el ardor de sus rayos; y, además, ninguno de nosotros la ha sorprendido paseando por los cielos con un cochecito y una lunita pequeña, como un plato roto.

Nos quedamos embobados en la contemplación inmensa.

—¿Cuántos rabos de Rebenque habrá de la luna a nosotros? —le pregunto—.

—¡Me siento tan pequeño para contestarte! Debe de estar muy lejos... muy lejos. Yo creo, Faycán, que esa distancia sería mejor medirla con el rabo de los cometas.

CAPITULO V

Pasó algún tiempo. Rebenque nos visitaba de tarde en tarde, siempre en un estado lastimoso. Por las mañanas, se sentía avergonzado de lo de la noche anterior, que teníamos que recordárselo, pues su memoria había descendido tanto como sus habilidades. Cuando intentaba mantener en equilibrio una piedra, con la punta de la nariz, casi siempre se le caía. Esto le producía verdaderos accesos de furor. Todos le mostrábamos un fingido desprecio, esperanzados de que surtiera en él un efecto beneficioso y le inclinara a retornar a mejores costumbres. Pero todo fue en vano.

—Hoy será la última vez —nos decía—.

Pero pasaban las noches; y las escenas se repetían, con el tufillo, los ojos rojizos y el tambaleo del cuerpo.

—¡No puedo! —gemía— ¡Amarradme! No me dejéis salir de la guarida.

Una noche, nos pusimos en acecho junto a la cueva. Según iban cayendo las sombras, la mirada de Rebenque se iba convirtiendo en una súplica. Su cuerpo comenzó a temblar. De pronto, sus ojos dejaron de pedirnos nada; empezaron a exigir. Un au-

llido lastimero, sordo y prolongado, que nos hizo recordar a Nerón, nos puso en guardia.

—¡Rebenque! ¡Rebenque!—le gritamos—.

Pero fue inútil. Rebenque nos mira con fiereza y avanza lento, pero decidido. No hemos tenido más remedio que huir. Rebenque ha salido disparado. Todos sabemos a dónde. Cuando ya había desaparecido por el primer recodo, comentamos el incidente.

Desde la aventura con Rebenquilla y el nacimiento de los monstruos rabones, Rebenque había caído en una postración que se acentuaba de día en día.

A la mañana siguiente del desagradable suceso, fuimos todos a la cueva; y nos encontramos con la sorpresa de que los tres engendros, ni habían abierto los ojos, ni podrían abrirlos jamás. Los apresamos con los dientes, por el cuello, y los tiramos a un estercolero.

Rebenque no quería, de ningún modo, que le hablasen de la que había sido su compañera. La pobre perrilla estaba verdaderamente asombrada; y gemía alrededor de aquello que se pudría entre latas oxidadas y trapos corrompidos. Nos costó trabajo apartarla de aquellos lugares. Rebenque no se dignaba ni siquiera mirarla; pero ella le dedicaba, sumisa, las miradas más tiernas que vieron jamás ojos de perro.

—Si la miras—le decíamos a Rebenque—, la

perdonarás. Una piedra se ablandaría; si tuviera ojos para verla.

—Seré —nos contestaba— más duro que una roca. Y esas hipócritas miradas, hijas de la culpa, que no de la humildad, se partirán en dos, como la piedra contra el bronce.

No hubo manera.

Rebenquilla estuvo rondando la cueva varios días. Cuando se enfrentaba con Rebenque, se echaba al suelo, humilde como un felpudo que desea ser pisoteado. Bajaba la vista y mendigaba, no ya una simple caricia, sino una sola mirada, aunque hubiera sido amenazadora. Pero Rebenque se mostraba inflexible.

Un día Rebenquilla desapareció; y, más adelante, empezamos a notar la vida anormal de nuestro compañero, que culminó con el advenimiento de su funesto amo.

Aquella noche a que hago referencia, apenas pude pegar un ojo. Una idea me atormentaba; y quería ponerla en práctica, cuando el sol asomara por el horizonte. A la mañana siguiente, sin una nube, lleno el aire de pájaros, ni siquiera esperé a que el padre de los colores terminara de apagar las últimas estrellas. Catalejo dormía junto a mí.

—¡Catalejo! —le susurro al oído.

Mi amigo se desepereza.

—¡Oh, qué sueño, Faycán!

—Ya me lo contarás. Ahora...

Y le puse al corriente de mi proyecto, elaborado en aquella noche interminable.

—Me parece magnífico, Faycán; y ahora mismo lo vamos a poner en práctica.

Nos incorporamos y echamos a caminar hacia la cueva de Cicerón.

Habíamos recorrido unos cien rabos, cuando nos sale al paso un perro de mediana estatura, de noble estampa y de cabeza firme y altanera. Catalejo le observa atentamente.

—¿Le conoces tú?

—No. Parece como despistado por estos lugares. Es raro, porque de vista creo conocerlos a todos.

Nos fuimos acercando. El perrillo nos esperaba sin pestañear; y al parecer muy seguro de sí mismo.

—¿Le damos un susto? ¡Vamos a él! ¡Sus!

Nos lanzamos con el ímpetu que nos prestaba, ya que no la juventud, la fresca mañana.

—Verás como corre— me dice Catalejo—.

Pero, ¡oh sorpresa!, el perrillo se afianza en sus patas delanteras y nos espera firme y decidido. Llegamos a medio rabo y nos paramos en seco. Parecía de bronce.

—¿Le atacamos? —propongo a Catalejo—.

—Espera.

Dimos una vuelta en rededor del extraño desconocido.

—¿No crees, Faycán, que es mejor, antes de destrozarle por su insolencia..?

—No estoy de acuerdo, Catalejo. Donde tu ves insolencia, yo veo... valentía, arrojo.

—Temeridad, querrás decir.

—Eso. Temeridad.

El perrillo nos mueve la cola en señal de amistad.

—¿Qué hacemos?

—¡Bah! No tengo ganas de pelear.

—Ni yo.

—Pues seamos amigos.

Agitamos nuestros rabos; guardamos los colmillos, en sus babosos estuches; y nos acercamos.

No conozco estos lugares—nos dice el valiente perrillo—. Estoy perdido.

—¿No eres de aquí? —le preguntamos—.

—No; soy de una tierra vecina. De otra isla. En los días claros, la vuestra se ve desde el barranco donde nací. Mi isla es más alta. Cuando vienen las barrancadas, la altura se pone blanca; y al subirla zumban los oídos y se llenan de sangre.

—¡Es curioso! ¿Y cómo has podido llegar hasta aquí?

—Pues veréis. Junto al mar, hay una calle muy larga que no tiene casas. Pero encima del agua, sí que las hay. Son unas casas que siempre se mueven. De pronto, lanzan un aullido terrible; y luego, otro, y luego, otro. Poco después, sale de sus sótanos un ruido que es cosa que espanta; y la casa, entonces, comienza a caminar, sobre el agua. Anoche, me metí en una de ellas. Ba-

jé unas escaleras; y encontré un cuarto lleno de ricas salchichas. Comí todas las que pude; y cuando me dí cuenta, ya era tarde. La casa, dando tumbos, se apartaba de la tierra. Yo miraba angustiado para mi isla, cada vez más borrosa. Todas las salchichas, por donde entraron, salieron; y luego, la tierra, las casas y las montañas desaparecieron de mi vista. Llegó un momento en que no se veía otra cosa que el cielo, la casa y el agua. Más tarde, empezó a verse otra tierra; la vuestra. Esta mañana, la casa se ha parado junto a otra calle más larga aún que la de mi isla. He saltado a tierra y he caminado, caminado, en busca de un barranco que se pareciera al mío. En él nací, y en él quisiera morir. Eso es todo.

Nos quedamos maravillados del relato; y le dedicamos nuestras más cordiales miradas.

—Eres valiente. ¿Cómo te llamas?

—Chicharro.

—Pues bien, Chicharro, nos gustas. Vamo a ser buenos amigos. Y te repetimos que eres valiente. Si no tuvieras nombre, nos gustaría... ¿No opinas lo mismo, Catalejo? Nos gustaría llamarte... «Temerario».

—Opino exactamente igual, Faycán. Y ya sabes, Chicharro, nuestros nombres.

—No los olvidaré: Catalejo y Faycán. Suenan muy bien.

—¿No conoces el miedo, Chicharro?

—No... No lo conozco.

—Ni nosotros. Pero tú eres temerario, que es, no ya desconocer el miedo —defecto que aparenta virtud—, sino conocerlo; y despreciarlo.

—Me agradan tus palabras, Faycán.

—Son de justicia, Chicharro amigo. Y bien; por ahora, tenemos que abandonarte por poco tiempo. Si quieres, puedes esperarnos por estos lugares. En ellos transcurrieron nuestras vidas y, como tú dices, aquí nacimos y aquí quisiéramos morir. Espéranos, que pronto volveremos. Tenemos gran curiosidad por conocer tu vida; y ya sabrás de las nuestras.

—Os esperaré aquí mismo, amigos, y os prometo, cuando regreséis, un buen regalo...

Sus últimas palabras las oímos en la distancia. Chicharro se había lanzado, con una agilidad que hubiera envidiado la propia Marquesa, tras un conejillo que huía entre los secos matorrales.

—¿Qué te parece, Faycán?

—¡Oh, Catalejo!, lo que a tí... lo que a tí. ¡Que este Chicharro es... uno de los nuestros!

CAPITULO VI

Por lo visto, la mañana estaba de sorpresas. Al llegar a la cueva de Cicerón, Catalejo ha lanzado su aullido acostumbrado; pero la arpillera de la entrada no se ha movido ni Cicerón ha contestado.

—Es extraño... ¡Entremos!

Levantamos la arpillera y comprobamos que estaba rasgada de arriba abajo. Cicerón no estaba dentro; y en el suelo, se veían unas gotas de sangre, frescas aún.

—¿Qué habrá sucedido?

Todo lo que veíamos nos llenaba de inquietud; y empezamos a abrigar serios temores sobre la suerte de nuestro admirado compañero. Salimos de la cueva consternados; y Catalejo, apenas habíamos dado unos pasos, se para y mira atentamente hacia un punto en donde yo, haciendo un esfuerzo, apenas podía distinguir un bulto que se movía.

—No cabe duda, Faycán. El que se acerca es Cicerón. Viene muy despacio. Algo grave le ha ocurrido. ¡Sus!

Nos lanzamos a todo correr; y observamos que Cicerón se para y se tiende en el suelo.

Ya estamos junto a él. Efectivamente; Cicerón está visiblemente fatigado.

—Bien venido amigos—nos dice—.

—¿Qué te ha sucedido, Cicerón?

—¡Bah!, ya todo pasó. Ahora, me resta solamente curarme.

Cicerón tiró al suelo unas yerbas que sostenía entre los dientes.

—Tómalas, Catalejo; y ponlas con cuidados en mi herida.

Obedeció Catalejo; y pudimos observar cómo las yerbas restañaban la sangre.

—¡Gracias! Ya me siento mejor. Y ahora, escuchad lo ocurrido:

En las primeras claridades del alba, y medio adormilado aún, siento un ruido fuera de la cueva. Levanto la cabeza, y, cuando intento incorporarme, un mastín enorme, joven y fuerte, asoma la suya por debajo de la arpillera; de un zarpazo; la rasga en dos; y, dando un salto, cae sobre mis lomos y me da esta dentellada que ahora curamos. La cosa fue tan rápida que no pude defenderme... ¡Bueno! Esto requiere una explicación. Defenderme yo, pobre y débil criatura, de cualquier perro, y menos de un poderoso mastín, sería una ridícula pretensión. Quise decir que no tube tiempo de mirarle. Porque entonces... entonces... ya lo sabéis. Cuando intentó liquidarme con un segundo mordisco, sus ojos tropezaron con los míos. Se paró un momento; quiso mirar por otro lado, pero no pudo. Mi mirada terminaba, precisa, donde

empezaban sus entrañas. Comenzó a retroceder, temblando, y creo que, si le hubiera mordido, no hubiera hecho nada por defenderse. No hice más que quitarle los ojos de encima, y desapareció como un endemoniado

He tenido que hacer un terrible esfuerzo y me duele la vista. La herida no es muy profunda y, con estas yerbas que he salido a buscar, se curará muy pronto.

—Nos felicitamos, gran Cicerón, de que la cosa no haya pasado de ahí.

—Cicerón lo agradece profundamente; y ahora le toca preguntar a qué es debida la agradable y matinal visita.

—Pues verás: un gran amigo nuestro, tuyo, está en peligro de perderse definitivamente. Queremos que nos ayudes a volverlo al buen camino.

—¿Dices, Faycán, al buen camino?

—Eso dije.

—Y... ¿sabes tú cual es?

—Cicerón admirado: desde que tuve la dicha de conocerte, siempre fui yo el que te preguntaba. Lo poco que he aprendido, a tus respuestas se lo debo. Pero si eres tú quién pregunta y sobre todo, si esperas algo de lo que pueda saber fuera de lo que por tí enseñado, entonces, para errar lo menos, callaré lo más. A eso me atengo; y ya estoy callado.

—Sin tú quererlo, Faycán amigo, me has enseñado algo de lo mucho que desconozco. Hasta ahora, sabía del orgullo ciego; pero del mudo... Y a propósito: ¿no crees que el callar es responder dos veces? ¿Y que cuando dos miradas se cruzan y no median palabras responde la que primero de la otra huye? Y tú me dirás, con razón, que a qué viene todo esto. Viene a que, por ahora, te atengas más a *Aterura* que a *Faycán*. Y a que me expliques con todo detalle lo que sucede a nuestro amigo. Una vez sabido lo que ha pasado y pasa, ya veremos lo que conviene que suceda.

—Has hablado, Cicerón, como te corresponde. En la herida que creía abierta hace un momento en mi corazón, tus palabras han hecho el efecto que la yerba que ahora cura tus sangrantes lomos. Escucha...

* * *

Una vez puesto al corriente de la vida del tragicómico rabudo, permaneció Cicerón unos minutos en silencio.

—No me arrepiento—dijo, al fin—de lo que dije antes sobre el buen camino. Después de haberte escuchado, me he convencido de que los caminos, los buenos caminos, son dos. Tu plan me parece admirable. Lo importante, ahora, es saber escoger, de los dos buenos, el mejor. Cuando estemos todos reunidos y os hable, tendré que mentir. Pero... entre la

mentira que edifica y la verdad que derrumba, con la primera me quedo. ¿Y vosotros?

—Pues... nosotros... ¿Qué opinas, Catalejo?

—Ya que me lo preguntas, quisiera decir que, respecto a la mentira, lo que Cicerón ha querido decirnos es que vale más un buen gato que un mal perro.

—Ni más ni menos, Catalejo. Y si el ejemplo que antes puse no era de los peores, el tuyo le aventaja en mucho. Pues hay cosas que, cuando más al revés se dicen, más al derecho están. Y el primero que llamó al pan vino, la mentira diciendo, algo quiso expresar. Pero los que al pan siempre pan llamaron, la verdad diciendo, ¿qué nos enseñaron? Y ahora, amigos, sólo me resta decirnos una cosa. El pan ya está urdido. Si las cosas salen bien, mañana os espero a todos. Esta noche será para mí de gran meditación.

Dichas estas palabras, y después de asegurarnos que Cicerón podía, por sus propios medios, llegar hasta su guarida, nos lanzamos, a todo correr, barranco abajo.

—Me parece, Catalejo, —le dije, mientras corríamos— que mi plan es infalible.

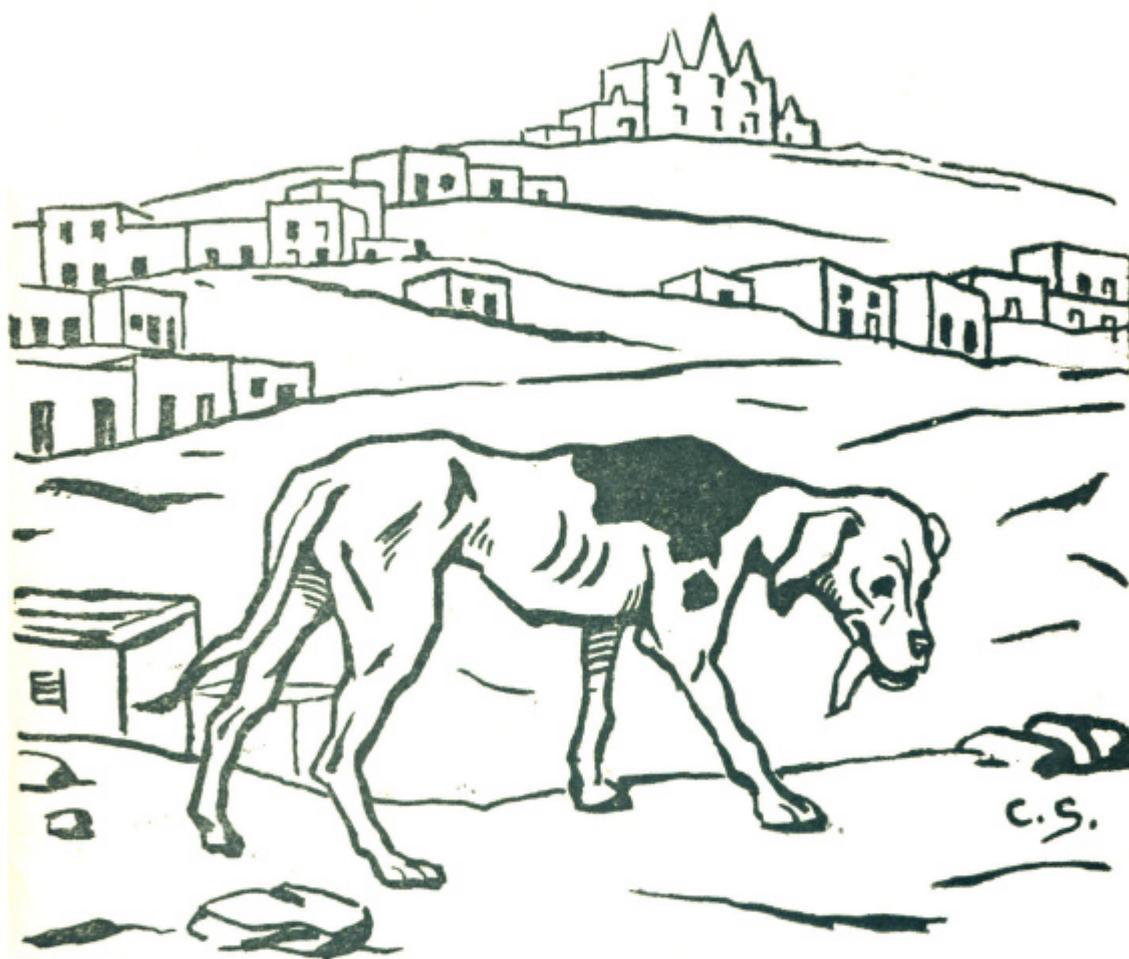
—Estoy y no estoy contigo. No hay planes infalibles. Si no, no se llamarían planes...

La última palabra no he podido oírla. Una piedra, con la que no contaba, me ha hecho rodar por

el suelo. Me levanto. Un profundo arañazo me surca el hocico. Sangro.

—¿Ves? —me dice Catalejo, con sorna—.

—¿A que tu plan era llegar a la cueva... sin rasguño alguno?



CAPITULO VII

Chicharro ha sabido conquistar nuestros corazones. Nos ha contado su vida y el escenario que le viera nacer. De lo que se desprende de su relato, debe de ser una isla maravillosa. Es más verde que la nuestra; y mucho más alta. Sus cumbres, alimentan también de agua los profundos barrancos. Por encima de ellas —y esto nos maravilla—, se alza un pico tan alto que es difícil llegar hasta él. Casi siempre, está pintado de blanco; y a veces, lanza por un agujero negro y sin fondo, grandes piedras, que arden como carbones encendidos. Hay también una ciudad donde los hombres tienen sus guaridas; y un puente. Debe de ser, si Chicharro ha dicho la verdad, tan alto como la gran casa de piedra con campanas de la plaza de nuestros antepasados.

—Algunas veces —nos dice Chicharro— se descuelgan los hombres desde el puente y se arrojan al cauce; cuando llegan abajo, se quedan quietos horas y horas. Luego, aparecen otros hombres con una caja negra, los meten dentro y se los llevan. Aquí, —¿por qué será?—, en el puente vuestro, cuando alguno se tira, apenas rueda un poco por el suelo; se levanta, echa a caminar y arranca las yerbas.

Casi todo el día lo hemos pasado oyendo a Chicharro. El regalo prometido fue un sabroso conejo, que devoramos con todos los honores.

Hemos aprendido muchas cosas nuevas, pero él... él... se ha quedado maravillado de lo que le hemos contado.

Chicharro no sabía nada de nuestros antepasados; y hemos prometido llevarle ante los bronces que rompen la piedra en dos. Está entre incrédulo y asombrado. Tampoco tiene la menor idea de lo que es Cicerón. Nos habla de un tal Arafo, un perro sabio de su isla; pero, por lo que nos dice de sus enseñanzas, sentencias y consejos, hemos comprendido todos que, en la tierra de Chicharro, los perros sabios no tienen la altura de sus puentes.

Ha llegado la noche. Rebenque llega sigiloso. Se echa, cansino, en un rincón. La cueva apesta a café. Comenzamos a tendernos uno a uno en el suelo. Fuera, luce una lunilla, como una raja de sandía.

—¡Mañana! —susurro a Catalejo—.

—Sí; mañana.

* * *

Me despiertan los gallos. Doy un rápido vistazo a la cueva. Duermen, pero están todos. ¿Todos? Rebenque, Catalejo, Marquesa y Chicharro.

Lanzo un alegre ladrido. Hay un abrir de ojos; y se sienten los crujidos del desperezo. El día se le-

vanta hermoso. Ya está ciego el mochuelo; seguro, el pájaro; en tensión, el músculo; hay dientes en guardia; alas, tendidas; la luna, fugada; las cumbres, teñidas; moscas espantadas por rabos trallados; se ven las distancias; se alejan las sombras, del sol asustadas; las piedras reposan, siempre están cansadas.

Como esperábamos, Rebenque tiene la mirada huidiza.

—Rebenque—le digo—, tienes que acompañarme.

—¿A dónde?

—A la cueva de Cicerón. Nos espera; y desea que vayamos todos. Nos va a contar algunas aventuras interesantes. ¿Vienes?

—¿Yo también?

—¡Claro! Todos.

—Bueno... Como queráis. ¿No se enfadará conmigo?

—¡Qué cosas tienes! ¿Por qué había de enfadarse contigo?

—¡Oh!, no sé... no sé...

Echamos a caminar sin prisas, barranco arriba. Tardamos en llegar más de la cuenta, pero estábamos todos frescos y despejados. Cicerón nos espera, fuera de la cueva. Ya estamos muy cerca. Chicharro se ha colocado detrás de mí.

—¡Oh! —me dice—. Tengo miedo. Es un perro que mira como un hombre.

Cicerón nos da la bienvenida; y nos introduce

en su cómoda guarida. Como siempre, se ha tumbado en la dura losa que le sirve de lecho; y nos ha cedido los mullidos revolcaderos.

—Veo, amigos, que vuestra simpática pandilla ha adoptado a un nuevo y, según observo, inteligente, noble y bravo compañero.

Nos quedamos asombrados de la aguda penetración de nuestro sabio amigo; y Chicharro, al que le temblaban las patas, no pudo articular el más insignificante ladrido.

Fuí yo el que rompió aquel silencio embarazoso.

—Dices bien, Cicerón. Y si tu examen nos produce sorpresa, ¿cómo será la del examinado? Porque él puede verse en tus palabras, como en un charco transparente. Porque él es así, como tú has dicho.

Chicharro, entonces, ante nuestra expectación, cesa de temblar; y muy seguro de sí mismo, pero humilde, dirige a Cicerón estas palabras, que nos movieron a admiración:

—¡Maestro!, ni calvo ni con tres pelucas. Ni inteligente, arrojado y temerario, ni torpe, ni cobarde. Pero si alguno de los que ahora son mis amigos necesitara de mí, lo temerario habría de parecerme poco. Y si mi pobre cuerpo tuviera que ser escudo contra las piedras, ahora mismo taponaría con él la entrada de la cueva, si ellas contra vosotros fueran lanzadas. Y ahora —dijo echándose—, dejadme que calle, que escuche y aprenda.

Las palabras de Chicharro nos produjeron una impresión tan grata, que todos a una nos fuimos levantando; y lamimos con dulzura los lomos y las patas de nuestro noble compañero.

Chicharro temblaba emocionado; y sus ojillos relucían húmedos y agradecidos. A todos nos pareció, en aquellos momentos, que le habíamos conocido toda la vida.

—La pandilla— comentó Cicerón— puede estar orgullosa de Chicharro. Y ahora tiéndete junto a mí, amigo Chicharro. Tendéos todos; y escuchadme:

Os he contado muchas veces gran parte de mis andanzas por el mundo; poco o nada de mi primera juventud, transcurrida muy lejos de aquí, en un país donde el hombre es rubio y donde las barrancadas, en cierta época, se quedan quietas, frías y blancas; tan blancas, que ciegan la vista cuando el sol las hierre. Entonces, los dientes del hombre y los colmillos de los perros chocan entre sí; y el sol permite que le miren de frente.

Yo nací en una ciudad tan grande, que ninguno de vosotros, corriendo sin pararse, hubiera podido atravesarla en lo que tarda el sol en nacer y en morir. No había en ella barrancos, ni perros independientes. Todos teníamos un amo. Nos trataban bien.

Cuando crecíamos lo suficiente, muchos de nosotros ingresábamos en un colegio, donde nos enseñaban cosas utilísimas y, sobre todo, la manera de

tratar a nuestros amos. Así como nuestra madre lo primero que nos enseña es «mamá», «gato», «longaniza», «hueso», y «piedra», en estos colegios, la primera palabra era nuestro propio nombre; y después, «échate», «ven aquí», «fuera» y... «voy por la correa». Cuando ya sabíamos estas cosas, pasábamos a conocer el significado de las palabras, sustituido por gestos. Así cuando apuntaban con un dedo al suelo, nos echábamos. Un ruido producido con los dedos quería decir que nos largásemos a otra parte. Un fuerte chasquido con la lengua, significaba que teníamos que lanzarnos contra el enemigo del amo. Y el echarse las manos a la cintura, que nos tendiéramos humildemente en el suelo, porque...

En aquella ciudad, existía también un lugar donde nos enterraban, como a los hombres, y donde los amos solían visitar a sus fieles desaparecidos.

Aquella vida del colegio, al principio nos maravillaba; pero llegó un momento en que la libertad, el corretear sin freno y el revolcarse en los lodazales y atrapar huesos de desecho era algo que nos obsesionaba.

Un día llegaron al colegio mis amos. Eran un hombre y su compañera. Los dos, gordos y rubios, olían a salchicha deliciosamente. Llegó un profesor; y el amo me gritó, con voz autoritaria:

—¡Echate! ¡Fuera! ¡Voy por la correa!

Yo obedecía puntualmente, según me habían en-

señado; y mi amo parecía muy contento de mi aprendizaje.

De pronto observé que la compañera gorda y rubia llevaba en la mano un hermoso collar rojo y una cadena. Se me hizo un nudo en la garganta; y me dí cuenta enseguida de que me iban a separar para siempre de mis queridos compañeros.

Sucedió entonces una cosa que ya esperaba; y un rayo de esperanza pasó rápido por mi mente. Salió el profesor, breves momentos, y regresó con un hombre de trapo, que ya conocía. Este hombre no se movía ni olía a nada. Lo colocó en un rincón; y el amo hizo sonar su lengua con fuerte chasquido. Yo había lo que aquello significaba, pero me guardé muy bien de saltar sobre el hombre de trapo. El amo repitió, cada vez con más fuerza, la orden; pero yo metí el rabo entre las piernas y simulé un miedo que no sentía. Mi amo, entonces, se echó una mano a la cintura. Yo hice que seguía sin entender; y comencé a dar saltos. Entonces, empezaron los dos hombres a hablarse, cada vez más fuertemente, y abandonaron el salón.

Respiré tranquilo. Por ahora —me dije— no te sacarán de aquí.

CAPITULO VIII

—Al día siguiente, reuní a mis más fieles amigos. Todos estaban muy contentos de volverme a ver, porque cuando algún compañero entraba en aquel cuarto, si el hombre de trapo había salido mal parado, ya no lo volvíamos a ver. Mis amigos se tendieron a escucharme, como estais vosotros ahora, y yo les hablé de esta manera:

Los perros somos, ante todo, perros. Está bien, hasta cierto punto, que nos bañen y nos quiten el olor que tanto ofende a nuestros amos; pero nos peinen, nos recorten la cola y nos perfumen me parece excesivo. No cabe duda que vamos camino de ser unos perros educados; pero esto, dentro de algunas generaciones, va a terminar degenerando nuestra noble raza. Nosotros, los perros, no hemos nacido para comer carne mechada ni arroz con leche. Son cosas agradables al paladar, pero que ablandan los dientes y debilitan los instintos. Si seguimos así, nuestros nietos tendrán que alimentarse con sesos y con mermeladas. El perro no es el lobo del perro. Es, tal vez, el águila que no caza moscas. El perro grandullón jamás ataca al débil; y en esto, el hombre algo puede aprender de nosotros.

En este colegio, donde han suprimido las pulgas, ¿qué tenemos los perros que hacer? ¿Existe un placer mayor que rascarse las pulgueras ronchas bajo un rayo de sol? Yo añoro, y creo que vosotros también, una ciudad del Sur, muy lejos de aquí, donde el duro hueso afile nuestros colmillos, donde toda patada encuentre su perro y toda humana pierna su mordida.

Mis palabras produjeron un efecto tan profundo, que la mayoría, conmigo a la cabeza, decidimos abandonar aquella misma noche el colegio; librarnos del amo y recorrer el mundo.

Nunca me arrepentiré de haberlo hecho. Desde nuestra fuga, ¡cuántas cosas he visto y aprendido! No sé como me hubiera ido en la vida con aquel hombre gordo y colorado que olía a salchicha tan deliciosamente; pero la satisfacción de haber sido yo quien escogiera al amo a quien tanto tiempo obedecí y que me pegaba cuando lo merecía y me acariciaba sin merecerlo, fue tan grande como mi dolor cuando lo perdí.

Mi amo mandaba una casa grande de las que caminan sobre el mar. Todos los hombres que en ella vivían le obedecían cuando gritaba; y pocos se atrevían a mirarle de frente. En una ocasión, uno de ellos, vestido de azul, me dió una patada. Mi amo se acercó a él, le dió un puñetazo y le hizo caer al mar. En aquella casa enorme, que siempre se movía,

recorrí gran parte del mundo. ¡El mundo! ¡Qué bello es el mundo!

Se quedó Cicerón unos momentos como emblesado; y nosotros no salíamos de nuestro asombro con lo que acabamos de oír.

—De todo lo visto —prosiguió Cicerón— una cosa no puede apartarse de mi memoria, sin olvidar los fantástico paisajes y las terribles fieras de la selva: los perros famosos que he conocido.

Wolf, que había salvado la vida a veinte hombres, vivía en un faro y fue despedazado por un feroz «bulldog» de seis dedos. La cosa sucedió así:

Se había desencadenado una furiosa tormenta. Wolf, como siempre, estaba de centinela en la playa. De pronto, se lanza al agua. Un hombre y un perro luchaban desesperados contra las olas y la fuerte corriente. Wolf, con un esfuerzo que casi le cuesta la vida, logra salvar al hombre; pero el perro se ahoga. El «bulldog» observa la escena desde la playa. Llega Wolf, con el hombre medio muerto, y lo deja sobre la arena. Después, se tiende jadeante y casi sin fuerzas para ladrar en demanda de auxilio. Las olas arrojan a la playa el cadáver del perro; y el «bulldog» al verlo, se arroja sobre Wolf y lo despedaza. Eso es todo.

Nadie contesta.

—Sé lo que pensáis —continuó Cicerón— Pero el hombre... y sobre todo... el amo... Algún día, lo comprenderéis.

Rebenque deja escapar un débil aullido.

—Otro perro famoso fue Pastor, un «terranova» que pisaba a un gato y le quitaba sus siete vidas.

El amo de Pastor era de una estatura descomunal. Tenía el feo vicio de emborracharse y, cuando esto sucedía, que era casi todas las noches, se caía al suelo y siempre lo hacía, no en el sitio estrecho por donde los hombres caminan, sino en el ancho, por donde corren, peligrosas, las máquinas. Pastor se tumbaba a su lado y miraba en todas direcciones. ¡Pobre de aquel que se acercara con intención de hacerle daño. Rara vez necesitaba usar sus colmillos. Se ponía en pie; y, con las patas delanteras, los empujaba y los hacía caer. Cuando alguna máquina se acercaba, Pastor despreciando el peligro, se iba contra ella ladrando; y siempre pudo hacerla parar. Siempre, menos la última vez.

Una noche, una máquina, casi tan grande como una casa, no pudo pararse a tiempo y lo aplastó. Unos hombres buenos recogieron su enorme cuerpo y lo enterraron, como si hubiera sido un hermano de raza. El amo apareció, unos días después, tendido en la playa, inmóvil, con el vientre terriblemente hinchado y lleno de moscas.

Todos estábamos como electrizados.

—El perro Paco —continuó Cicerón— fue de los últimos que conocí, antes de quedarme en esta isla para siempre. Mi amo murió en ella; y otro

hombre, que no me gustaba tomó el mando de la casa flotante. Yo me sentía viejo y cansado; y decidí que esta sería la última tierra que verían mis ojos. No me arrepiento de ello.

Cicerón hace una breve pausa. Está visiblemente fatigado.

—Y bien, Cicerón —interrumpe Catalejo—: decías que el perro Paco...

—¡Ah, sí! El perro Paco era algo extraordinario. Este maravilloso ejemplar de nuestra raza vivía en un lejano país, pero no tanto como aquel que me viera nacer. En él, los hombres son casi todos morenos y les entusiasma la lucha con el toro. Construyen unas plazas muy grandes y redondas, con un piso de arena, y en ellas luchan con el temible animal a quien ningún otro le aventaja en nobleza y valentía. Pero el hombre es el hombre. Con un simple trapo, se burla de él, le cansa, le hace dar vueltas inútiles y termina matándole. El toro es un animal que da muerte al tigre, al leopardo y al llamado rey de la selva: al terrible león. Cualquiera de estas fieras, con una sola de sus patas, acabaría en un momento con nuestra reunión.

A todos se nos pusieron los pelos de punta. A Marquesa le castañeaban los dientes.

Continuó Cicerón:

—El perro Paco era un gran aficionado a la lucha de toro con el hombre. El perro Paco tenía co-

mo todos, sus debilidades. La primera era la afición que ya he apuntado antes; y la otra... La otra casi no merece la pena de que la cuente. En fin... La diré de pasada.

El perro Paco poseía una piel tan maravillosamente moteada, que fue la causa de muchas desgracias. Las perrillas se enamoraban de él con tal behebencia que mi pobre amigo tenía que defenderse de ellas con los colmillos. Pero el perro Paco sólo tenía una obsesión: encontrar una compañera con una piel digna de la suya y gozarse con la maravilla de su descendencia.

Todos miramos de soslayo a Rebenque. Los ojos quieren salirse de sus órbitas; y un ligero temblor agita su cuerpo. Su rabo, nervioso parece una culebra herida.

CAPITULO IX

—Pasaron varias lunas —repitió Cicerón—, y la compañera del perro Paco tuvo tres perrillos. Pero... ¡oh, desencanto!, nacieron de un solo color; y tan sucio, que, más que de piel, parecían forrados de trapos viejos y desteñidos.

Rebenque lanza un resoplido, aguza el oído y abre los ojos desmerusadamente.

—Pasó algún tiempo —siguió Cicerón, después de una pausa calculada— durante el cual el perro Paco no quiso saber nada de su compañera. Un buen día, la casualidad, madre de la suerte, hizo que se encontraran. Se perdonó el agravio, si lo hubo, y volvieron a ser lo que habían sido siempre: una pareja cariñosa y enamorada. El perro Paco nunca se arrepintió del feliz encuentro. Algún tiempo después, su compañera le colmó de dicha con cuatro preciosos perrillos, cuyas manchas hubieran envidiado los propios leopardos.

Rebenque está a punto de desmayarse. Su rabo se retuerce. Su vista se disloca. Y le crujen las articulaciones.

Las palabras de Cicerón han surtido el efecto que todos esperábamos. Cicerón ha mentado, pero ha edificado.

—Y bien, Cicerón —le pregunto—. Estamos intrigados y esperamos que continúes el relato y nos hables de la gran afición de aquel maravilloso perro.

—En efecto, de gran afición puede calificársela.

El perro Paco en la época de las grandes luchas del toro contra el hombre, se ponía muy nervioso y merodeaba por los lugares donde los aficionados a estas fiestas comían y bebían; y el día de la lucha, era de los primeros en entrar a la gran plaza del piso de arena. Todos le conocían y le dejaba pasar. Desde su sitio, que tenía siempre reservado y que muchos hombres les envidiaban, seguía con un marcado interés, que a todos sorprendía, los incidentes de la lucha. Protestaba con aullidos las malas faenas; y con alegres ladridos, los momentos afortunados.

En estas luchas, —uno después de otros se entiende— suelen enfrentarse con el hombre seis, ocho o diez toros corpulentos y de cuernos afilados como cuchillos. Nunca pudo saberse como el perro Paco, unos momentos antes del último, se tiraba a la arena dando saltos de alegría.

A los hombres que luchaban con el toro no les causaba esto sorpresa alguna, pues el perro Paco y su extraña afición, eran de todos conocidos. Pero un día, ¡pobre amigo!, un matador luchaba por primera vez en aquella gran plaza. Faltaban unos momentos para terminar la lucha y, cuando el último toro iba a ser sacrificado, el perro Paco, como de costumbre, se

lanza a la plaza. El matador se queda extrañado. El perro Paco se le acerca lleno de confianza. El matador levanta un largo y afilado cuchillo. Todos los hombres se ponen en pié y le gritan, ¡cuidado!, ¡cuidado! Pero ya es tarde. El perro Paco se revuelca en un charco de sangre. El toro pasa junto a él, sopla, levantando una columna de sangre y arena, y luego le aplasta con sus fuertes pezuñas. Esta es a grandes rasgos, la historia del desgraciado perro Paco.

El terror y la pena ahogan nuestras palabras. Callamos. Marquesa se ha quedado embobada. Rebenque no puede disimular su nerviosismo; y observa con fijeza mi hermosa mancha negra, ya no tan negra y brillante como antes. De mi mancha, ha pasado a contemplar su rabo. De pronto, se incorpora; da un salto, lanza un aullido y desaparece a todo correr.

Cicerón nos mira. Sus belfos se contraen. Sus ojos se achican. Asoman poco a poco sus dientes... ¿Qué es esto? ¿Será verdad..? ¿Pero es que Cicerón va a reirse y, entonces, aquellas palabras de Rebenque —“eres un hombre vestido con la piel de un hermano nuestro”— van a ser ciertas? Pero no. Cicerón no se ríe. Los perros no podemos, como los hombres, reirnos. Ni los caballos ni los monos pueden reirse.

Pero el que diga que los perros no lloramos que plante ahora, bajo mis ojos, una semilla, y que vuelva dentro de unas lunas a palpar, sobre la tierra humedecida, un botoncito verde.

CAPITULO X

Aquella misma noche, nos citamos en la desembocadura del barranco, con intención de espiar a Rebenque, los cuatro que quedábamos de la pandilla. Marquesa, que fue la última en llegar, estaba de un humor de hombres. Una vez reunidos, nos encaminamos al cafetín predilecto del amo de Rebenque. En efecto; allí estaba el de las grasientas manos y el olor ofensivo. Encima de la mesa, una botella mediada de líquido; y debajo, con la mirada triste y bajuna, nuestro rabudo amigo. Muy junto a la puerta de entrada, podíamos observar, todo lo que pasaba en el interior. De vez en cuando, los hombres que entraban y salían nos propinaban cariñosas patadas.

En esto, vemos que el amo de Rebenque derrama en el suelo un pequeño charco del líquido de la botella. Rebenque se acerca, lo huele sin gran entusiasmo y, sin probarlo, vuelve a tenderse con gran desaliento. El amo grita y manotea. Rebenque le mira con timidez, pero continúa echado en el mismo sitio. Todos estamos pendientes de la escenas; y el corazón nos late fuertemente. De pronto, sucedió algo que ninguno esperábamos. Mejor dicho, que ninguno de mis compañeros esperaba. Yo sí lo sabía.

«Con dos cosas podemos salvar a Rebenque —me había dicho Cicerón—: con la cabeza o con el corazón. Esos son los dos buenos caminos de que ayer te hablaba. Si falla el primero, hay que recurrir al segundo. Y el segundo es...»

Es... Rebenquilla, que había hecho su aparición en la puerta del cafetín. De radiante, casi estaba hermosa. Venía por su Rebenque. Dispuesta a todo. A conquistar lo perdido, con amor, resignación y sacrificio. Entró en el cafetín con sigilo y se fue acercando al sitio donde Rebenque permanecía tendido. El amo había dejado de vociferar y bebía largos tragos. Rebenque vuelve la cabeza y se queda mirando fijamente para la que fue su compañera. Rebenquilla le mira sumisa y mueve con dulzura su rabo. Luego, bajando la vista, se le acerca poco a poco. Rebenque lanza un aullido sordo. Le brillan los ojos. A nosotros, nos tiemblan las patas.

—¡Levántate, Rebenque! —le gritamos con nuestros pensamientos—. ¡Levántate y perdónala!

Y... Rebenque se ha incorporado.

Nuestra emoción ha llegado a su punto culminante. Nuestros ojos, de húmedos, no ven ya, sino formas borrosas...

Y en efecto, el amo se levanta. ¡Todo va a echarse a perder! Nos entran ganas de lanzarnos sobre él, como si fuera el hombre de trapo, y despedazarlo.

Rebenquilla se asusta y, por un momento, la

vemos con intención de huir. Es que el amo de Rebenque ha dado una patada en el suelo para espantarla. Pero Rebenquilla ha ido a sufrirlo todo por él. Todo por volverlo a llevar a su querida cueva... Y... una fuerte patada la hace rodar por el suelo.

¿Y Rebenque? ¡Oh, magnífico Rebenque! Nunca podemos olvidar lo que hiciste aquella noche dichosa para todos, y sobre todo para tí.

¿Qué había sucedido? Cuando Rebenquilla había rodado por el suelo, vemos que Rebenque se incorpora de un salto. Sus ojos relucen, ahora siniestros. El amo le grita que se eche, pero Rebenque, no sólo le desobedece, sino que se le acerca gruñendo amenazador. Rebenquilla está como iluminada de felicidad. Y nosotros, casi decidido a intervenir en la lucha. El amo grita cada vez con más fuerza. Rebenque se le acerca. Relucen ya sus colmillos; y, de un salto hace presa en la pierna que un momento antes hiriera a su compañera. El amo grita y agita sus brazos. De pronto, vemos que coge la botella y se dispone a romperla en la cabeza de Rebenque.

¡Esta es la nuestra! Nos lanzamos ladrando contra el grasiento borrachín. La confusión fue enorme. Los hombres blandían grandes palos. Todos gritaban y daban patadas en el suelo. Pero habíamos conseguido lo que nos proponíamos.

Rebenquilla fue la primera en salir. Detrás de ella, Rebenque. Y nosotros, entre palos, botellazos y

puntapiés, nos escapamos, cada cual como mejor pudimos. Catalejo tenía un ojo negro. Marquesa un gran arañazo en el lomo. Chicharro goteaba un poco, pero... ¡Hay que ver los mordiscos que repartió! Yo sangraba por la nariz. En cuanto a Rebenque y Rebenquilla, habían desaparecido muy juntos el uno al otro, a curar... la herida de sus corazones.

CAPITULO XI

Marquesa está cada vez más insufrible. Se pasa muchas noches fuera de la cueva; y estoy espiando sus idas y venidas. Rebenque es ahora el más feliz de toda la pandilla. Rebenquilla está excesivamente gorda; y la nube de su ojo derecho la hemos llegado a considerar como una gracia más de su criatura. Todo esperamos que se repita en ella el caso de la compañera del perro Paco.

El que nos tiene preocupado es Chicharro. La nostalgia de su tierra y de los suyos le está matando poco a poco. Se tiende en la playa horas y horas, a contemplar su isla querida. Apenas aprueba bocado; y está flaco y ojeroso. Muchas veces, ha intentado colarse en una de las casas flotantes, pero sin resultado. Según nos cuenta, en la escalerilla de entrada, hay siempre un hombre con un látigo en la mano. Está realmente desesperado; y nada sacamos de consolarle.

—Yo os quiero a todos —nos dice—, pero hay una fuerza poderosa que me empuja hacia el sitio donde nací. ¡Si viérais que bella es mi isla!

En cuanto a mí, ando también caviloso y descontento. Algo falta en mi vida. Lo noto; y sospe-

cho... Pero no. No puedo creerlo. Y. sin embargo .. ¿Será posible que sienta la nostalgia de un amo? Lo estoy temiendo. Me acude a la mente, con demasiada frecuencia, la olvidada figura de Caifás. También aquellas palabras de Rebenque: «los perros hemos nacido para morder al enemigo del amo». Por otro lado, noto que Marquesa... va apartándose poco a poco de mí. Esto me entristece, pero comprendo que ella, tal vez, sienta deseo de tener una perrilla ágil a quien enseñar su famosa «media vuelta».

Estas consideraciones la estoy haciendo en la playa, tumbado junto a Chicharro. Chicharro está mudo, fijos sus ojos en la azul lejanía. El día está transparente; y la silueta de la isla vecina se recorta claramente en el cielo.

—No puedo más —me dice—; no puedo más. Tengo que volver a ella, sea como sea. ¡Morderé al hombre del látigo! ¡Le despedazaré! ¡Los morderé a todos! ¡¡A todos!!

—Ten calma Chicharro. Volverás; no lo dudes.

De pronto, observo que Chicharro se queda mirando con fijeza hacia un sitio lejano. Sus ojillos y su hocico se han animado repentinamente. Se levanta y echa a correr. Le sigo. ¿Qué será? Chicharro se para y, luego, comienza a dar vueltas alrededor de un hermoso tronco de platanera, abandonado sobre unas piedras.

—¿Qué significa esto, Chicharro?

—¡Oh! —me constesta—. Tal vez signifique algo muy importante para mí.

¡Extraño! Chicharro está casi alegre.

—Sí, amigo Faycán. Esto puede ser (unido a... lo temerario —según decís vosotros)— mi salvación... Y con la ayuda de todos...

—Pero ¿es posible que pretendas?..

—¡Claro que pretendo! Y además, llegaré.

—Es una locura, Chicharro; es una locura. Te sucederá lo mismo que al amo del perro Pastor. ¿Lo recuerdas? Amanecerás con el vientre más hinchado aún que el de Rebenquilla. No; no te irás así. No lo consentiremos. Antes, nos lanzaremos todos contra los hombres que guardan la casa flotante...

—Escúchame, Faycán amigo. Es inútil. Ya me conoces. Si no me ayudais todos a arrancar hasta el agua este tronco, yo solo lo haré. Pero esto, como comprenderás, debilitaría mis fuerzas y mi resistencia. Debeis de ayudarme. Yo te lo ruego, Faycán.

Callé unos momentos; y comprendí que Chicharro estaba resuelto a todo. Era inútil disuadirle de su peligrosa aventura.

—Sea —le dije—. Te ayudaremos todos. Ahora, ¡vámonos!

* * *

Al día siguiente, muy temprano, nos encaminamos todos, menos Marquesa que no había dormido

en la cueva, a la playa de arena, donde Chicharro había descubierto el hermoso tronco de platanera.

La mañana estaba radiante; y la transparencia acortaba la distancia de la isla vecina.

Chicharro iba contento, al parecer. Catalejo, Rebenque y Rebenquilla, emocionados. Yo no podía disimular mi tristeza.

El tronco lo encontramos más alejado de la orilla que el día anterior. No sin grandes esfuerzos, pudimos colocarlo de manera que pudiera rodar por la suave pendiente. Rebenque se dedicó a limpiar, con las patas traseras, algunas piedras que entorpecían la tarea. Los demás, con patas y dientes, comenzamos a empujar con todas nuestras fuerzas. Trabajo nos costó, pero al fin pudimos conseguir que rodara hasta la arena mojada y que la espuma humedeciera nuestras pezuñas. Un esfuerzo más, y el gigantesco tronco flotaba y se balanceaba sobre las olas. Chicharro, subido en él como un hombre en su caballo, se despedía tembloroso.

—No quisiera morir sin volveros a ver —nos decía—.

Nosotros no teníamos otro deseo, sino terminar cuanto antes aquella escena que nos partía el corazón.

¡Que *Bentayga* te preste su residencia!

—Gracias, Faycán. Gracias a todos. Llegaré. No lo dudeis. Llegaré antes de que muera el sol. Y ahora...

Con un fuerte empujón de todos, el tronco se nos fue de la orilla; y, luego, muy lentamente se fue alejando, mar adentro.

¿Cuánto tiempo estuvimos contemplando, sin apartar la vista, llenos de tristeza y presentimientos, a nuestro temerario amigo? No puede decirlo; pero ya no mirábamos hacia el mar; mirábamos a Catalejo, interrogantes.

Me viene a la memoria aquella escena, en la cueva de Cicerón. Los perros no podemos reirnos. Ni los caballos pueden reirse. Ni los monos pueden reirse. Pero... quien diga que nosotros, ¡los perros!, no podemos llorar...

* * *

Tampoco anoche ha venido Marquesa a la cueva. Ya no abrigo ninguna duda. Marquesa me ha abandonado. Me encuentra viejo. Puede que tenga razón. Por ahora, no sé analizar con exactitud mis sentimientos. Mi orgullo sufre. Eso es, momentáneamente, todo. Pero lo que realmente embarga mis pensamientos es la despedida de Chicharro. Tal vez, sin este acontecimiento, el abandono de Marquesa hubiera hecho mella en mi sentimentalismo.

Rebenque parece, de todos, el que menos ha sentido la ausencia del valiente compañero. Esto se explica perfectamente, porque debido a sus ya olvidadas costumbres, fue el que menos le trató; y ade-

más, la felicidad es siempre egoísta; y Rebenque es, ante todo y sobre todo, un perro feliz.

Dos cosas me atormentan y creo que seguirán atormentándome durante mucho tiempo: «Llegaré, antes de que muera el sol»; «los perros hemos nacido para lamer la mano del amo». Y veo delante de mis ojos, aunque los cierre, las grasientas manos del amo de Rebenque y aquella otra, peluda, que un día me salvara de la muerte: la del amo de Caifás.

* * *

Estoy tendido en la playa de arena. El día ha amanecido anunciando barrancada. Pero ya este juego, que en otra época nos hacía felices, hace tiempo que lo tenemos abandonado.

Cada día que pasa, me siento más triste. Catalejo no ha dormido anoche en la cueva. Rebenque y Rebenquilla, desde su reconciliación se cobijan cerca del primer recodo, en la cuevecilla donde mi madre me criara. Anoche, por primera vez en mi existencia, dormí completamente solo.

He venido hasta aquí, guiado por un presentimiento. El tronco de platanera ha sido arrojado nuevamente a la orilla. Conserva aún la marca de nuestras dentelladas; y otras más frescas y profundas. ¿De quién van a ser? Toda la mañana la he pasado buscando el cuerpo del desgraciado Chicharro, pero no he podido dar con él. Tal vez flote ahora, lejos de

aquí, y arribe algún día, sin ojos ni lengua, a su querida isla.

¡Estoy solo! ¡Solo! El recuerdo de Marquesa va desdibujándose en el mundo de mis recuerdos. Cierro los ojos. Una acaricia de espuma me refresca el hocico; y sueño con un collar y una cadena que termina en una argolla, clavada en la pared.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que pisé por primera vez la casa de mis amos? Ya no contemplo mi silueta en los charcos del amado barranco. Ahora, lo hago en el brillante espejo colgado en la pared del cuarto de mi ama pequeña. Ya casi no existe mi hermosa mancha negra. Mis dientes se han vuelto amarillos y débiles. Mis ojos, turbios. Mis patas, vacilantes. Torpe el andar. Flaca la memoria y desollado el rabo.

Cuando llegué a esta casa, mi ama pequeña gateaba por las alfombras. Al principio me tenía miedo, pero luego...

Hoy es tan alta como el bastón del amo. Al amo le respeto, pero no puedo quererle; ni al ama tampoco. Si no fuera por mi dulce y pequeña tirana, no hubiera durado tanto tiempo entre estas cuatro paredes y este patio sin sol.

Con mi ama pequeña, he sido feliz. Nadie me ha acariciado con tanta ternura como ella. Sus manos son tan suaves como las hojas de los árboles; y en sus ojos azules, puedo ver mi húmedo hocico y dos cuentas negras y redondas. No quiero pecar de vanidoso, pero creo que me quiere, por lo menos,

tanto como a sus padres. Cuando introduce su manecita en mi boca, yo quisiera que mis dientes fueran tan blandos como la fruta madura. Pero nunca le hice daño.

Una vez... —¡oh no quisiera acordarme!—, mi pequeña ama apareció en el patio con un traje blanco. Estaba realmente maravillosa; y yo salté gozoso y puse mis sucias pezuñas sobre sus débiles hombros. El amo me propinó un fuerte correazo; y esa noche la pasé en la azotea castigado y sin comer. Creo que es el único daño que ha recibido de mí, desde que la conozco. Mucho tiempo después, cuando la veía vestida de blanco o cuando colgaban las sábanas en la azotea, me tendía en el suelo y refrenaba mis cariñosos impulsos.

También me he hecho muy amigo de Minino. ¡Si la pandilla me viera comer en compañía de un gato! Al principio, se le erizaba el rabo y me dedicaba alguno que otro arañazo; pero se fue acostumbrando poco a poco; y hoy jugamos sin acordarnos de nuestras diferencias.

¿Qué pensaría Marquesa de todo esto? ¡Ah, olvidada compañera! Si aún vives, ya no podrás lucirte con tu famosa «media vuelta». Si has envejecido como yo, Minino arañaría tu hociquillo, sediento de sangre.

Y tú, Catalejo, ¿qué distancias taladran ahora tus ojos? ¿Te acuerdas, hace tanto tiempo, cuando ya no

podías ver el anillo de aquella estrella remotísima? ¿Por qué me abandonaste tu también, aquella noche llena de tristeza? ¿No sabías que mi tierno corazón no puede vivir sin un calor cualquiera? Ya ves: ahora mismo, a mi lado, un gato me acompaña confiado.

Mi amita rubia, Calalejo, mi ama pequeña no puede hoy acariciarme. Hace tiempo que está en su camita tibia como un nido de pájaros. Su cara ya no tiene el color del sol naciente; y si la vieras entre nubes, ladrarías creyendo que era otra luna con ojos azules. El amo cierra los puños con rabia. El ama grande llora. Un hombre de barba blanca escribe en un papel; otro, aguarda en la puerta. A mí no me dejan entrar.

Ya sabes por qué aullamos lastimeros los perros. Ya sabes que los hombres no pueden verla. Nosotros, sí. Y anoche la he visto, Catalejo inolvidable. Anoche ha estado rondando la casa. Aún no ha entrado, pero entrará a llevársela. Por eso convertí la noche en aullido y el alba en llanto. Por eso me pegaron. Por eso me encerraron en la azotea. Por eso... ¡lloro!, Catalejo. Ya no me queda nada, ¡nada!, como no sea la fría amistad de este gato insensible.

CAPITULO II

Anoche, Minino se ha comido mi ración. Yo no he podido probar bocado. Ahora, me arrepiento de haber hecho amistad con un ser tan estúpido y egoista. Le he mirado, como nunca lo había hecho hasta ahora. Se ha dado cuenta perfecta; ha erizado el rabo y ha hecho ademán de arañarme. Creo que nuestra amistad se ha roto para siempre.

A media noche, como si mi piel estuviera hecha con cien rabos de gato, me he erizado de las patas a la cabeza. Por fin, he entrado. He comenzado a aullar con desesperación. Esta vez, no me han pegado. Me han puesto el collar y la cadena; y llevado a rastra a la azotea.

.....

Ya no tengo necesidad de aullar. Ahora, ladro... Ladro... ladro...

Mi amo llora; y, cosa extraña, me ha acariciado. Luego, se ha ido muy despacio. En las azoteas vecinas, aullan todos los perros. A juzgar por los pasos la casa debe de estar llena de gente. Hasta arriba llega un olor penetrante, para mí desconocido. Me echo en el suelo y espero. ¿A qué? No lo sé; pero pre-

siento que muchas cosas terminan antes de acabarse. Mi vida... es una de ella. Ya no tiene objeto.

* * *

Por la mañana, ha venido el amo, todo vestido de negro; me ha quitado el collar y me ha acariciado con una gran ternura. En una de sus manos, lleva un trapo blanco con el que seca sus húmedos ojos. Me ha bajado al patio sin sol. Hay mucha gente que habla en voz baja; el extraño olor, cada vez más fuerte, inunda toda la casa. Todos me pasan cariñosamente la mano por el lomo. Minino, en un rincón, devora despiadadamente. El cuarto de mi ama pequeña está cerrado. Yo bajo, sigiloso, la escalera. ¿Hacia dónde?

* * *

Desde mi huída, han pasado tres soles. He recorrido el barranco desde la desembocadura hasta la cueva de Cicerón. ¡Pobre amigo! De la arpillera quedan unas cuantas hilachas. Los mullidos revolcaderos se pudren. En el centro de la cueva, hay un gran montón de piedras. Piedras canicidas. Debajo del montón unos pelados huesos. Me aparto del querido lugar. He llegado al gran recodo. De pronto, me doy cuenta de que mi cabeza no funciona. ¿Cómo puede ser esto? No... no... Mis ojos deben estar viendo visiones. ¡Dulces visiones! ¡Rebenque, Rebenque, Rebenque!

¡Oh, cómo goza mi corazón! Es Rebenque quien se acerca, brincando, con su hermoso rabo. Pero... ¿es posible? ¡Si corre como un galgo! ¡Si salta como un gato! ¡Si su rabo es más largo que..! ¡No; no estoy viendo visiones! Estoy delante de... ¡¡Rebenquillo!!

* * *

—...y mi padre —continuó el simpático Rebenquillo—, cuando aquel chico le partió el rabo en dos, cayó en una terrible melancolía. Fue enflaqueciendo, dejó de comer y, poco tiempo después, amaneció muerto. No pasaron tres lunas, cuando mi madre le siguió.

—Bueno, Rebenquillo. El último placer de mi vida es el que me has proporcionado con tu presencia; y, al mismo tiempo, el último dolor. Placer, porque al verte me parece que estoy viendo otra época dichosa, ya pasada. Dolor, porque me has comunicado la muerte de dos seres para mí tan queridos. Has heredado de tu padre, por lo que observo, la agilidad, el ingenio y lo que fue su gran orgullo, su rabo. Si heredas de tu madre la bondad, la ternura y el sacrificio, serás un gran ejemplar de nuestra raza. Ahora, una cosa te digo. No te echés nunca un amo que tenga las manos grasientas y que se pase la vida en los sucios cafetines.

Un gato negro, muy joven, ha saltado detrás de un matorral. Rebenquillo ha dado un brinco prodigi-

gioso; y se lanza en su persecución. Ya está frente a él. El gato se arrima a la pared. Rebenquillo —lo he comprendido enseguida— se dispone a emplear la famosa «media vuelta». Corro.

—¡Rebenquillo, Rebenquillo! ¡Quieto!

Es que he reconocido a la víctima, Minino, que se ha escapado de la casa. ¡Cosa extraña! Un presentimiento me conmueve. ¿Será posible que haya venido a reconciliarse? Ya estoy junto al verdugo.

—Escucha, Rebenquillo. ¿Harías algo por la memoria de tus padres?

—Lo haría Faycán.

—Pues bien; perdona la vida de ese gato. Aunque te extrañe, se trata de un amigo mío.

Rebenquillo, lleno de asombro, me obedece. El rabo de Minino comienza a desinflarse. Yo me acerco despacio. ¡Bah! Haremos las paces —me digo—; pero... ¿Qué ha sucedido? Siento un dolor intenso el hocico. Debajo de mi cabeza, una piedra comienza a teñirse de rojo. Es mi sangre. Minino me ha desgarrado, con artero zarpazo. Rebenquillo se ha lanzado sobre él; le ha trincado por el cuello y lo zarandea furiosamente. Me viene a la memoria aquellas palabras de Cicerón: «El animal más parecido al hombre no es el mono, es el gato».

* * *

¡Qué placer vivir en esta isla en donde ahora

me encuentro! Las playas están asfaltadas. Los barrancos, llenos de sabrosos conejos. Los gatos no tienen uñas; y no se ven piedras. Una hermosa y bien repleta canana adorna mi cintura; y una escopeta descansa sobre mi hombro.

Los pocos hombres que se ven por el barranco caminan a cuatro patas; en cambio, nosotros, los perros, vamos erguidos y altaneros. Cuando disparamos, los chicos nos traen en la boca las piezas cobradas. ¡«Echate!» —le ordeno a un hombre de manos velludas—. Y al punto, me obedece.

Existe una gran plaza donde reposan su sueño ocho hombres de bronce. Uno de ellos tiene una oreja partida. La cumbre no es una montaña, como en aquella triste isla donde nací, sino un hueso gigantesco, por cuyo interior destila un tuétano inagotable que inunda los barrancos. En una colina, una niña rubia, de ojos azules, ha dado muerte, con un simple palo, a un feo esqueleto vestido de blanco.

¡Qué placer vivir en esta isla, sin luna, sin collar, sin piedras, sin amo, donde ahora me encuentro.

CAPITULO FINAL

Después de este sueño, toda la noche la he pasado con los ojos abiertos. De vez en cuando, mis párpados se cierran cansados, pero, como si fueran ellos decristal, sólo veo el con torno de todas las cosas. Algo extraño siento dentro de mi ser. Los recuerdos, empujándose los unos a los otros, se agolpan en mi mente, en fila interminable. Todo danza en torno mío. Todo pasa de prisa ante mis ojos, a veces abiertos, a veces cerrados, pero siempre videntes. Mis huesos están doloridos; la cabeza me pesa. No intento incorporarme, porque temo el fracaso. Contemplo mis pezuñas, blandas y rotas. Mi hermosa mancha tiene el color de la panza del burro. Por mis orejas pululan las moscas. Aún son pardas; dentro de poco, verdes. Mi rabo se ha hecho perezoso y no puede espantarlas. Una fila de perros pasa lentamente ante mí. Mi madre, a la cabeza. La sigue Caifás, el servil. Pasa luego Nerón. Se para un momento y me dice: «Envidio tu suerte, porque vas a morir». Cicerón y Pluto llegan ahora. Van discutiendo: y se esfuman en la obscuridad, sin mirar hacia mi humilde cueva. Rebenque le sigue con su rabo partido. Ahora le toca el turno a Marquesa, en compañía de un hermoso

perro de piel brillante y acerados músculos. Sigue Linda, que lleva prendida en la moña una pluma blanquinegra. Tiene la boca abierta; y de sus fauces brota un chorro interminable de agua. ¡Catalejo! ¡Catalejo! —grito al paso de mi mejor amigo—. Quiero incorporarme, pero mis patas me traicionan. Catalejo se para un momento. Sobre su nariz cabalgan dos gruesos cristales. Na me ha podido ver. Se marcha. Sobre mis ojos cabalgan dos lágrimas amargas. ¡Tú también me abandonas, Catalejos! El último de todos es Chicharro. Chicharro el temerario, el que nunca conoció el miedo. ¡Chicharro! ¡Catalejo! —grito—. Pero todos se han ido; ya lo sé, para siempre. Y en medio de las sombras, rezagada, una última figura —¿cómo la había olvidado?— ¡Rebenquilla! Pero... ¿Quién pudo burlarse de su fealdad? ¿Quién vió la nube en sus ojos y afeó su andar y sus lomos y sus pezuñas? ¡Estaba hermosa! Mis ojos no veían ella, sino humildad, amor, sacrificio. ¡Era lo más bello del cortejo! Fue la única que perdonó a Nerón su envidia; a Marquesa, sus veleidades; a Rebenque, su abandono; y a mí, el orgullo que *Aterura* aplacara.

¿Qué hacer? Un supremo esfuerzo; mis patas sostienen mi cuerpo encanijado. ¡Que se aparten los charcos! ¡No quiero contemplar mis ruinas!

Ya estoy fuera de la cueva. Antes de abandonarla, la contemplo por última vez. Sé perfectamente hacia donde me dirijo; pero no sé si tendré fuer-

zas para llegar. Camino... camino... Un ruido seco me acompaña. Lo conozco: son mis propios huesos. Hace mucho tiempo, ¡qué pronto hubiera llegado a donde ahora me propongo! Atravieso el barranco con paso vacilante. Ante mí, salta un enorme gato negro, joven y fuerte. Se agazapa. Me mira atento. No ha erizado su rabo. Ya, ¿para qué? Le cojo miedo. Huyo. Pero el animal me persigue.

¡¡*Faycán, Gran Faycán!*!, no permitas que mueras de manera tan vergonzosa.

Intento correr; ¡imposible! El gato va a saltar sobre mi desmedrado cuerpo; pero unos chicos comienzan a tirarnos piedras. Una de ellas me ha dado de lleno en el vientre. El gato ha dado un salto increíble y ha traspuesto los muros. Yo sigo maltrecho mi camino.

Ya llego a la plaza donde mis antepasados duermen su sueño verde; mis ojos apenas los distinguen. Me acerco a uno de ellos. ¿Cómo reconocerle? Y mis patas tocan su cabeza. ¡*Faycán!* Si; no cabe duda. El tacto es ya lo único que no me traiciona. ¡La oreja partida! Junto a mí ha pasado un bulto. Debe de ser un hombre. Sí; es un hombre. He recibido una patada. La última tal vez.

Sigo mi camino. «Ahora —me he dicho— ya no tienes donde pararte». Y poco a poco, con la lengua fuera, con los huesos tan frágiles como las plantas, ¡he llegado! ¡Por fin!

Si a los hombres los desenterrasen, cuando se mueren, ahora, podría ver a mi ama, pequeña. Pero debe de estar muy honda, muy honda. Ya habrán comido las moscas sus bellos ojos azules; y enseñará los dientes; como un perro enfadado. No sé donde estás, ama pequeñita, mi amor más puro. Mi olfato es inútil. Tal vez estés aquí mismo, bajo mis patas temblorosas. Y si no fuera así, mi amada niña, no podrás estar lejos; te presiento.

Pero... ¿Qué sucede? ¡Mi pata! ¡Mi pata está verde! ¡Mis patas están inmóviles y frías! ¡No puedo mover la cabeza! ¡Qué terriblemente pesada! ¡Y esa mosca! ¡Esa mosca que vuela vacilante hacia mí y que se posa en mi frente y que se mete en mis ojos! ¿Por qué no la espanto? ¿Por qué está mi rabo quieto, frío y verde? ¿Por qué no acudes, Rebenque, a matarla? ¿Por qué no venís todos, Caifás, Nerón, Catalejo, Marquesa, Pluto, Cicerón, Linda, Rebenquilla, Chicharro..? ¿Por qué no me amparáis todos, *Tenoyo, Aterura, Doramas, Bentayga, Tirajano, Mogano, Tindaya, ¡Faycán!*?

Y... ¡oh maravilla!, de la tierra, surge, como una flor, una sombra blanca. Sus ojos son azules; y no reflejan el espanto de la muerte. Ya se acerca. Sus manos se posan; como un bálsamo, sobre mi frente. No puedo moverme. Sus frágiles dedos atraviesan mis párpados.

Ya no podrá pudrirse la mosca en mis cuencas

vacías. En las pupilas azules, por última vez, ¡por última vez!, contemplo mi cuerpo verde. ¡¡Tod verde!! La piedra se rompe en dos; el palo se astilla; se me-lla el cuchillo, y la tierra húmeda va cediendo bajo el peso de mi cuerpo de bronce. y de mi duro, inmóvil y eterno silencio.

FAYCÁN,
de Víctor Doreste, cuya edición consta
de mil ejemplares corrientes y cien de lu-
jo, se terminó de imprimir en la Tipo-
grafía Lezcano el 15 de Octubre de 1968